BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO.

AVENTURAS

DE

TRES VOLUNTARIOS

EPISODIOS DE LA GUERRA

EN LA ISLA DE CUBA

POR

D. J. ALVAREZ PEREZ.

MADRID.
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO.
Espíritu Santo, 35 triplicado.

AVENTURAS

DE

TRES VOLUNTARIOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Un naturalista.—Un cesante y un propietario.—La carta.—La insurreccion de Cuba.—Dos reclutas.—La partida.

En el gabinete principal de una casa de huéspedes que aún existe en la calle Mayor de Madrid, habia en Noviembre de 1868 un jóven sentado ante una mesa llena de papeles, libros é instrumentos de cirujía.

Era alto, moreno, de ojos grandes, expresivos y tan negros como la sedosa cabellera y larga barba que rodeaban su rostro de facciones regulares y bien dibujadas.

En sus manos, delicadas como las de una señora, tenia un lagarto muerto, que examinaba atentamente con la ayuda de un poderoso lente.

El cuarto era como todos los de las casas de huéspedes, y amueblado con un escaño de gutapercha, dos butacas de lo mismo y una docena de sillas de Vitoria, más ó ménos cojas, pero todas ocupadas con libros ó prendas de vestir.

En las paredes se veian en lugar preferente los retratos de Serrano, Topete y Prim.

En el testero, frente á la mesa, habia una cómoda con tabla de mármol, sobre la cual descansaba un violin, un rewolver, dos floretes y un busto de Napoleon coronado por un sombrero hongo que caia sobre la ceja izquierda del exsoberano francés, al cual daba un aire muy decidido.

A un lado de la cómoda se abria la puerta de una alcoba, donde se veian tres camas, y al otro lado otra puerta que servia de entrada al gabinete.

Mientras el jóven examinaba el lagarto, abrióse la puerta de la habitacion dando paso á otro jóven alto, pero delgado como un esqueleto. Segun la moda vestia un pantalon muy estrecho que dibujaba perfectamente los contornos de sus piernas de alambre; una americanita corta y un sombrero de copa alta completaban el traje.

En cuanto á su fisonomía, era de aquellas que pueden llamarse feas; pelo y patillas de color rojo, grandes ojos saltones, nariz roma y boca grande. A pesar de todo, su semblante respiraba bondad, y ya que es preciso decirlo todo, algo de estupidez.

Era una de esas personas que al encontrarlas en la calle decimos:

—Hé aquí un Juan Lanas.

El recien venido entró, cerró la puerta; dió tres pasos y dijo con voz doliente:

—¡César!

El interpelado no contestó; habia abierto la boca del lagarto y la examinaba con ayuda de su lente.

—¡César! volvió á repetir el del pelo rojo poniendo su ancha y huesuda mano sobre el hombro del naturalista.

—¿Qué quieres?—dijo éste volviéndose con mal humor.

—¡César! no sabes lo que me pasa!

—Sé que me estás fastidiando, cuando debias estar en tu oficina.

—¡Ya no iré más!—dijo arrojándose en el escaño.

—¿Te cogió el chubasco?—preguntó César con interés volviéndose hácia su interlocutor y dejando el lagarto.

—¡Sí, amigo mio! Hoy he quedado cesante despues de diez años, once meses y veinte y tres dias de inmaculados servicios.

—Pero ¿por qué? Tú cumplias con tu deber, eras exacto en las horas, y aunque no has inventado la pólvora, eres un calígrafo de los mejores.

—A pesar de todo, me han dejado en la calle para complacer al hijo del portero del subsecretario.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—No sé.

La puerta se abrió de nuevo y apareció otro jóven elegantemente vestido aunque con cierto desaliño; tiró á un lado su sombrero, se montó

en una silla, y dando una palmada en la pierna al cesante, le dijo:

—Dame un cigarro.

—¿Sabes lo que le pasa á Vicente?—preguntó César.

—Cómo quieres que lo sepa si no lo he visto desde ayer; ya sabes que esta noche no he dormido en casa.

El naturalista comunicó la infausta noticia á su amigo, pero éste se limitó á contestar:

—¿Y qué?

—¿Te parece poco?—preguntó con indignacion el cesante.

—En tí ya lo creo. ¿Qué tienes que perder? ¿Carne no será?

—¿Pero qué va á hacer ahora este pobre muchacho?

—Eso es ¿qué voy á hacer?

—Mira, tú sabes escribir divinamente; pones una muestra y te anuncias como profesor de caligrafía, y mientras las lecciones llegan, aquí nos tienes a César y á mí. ¡Qué diablo! mal ha de andar el negocio si no sacas los seis mil reales que ganabas en tu Ministerio.

—Eugenio—dijo César estrechando la mano de su amigo,—tienes un corazon de oro.

—¡Ojalá me lo hicieras bueno! Ya lo hubiera vendido ó lo hubiera empeñado en algunas ocasiones.

—¿Pero vosotros vais á privaros por mí?...

—No prosigas—interrumpió Eugenio.—Ya sabes que soy solo, no tengo padre ni madre ni perro que me ladre. Tengo una casa en Madrid, que al morir me dejó mi padre, y de ella saco

limpios veinte mil reales, que, como tú sabes, me gasto por ahí sin saber cómo; de modo que aunque tú participes de tres mil reales no tiene nada de extraño.

En cuanto á César, es otra cosa; su padre es rico. En Cuba tiene los negros á puntapiés; en verano se baña en oro y se tapa en invierno con billetes de banco, y le ha dado carta blanca, de la cual, en honor de la verdad, no abusa; así es, que creo interpretar sus sentimientos asignándote en su nombre otros tres mil reales. ¿Es cierto?—añadió dirigiéndose á César.

—Pero...—quiso decir Vicente.

—No hay peros; no se permite replicar. Coge tu violin y toca un can-can.

—Pero hombre, si no tengo humor...

—Toca, voto al chápiro, ó te hago dar un beso á este lagarto.

—Eugenio deja mi lagarto, que me lo vas á estropear.

—Valiente cosa; no se cómo pierdes el tiempo en examinar estos bichos.

—He venido á España para estudiar.

—Sí, y te irás á Cuba sabiendo cuántos dientes tiene un lagarto é ignorando cuántas conchas tiene una modista.

—Loco!

—No tanto como crees.

La puerta se abrió de nuevo y la criada de la casa entregó una carta á César.

—De mi padre.—dijo éste rompiendo el sobre y poniéndose á leer con atencion.

Pero la lectura parecia impresionar vivamente al jóven en cuya franca fisonomía se pin-

taban alternativamente el asombro y la indignacion.

Cuando acabó de leer dijo á sus amigos:

—Escuchad lo que mi padre me escribe:

« *Santiago de Cuba* 20 *de Octubre de* 1868.

» Querido hijo: Por aquí todos seguimos buenos pero profundamente disgustados por lo que ocurre.

» Ya sabrás que el mes pasado se sublevaron en Puerto-Rico, Lares, Pepino y algunos otros cuando aún en la isla no se tenia noticia del alzamiento de Cádiz.

» La causa de estos desórdenes, ó al ménos el pretexto de ellos, fué el pago de los nuevos impuestos.

»El 10 supimos aquí los sucesos de la Península sin que el pueblo hiciera demostracion alguna, pero á los pocos dias en Jara, Manzanillo y Bayamo aparecieron algunas partidas que áun cuando fueron derrotadas en el acto, no por eso desaparecieron, ántes bien lograron apoderarse de Bayamo, cuyo punto, despues de una tenaz resistencia, fué tomado por asalto huyendo los insurrectos.

»Así las cosas han cargado las lluvias con bastante fuerza paralizando las operaciones de las tropas, que eran demasiado pocas para guarnecer la isla; de suerte que para atender á otros puntos han tenido que evacuar á Bayamo, el cual, de nuevo ha sido ocupado por los rebeldes que crecen en número y en audacia de dia en dia.

» Su conducta es atroz; roban y destruyen los ingenios, maltratan á las mujeres que caen en su

poder y se llevan á los negros, los cuales declaran esclavos á los prisioneros blancos y les obligan á servirlos y llamarles amos.

» En Manati se reunieron unos ciento cincuenta y trataron de sorprender una cañonera; pero salieron tan escarmentados, que tuvieron que abándonar la poblacion, no sin haberla ántes incendiado.

» Los sublevados han publicado un manifiesto en el cual proclaman la República federal y termina de esta suerte: »

« Repitamos el grito de victoria que ha reso- » nado en la Península. »

« ¡Viva España libre! »

« ¡Viva Cuba libre! »

« ¡Viva la República federal! »

» Pero ese manifiesto es una mentira; el alzamiento de Jara no es político, si no filibustero; reciben socorros del Norte de América y lo que quieren es separar de España esta rica provincia. Así lo ha comprendido aquí el partido español y por eso están organizándose á toda prisa batallones de voluntarios y se ha abierto una suscricion para subvenir á los gastos.

» He dado el dinero que he podido, y aún daré más, pero mis años me impiden coger el fusil y dar mi sangre por mi patria; por eso te escribo, á tí que eres jóven y robusto.

» Acuérdate de que áun cuando has nacido en Cuba, y áun cuando tu padre y tu madre son cubanos, tus abuelos eran españoles.

»Abandónalo todo y en cuanto recibas ésta, ven aquí á cumplir con los deberes que te impone tu nombre y tu calidad de ciudadano español.

» Tu madre y Elvira te mandan mil besos y yo no deseo más que abrazarte y verte marchar á combatir por la integridad nacional. »

—¿Qué os parece esto?

—Ya había oido decir algo en el café acerca de la insurreccion de Cuba, pero no creí que sería tan grave.

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó Vicente.

—Marchar inmediatamente para Cádiz y salir en el primer correo.

—¡Cuando yo digo que he nacido muy desgraciado!

—Es verdad, ya te se van tres mil reales.

—No lo digo por eso, sino porque en el mismo dia pierdo mi destino y mi amigo.

—¿Tienes familia?—preguntó César.

—Ninguna.

—¿Quieres venir conmigo á Cuba?

—¿Y qué voy á hacer allí?

—Puedes colocarte de mayoral de un ingenio, ó en alguna casa de comercio. ¿Quién sabe?

—Es verdad, tal vez te veamos volver hecho un capitalista.

—¿Conque te decides á venir conmigo?

—¡Pero si no tengo un cuarto!...

—No seas terco; ya sabes que eso no importa. ¿Cuento contigo?

—Corriente.

—¡Magnífico!—exclamó Eugenio.—¿Es decir que ahora me quedo solo?

—Es verdad.

—¡Pobre Eugenio!

—No, con quinientos pares de demonios; no me quedaré solo; iré con vosotros.

—¿Vas á venir á Cuba?

—Sí. Aquí empiezo á aburrirme; aquello es nuevo, y sobre todo podré decir despues que he pasado una temporada en el otro mundo. Dicen que hay unas muchachas deliciosas y tan lánguidas, tan...

—¿Pero qué vas á hacer allí?

—¿Qué voy á hacer?

> Haré que me canten tangos
> de esos melosos de sí señor.

¿Te parece mala ocupacion? Además haré lo que tú hagas.

—Yo voy á batirme contra los enemigos de mi patria.

—Tambien yo.

—Corriente. Es decir que en vez de ir solo llevo á mi padre dos reclutas.

—Cuidado, yo no soy recluta—exclamó alarmado Vicente;—no contar conmigo para eso; yo entraré á trabajar en cualquiera parte, pero nada de batirme.

—Tú harás lo que te digan, grandísimo cobarde.

—Yo haré lo que quiera.

—Lo que vas á hacer en seguida—interrumpió César—es tu baul; es preciso que esta noche salgamos para Cádiz. Tú, Eugenio, vete á ver si es verdad lo que decian anoche los periódicos sobre la salida de un correo extraordinario.

—Pues mientras tanto—dijo Eugenio poniéndose su sombrero y disponiéndose á salir—arreglad vosotros mi equipaje, que yo no puedo volver hasta la tarde.

—Mira que nosotros salimos esta noche sin falta, estés ó nó.

—Corriente. A las cinco me teneis aquí.

No fué así, pero una hora despues, á las seis, volvió Eugenio de la calle con la noticia de que á los cuatro dias, con motivo de los graves acontecimientos de la isla, saldria un correo extraordinario.

Áun cuando tenian bastante tiempo para llegar á Cádiz, salieron de Madrid los tres amigos en el tren correo, y al otro dia llegaban á Cádiz á las diez de la noche.

CAPÍTULO II.

Cádiz.—La ciudad sumergida.—La playa artificial.—Movimientos del mar.—El puente de Zuazo.—Un cubano.—Tierra en las nubes.—Las Canarias.—Visita al Pico.—El volcan apagado.

Despues de haber tomado pasaje en el vapor que se aprestaba á salir, se ocuparon los jóvenes en visitar á Cádiz, cuya antigüedad es tan remota que se pierde en los primeros tiempos de la historia.

César, que era el más erudito de los tres, les hizo notar que el nombre de Hércules va unido siempre al de la ciudad.

—Es cierto—dijo Eugenio—ahora recuerdo haber leido no sé dónde, que la ciudad se llama a Cádiz Herculánea.

—Eso lo habrás leido en algun poeta antiguo, y en las medallas de aquel tiempo habrás visto las dos columnas y el famoso mote *Non plus ultrá*.

Quinto Curcio dice que los cuatro puertos más famosos del mundo conocido en aquella época, eran Tiro, Cartago, Boecia y Cádiz.

—Lo que me extraña—dijo Vicente—no es tanto su antigüedad como el que haya conservado su nombre.

—No es así—dijo Eugenio—ántes bien ha tenido muchos nombres, de los cuales no recuerdo

uno solo, pero César te dirá cuáles fueron, y nos contará algo de la historia de Cádiz.

—Ya sabeis—dijo César—que la ciudad de Cádiz está situada sobre una isla unida al continente por el puente de Zuazo, del cual me ocuparé más tarde.

Esta ciudad que veis ni es la antigua Cádiz, de que nos hablan la tradicion y la historia, ni siempre se llamó así. Segun los diferentes dueños que ha tenido, se llamó sucesivamente Gades, Continusa, Erythia, Afrodisia y hoy Cádiz, que no es más que la corrupcion del primer nombre.

Segun todos los indicios, la antigua ciudad estaba edificada media legua más al Sur.

—¿En el mar?

—Justamente, áun hoy, cuando hay calma, se ven las ruinas de la antigua ciudad.

—¿Pero cómo se hundió?—preguntó Vicente.

—Como se hundirá la moderna Cádiz con el tiempo,—respondió Eugenio;—y ya estaria sumergida si no hubieran hecho una playa artificial donde revientan las olas.

—¿Cómo han podido hacer una playa artificial?

—De un modo muy sencillo. En el siglo pasado cayó á impulsos de las olas la muralla del Sur; se hizo de nuevo, y por algun tiempo se mantuvo firme, pero despues se hundió como la antigua, quedando la ciudad á merced de las olas que á veces la invadian destrozándolo todo á su paso. Entónces el gobierno mandó á D. Tomás Muñoz hacer otra muralla, y éste ántes de hacerla la defendió como he dicho, con una playa artificial,

sobre la que revientan las olas y llegan ya sin fuerza al pié de la muralla.

—¿Es muy grande esa playa?

—Empieza veintisiete varas ántes de la muralla, cuyo frente, que es de mil cincuenta varas, ocupa completamente. Para hacer esta playa, que es un trabajo admirable, tuvo el arte que vencer dificultades casi insuperables, pero de todo triunfó lo excelente del pilotaje y estacado de la obra, la formacion y asiento de los cajones y la buena eleccion y hábil disposicion de los materiales y entablado que cubre la parte superior de la playa artificial.

—¿Los vientos que agitan las aguas son impetuosos hasta el punto de hacerles derribar una muralla tan gruesa como esta?

—Son terribles: el mar llega á veces á saltar por cima de la muralla y los que pasan por detrás de ella tienen que llevar paraguas para no mojarse.

—Sin embargo—dijo César,—no es el viento el enemigo de Cádiz, sino el mar.

—Bueno; el mar impulsado por el viento.

—No tal, el mar impulsado por sí mismo, obedeciendo á ese movimiento constante que le obliga á abandonar unos terrenos para inundar á otros. Él sumergió á la antigua Cádiz y hubiera hecho sufrir igual suerte á la moderna ciudad si la ciencia, con su poder infinito, no le hubiera puesto un dique.

—¿Pero realmente cambia el mar de sitio?—preguntó Vicente admirado.

—No se puede dudar. El mar ha elevado su nivel sobre la tierra al Oeste de Gibraltar y lo ha

bajado en el Este, ó sea en el interior del Mediterráneo; así es, que al paso que aquí va ganando terreno sobre la tierra, en aquel mar lo pierde.

Aquí tenemos á la antigua Cádiz sepultada en el Océano, al par que en Francia *Aigues Mortes*, en cuyo punto se embarcó San Luis para marchar á Oriente, dista ya media legua del mar.

Y sin ir á buscar ejemplos tan léjos; lo mismo sucede aunque en menor escala en Cartagena y Málaga,—observó Eugenio.

—Pues como iba diciendo—continuó César,—Cádiz se halla situada en una isla unida al continente por un puente estrecho que hicieron los cartagineses y arruinaron los árabes.

D. Alfonso el Sabio, aprovechando los antiguos estribos, lo reedificó de madera y así estuvo hasta que D. Juan II hizo donacion del puente á su favorito y consejero D. Juan Sanchez de Zuazo, cuyo nombre conserva hoy el puente.

—¿Y quién lo hizo de piedra?

—Se ha hecho dos veces, una en 1540 por Cárlos V y otra en 1617 por Felipe III.

—Pues además de estas noticias históricas—añadió Eugenio,—yo puedo dar dos de otro órden distinto.

—¿Cuáles?

—Que siempre que ha habido libertad en España ha nacido en Cádiz, y que tienen sus mujeres más sal que la que se puede sacar en un año de sus ricas salinas.

Siguieron nuestros amigos visitando la ciudad, que les pareció en extremo elegante y limpia, vieron el arsenal de la Carraca, el castillo del

Trocadero y el de Puntales, donde tantos valientes han muerto defendiendo la libertad, y los pueblos inmediatos á Cádiz como son el Puerto de Santa María, San Fernando, Puerto-Real y San Cárlos.

Por ín llegó el dia de la marcha y se trasladaron al vapor *Isla de Cuba*, sobre cuyo puente habia ya muchos pasajeros.

—¿Quién es ese que saludas?— preguntó Eugenio a César.

—Es un cubano llamado Torres; lo conocí en Madrid en casa de una paisana muy amable, donde nos reuniamos todos los cubanos que estábamos en la córte.

—No pareceis muy íntimos.

—No lo somos; una vez tuvimos una discusion respecto á Cuba y se enfriaron mucho nuestras relaciones; si no me engaño, ese mozo va á Cuba con las mismas intenciones que nosotros.

—¿Irá á batirse?

—Sí, pero contra España.

—Sin embargo, su apellido es español.

—Como que su padre era español; pero ese prójimo es de los que, olvidando su orígen y la sangre que corre por sus venas, gritan: ¡Muera España!

A este tiempo el vapor habia levado anclas y se dirigia rápida y majestuosamente á los grandes canales que forman la entrada del puerto, los cuales estaban á la sazon algo agitados por una fresca brisa del Noroeste. Muchos pasajeros abandonaron el puente, y entre ellos Vicente que jamás se habia embarcado más que en los Campos Elíseos y en el estanque grande del Retiro.

Eugenio y César, cuya organizacion era más marinera resistieron al mareo perfectamente y vieron cómo por la popa desaparecian poco á poco las casas de Cádiz tomando la misma tinta que la costa hasta que se confundieron con ella; la costa á su vez, se confundia gradualmente en el mar, perdiéndose totalmente de vista. En breve los jóvenes no vieron más que dos inmensas superficies esféricas unidas por sus circunferencias, en cuyo centro vogaba el vapor llevando tantas esperanzas, tantos dolores, tantas aspiraciones encontradas y tantos hombres que iban al otro mundo en busca de suerte y encontrarian en él quizá la miseria; acaso la muerte.

Al tercer dia se gritó á bordo, ¡tierra!

Esta palabra sólo pueden comprenderla los que han viajado por mar, los que han vivido algunos dias sin ver más que cielo y agua.

Los viajeros todos se precipitaron á proa, los que estaban mareados en sus camarotes se pusieron sobre cubierta.

De este número era Vicente.

César cogió de la mano á sus amigos y llevándoles á la toldilla de popa les dijo:

—No mireis, como los demás, al horizonte, porque es inútil, no descubrireis nada.

—¿Pues dónde hemos de mirar?

—Allá, sobre las nubes.

—En efecto; allí veo una que parece un triángulo.

—Pues esa que te se antoja nube es el pico de Tenerife ó Teyde.

—¿Cuándo llegaremos á él?

—Segun lo que andamos, y teniendo en cuenta

que el Pico se descubre desde treinta leguas, creo que tardaremos de seis á ocho horas.

—¿Estas son las islas Canarias?—preguntó Vicente.

—Este es el archipiélago canario que se compone de veinte islas, de las cuales sólo siete están habitadas, que son Tenerife, Fuerte Ventura, Gran Canaria, Palma, Lanzarote, Gomera y Ferro.

—¿Esta que vamos á abordar es la Gran Canaria?

—No; es Tenerife, que es la más grande y más poblada de las islas.

—¿Pues cómo llaman á la otra la Gran Canaria?

—No sé por qué. Tenerife tiene 73 leguas cuadradas, y sus vecinos, segun el censo de 1860 eran 20.713 al paso que la Gran Canaria sólo tiene 60 leguas cuadradas y 16.199 vecinos.

—¿De modo que despues de Tenerife viene la Gran Canaria?

—Tampoco. Es la tercera en importancia; ántes está Fuerte Ventura.

—¿Cuándo se descubrieron estas islas?—preguntó Vicente.

—No se sabe á punto fijo, pues ya los antiguos las conocian con el nombre de islas Afortunadas, á causa de su hermosura y fertilidad.

—De suerte—interrumpió Eugenio,—que estas islas estarian habitadas, cuando las conquistaron los españoles, por descendientes de los antiguos romanos.

—Nada de eso. Estas islas formaban ántes,

segun todos los indicios, un pueblo muy antiguo y civilizado, llegando hasta á decir algunos autores que los primeros habitantes de las islas Afortunadas ó Canarias fueron una colonia de egipcios establecida allí ántes del reinado de los Tolomeos. Se funda esta opinion en la destreza que demostraban los aborígenes al embalsamar los cadáveres y en la tradicion que conservaban de un gobierno aristocrático; sin embargo, nada de cierto se sabe acerca del orígen de los primeros pobladores de las Canarias, que se llamaban Guanches cuando los conquistamos.

—¿Existen aún individuos de esa raza?

—No queda uno solo.

—Pero los autores antiguos—preguntó Eugenio,—¿no han escrito nada sobre estas islas que tanto han ocupado á los modernos?

—Sí, pero han desaparecido sus obras: por ejemplo: Plinio cita al rey de la Mauritania, Juba II, que escribió un libro sobre las islas Afortunadas, el cual indudablemente arrojaria mucha luz sobre este punto si el tal libro existiera.

—No conozco sus productos.

—Consisten en trigo, cebada, legumbres, vino y pesquerías, en mucha abundancia. Por esta razon y porque la situacion de las islas es tan buena, son hoy el punto de escala de todos los barcos que por esta parte cruzan el Océano.

Mientras hablaban los tres amigos, la noche cerró algo fria y bastante oscura, por lo cual cada uno se recogió á su camarote.

Al dia siguiente, al despertar, se encontraron que el vapor habia fondeado. Tomaron inmedia-

tamente un bote, y como el vapor se detendria en la isla un par de dias para hacer aguada y reponerse de carbon, decidieron aprovechar el tiempo visitando el tan famoso Pico de Teyde que algunos llaman de Tenerife.

Se pusieron, pues, en marcha aquel mismo dia, y áun cuando la distancia que recorrieron no pasaria de un cuarto de legua, era tal la escabrosidad del terreno lleno de piedras sueltas, que de tiempo en tiempo tenian que hacer grandes paradas para respirar y poder continuar su camino.

Por fin, despues de mil trabajos, llegaron al pié del Pico llamado *Pan de azúcar*, descansando allí de nuevo mientras contemplaban en silencio el majestuoso espectáculo que se extendia á sus piés.

El horizonte que sus miradas abarcaban no tenia más límites que los de su vista.

No veian, como en otras montañas, tal vez más elevadas que el Pico, un horizonte mezquino erizado de rocas y colinas, sino las veinte islas que componen el grupo nadando en el Océano, con sus canales surcados por multitud de barcos pescadores, los labrados campos de las islas y sus pintorescas ciudades.

Mientras estaban entretenidos en esta contemplacion, el cielo empezó á encapotarse, pero no sobre sus cabezas sino á sus piés.

El paisaje que pocos momentos ántes contemplaban, se fué cubriendo poco á poco con capas de vapores, ténues al principio, y despues más espesas hasta el punto de interceptar completamente la vista.

Vicente que no tenia la menor idea de lo que ocurria estaba asombrado.

—Parece—decia—que han amontonado al pié del Pico toda la lana del mundo.

—Antes bien—repuso Eugenio—se asemeja al mar, cuando está agitado; mira, cuando esos copos, que tú llamas de lana, se acercan al monte, cómo saltan haciendo espuma cual las olas del mar al estrellarse contra las rocas de una costa.

—Ea; ya hemos descansado bastante—dijo César—vamos á recorrer el Pico.

—¿A qué altura estamos?—preguntó Eugenio.

—A 7.000 piés sobre el nivel del mar.

—Y ese pico que se alza sobre nuestras cabezas.

—¿El Pan de azúcar?

—Sí.

—Ese tendrá 6.000 piés y unas 400 ó 500 varas de circunferencia. Pero ¿no observais que frio tan penetrante reina aquí?

—En efecto, y tambien siento latir mi corazon con desusada violencia.

—Pues arriba, muchachos.

—Arriba.

—Al pico.

Y los tres jóvenes se lanzaron á la carrera trepando ágilmente por las peñas: de pronto Vicente que iba delante se detuvo gritando:

—¡Me quemo!

—No tengas cuidado—le respondió César.

—Sin embargo, yo tambien siento mucho calor en los piés y no puedo apoyar las manos en la tierra—repuso Eugenio

—Como que estamos sobre un volcan y todo

este pico no es más que un monton de cenizas y piedras calcinadas. Escarbando aquí y enterrando un huevo, en pocos minutos se asaba.

—Díme—preguntó con inquietud Vicente—¿habrá peligro?

—Creo que no, porque no está en actividad.

—¿Y el humo que sale?

—Ese es el que se escapa por una porcion de chimeneas que segun Van Buch preservan á Tenerife de sufrir de cuando en cuando una erupcion.

Mirad el cráter—añadió;—parece un caldero de cuarenta varas de hondo y está cubierto de greda blanca, amarilla y roja con fragmentos de lava descompuesta. Si tuviéramos aquí instrumentos repetiriamos las experiencias hechas por los sábios franceses Lamanon y Monges para conocer la naturaleza de los vapores y el grado de electricidad atmosférica.

—Sin embargo, no me gusta mucho estar aquí.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta este vecino; jamás viviria en una poblacion que tuviera cerca un volcan.

—Pero si éste no está en actividad.

—Yo te diré—repuso Eugenio—creo haber leido que en una época no muy remota este volcan destruyó un pueblo.

—¿Eh? ¿Qué tal? No dije yo que no era buen vecino?

Vamos abajo—gritó Vicente.

—Vamos abajo—dijo riendo César—porque ya es tarde, pero no hagas caso á Eugenio que quiere asustarte.

—No; te aseguro formalmente que lo he leido,

—Lo que tú has leido es que en 1704 y 1706 hubo erupciones laterales que destruyeron el puerto de Garrachica, que es ese pueblo que vemos á nuestros piés.

—Parece mentira que se hayan atrevido á volver á vivir en él.

—El hombre se acostumbra á todo, y estoy seguro que en ese pueblo duermen con tanto descuido como tú en Madrid.

Pero volviendo á lo que Eugenio decia; ya veis que no es tan reciente la erupcion y no hay memoria de que el cráter haya arrojado llamas ni lava, y sólo se nota ese humo que nosotros hemos visto, y que son vapores sulfúreos que constantemente exhala el volcan por las aberturas más bajas del cráter.

—A pesar de todo lo que me digas, yo te aseguro—contestó Vicente—que no viviria en esta isla.

CAPÍTULO III.

El temporal.—El vapor incendiado.—Horror y confusion.—La Santa Bárbara.—La balsa improvisada.—El inglés salvado.—Regreso al *Isla de Cuba*.—Las presentaciones.—Un corazon perdido.

Cuarenta horas no más se detuvo el *Isla de Cuba* en Canarias y al cabo de este tiempo repuesto ya de carbon y víveres, se hizo á la mar.

Los dos primeros dias el tiempo estaba sereno y bonancible, y el vapor con todas sus velas desplegadas corrió á razon de diez y siete nudos por hora.

El tercer dia el viento saltó al Suroeste tan fresco que fué preciso cargar las velas.

A las ocho de la noche la brisa se convirtió en violento huracan que silbaba por entre los palos y cuerdas con terrible violencia. Los balances eran espantosos y á cada momento enormes montañas de agua, dominando al vapor, caian sobre su cubierta inundándolo de proa ó popa.

Fué preciso cerrar las escotillas y aquella noche nadie tomó el té de costumbre; no era posible mantener en el fuego una vasija llena de agua.

Los pasajeros, por recurso unos, por no poder sufrir el mareo los más, se refugiaron en los camarotes, pero todos pasaron una noche muy incómoda.

Para no ser arrojados de la cama por los ba-

lances, tenian que asirse fuertemente de los bordes de la litera, y cuando la hé ice salia del agua y giraba en el aire producia un movimiento de trepidacion sumamente molesto.

Al otro dia cedió algo el viento, pero la mar quedó bastante gruesa. Sin embargo, se pudo encender fuego y los pasajeros tomaron algun alimento caliente.

A las ocho descubrieron por la proa un vapor. Cuando estuvieron más cerca notaron que arrojaba mucho humo, y que les hacia señales.

Se acercaron á él y vieron que era un gran vapor inglés, cuya tripulacion trabajaba desesperadamente para dominar un voraz incendio.

Inmediatamente el capitan mandó echar los botes al agua y tripulándolos con el suficiente número de marineros los mandó en socorro del vapor inglés en el cual las llamas hacian progresos alarmantes.

Cuando llegaron los botes al habla, el capitan inglés suplicó á nuestro piloto que le ayudase á salvar á los pasajeros, pues siendo imposible dominar el incendio la destruccion del buque era segura.

Costó mucho trabajo atracar al vapor, no sólo por la alteracion de los elementos, sino por la gran cantidad de humo que por todas partes se escapaba; pero como los tripulantes eran diestros y valientes marinos, pronto se embarcaron los que habian de ayudar á los ingleses á combatir el incendio quedando sólo en los botes los necesarios para conducir al *Isla de Cuba* los pasajeros del vapor inglés. Éste tambien echó sus botes al agua para que el trasbordo se hiciera más rápido.

Pero si el embarque de los marineros presentó dificultades y peligros que sólo pudieron vencer y evitar aquellos hombres avezados á combatir los elementos, el trasbordo de los pasajeros, entre los cuales habia muchas señoras y niños, ofrecia obstáculos casi insuperables.

Los botes no podian acercarse al costado del vapor sin exponerse á ser estrellados.

Habia momentos en que el agua subia, poniendo á los botes á la altura de la cubierta. Entónces era preciso aprovechar la ocasion y saltar ligeramente al bote, pues si se desperdiciaba un solo segundo el bote parecia hundirse hasta los abismos, mientras el vapor flotando encima de las jigantescas olas se elevaba hasta las nubes.

Lo que hacia más peligroso y difícil el trasbordo era el tumulto y la confusion que reinaba en el barco.

Todos querian escapar á un tiempo, llevando consigo á las personas más queridas y los objetos preciosos que habian podido salvar. Allí con ese egoismo feroz y brutal que domina al hombre cuando se ve amenazado de un peligro, todos se empujaban y rechazaban sin piedad agrupándose á las portas, de suerte que por su misma precipitacion se retardaba el embarque duplicando sus peligros.

Los marineros de los botes tenian que poner sumo cuidado en que no entrara en ellos más número de pasajeros que el que buenamente podian llevar, pues como la mar era gruesa podian zozobrar los botes.

Por fin el capitan inglés ayudado por Eugenio y César, que habian sido los primeros en embar-

carse para socorrer el buque incendiado, pudo restablecer el órden á su bordo estableciendo cuatro puntos de embarque, dos á proa y dos á popa.

La primera expedicion trasladó al *Isla de Cuba* cincuenta pasajeros; pero contra lo que era justo, los que se habian salvado eran los más fuertes, y entre ellos iban pocas señoras y niños.

El tiempo que los botes tardaron en volver pareció un siglo á los que esperaban su vuelta.

Por fin llegaron, y gracias al órden establecido á bordo se llenaron los botes con rapidez, poniendo en ellos á unos cuantos marineros que habian sufrido contusiones ó quemaduras graves al luchar contra el incendio, y á las señoras y niños.

Ya no quedaban á bordo entre pasajeros y marineros más que ciento veinte hombres, pero un incidente que todos temian, aunque ninguno le mencionaba, vino á esparcir de nuevo la confusion entre los que aún estaban embarcados.

Las llamas hasta entónces contenidas en el interior del buque por los esfuerzos de los tripulantes, al disminuir éstos á medida que se iban trasbordando, tomaron más incremento, y prendiendo en las carboneras levantaron una llama terrible que rompiendo por medio del buque se alzó lamiendo el palo mayor hasta el tope.

La tripulacion dividida en dos grupos, uno á proa y otro á popa, pues las llamas llegaban de banda á banda, se hallaba dominada por un terror y confusion tales, que desde entónces fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron los oficiales para restablecer el órden.

Los botes aún no habian llegado al *Isla de Cuba*, y el peligro crecia por instantes.

Las vergas desprendidas por las llamas y medio ardiendo caian sobre cubierta con espantoso ruido, sembrando la muerte y la confusion en aquel puñado de hombres, y desparramando por todas partes incendiarias chispas que aumentaban el peligro, haciendo general el incendio.

En el interior del barco nadie se atrevia á penetrar, porque las escotillas que no arrojaban llamas despedian espantosos torbellinos de un humo negro, pestilente y abrasador.

Sin embargo, allí estaba el peligro.

A medi la que el incendio crecia se dejaban oir sordas detonaciones cada vez más frecuentes y distintas, pudiéndose notar que despues de aquellos ruidos el fuego aumentaba en violencia, como si le hubieran suministrado nuevo alimento.

Las detonaciones sordas en un principio pasaron desapercibidas por los náufragos, preocupados como estaban con su situacion.

Pero cuando se hicieron más distintas, cuando llegaron á ser tan intensas co no disparos de cañon, llegó á su colmo el terror de los tripulantes.

Un grito espantoso, cuya procedencia no se supo entónces ni despues, resonó en la popa.

—¡¡La Santa Bárbara!!

La consternacion entónces fué horrible. Los marineros perdiendo por completo la cabeza se arrojaron al mar, agarrándose cada cual á lo que podia, y dejando en un momento limpia y despejada la cubierta del vapor inglés.

César y Eugenio que se hallaban á proa cogie-

ron un gallinero, y atándole una cuerda lo lanzaron al agua por la borda de estribor.

César bajó por la cuerda al gallinero y Eugenio le arrojaba cables, maderos, tablas, barriles y algunos pedazos de lona, todo lo cual procuró César unir y adaptar de modo que formara una especie de balsa.

Cuando estuvo todo arreglado saltó Eugenio al gallinero y apoyando un bichero contra el costado del barco, se alejaron de él rápidamente, remando algun rato en direccion al *Isla de Cuba*, cuyos botes y los del vapor inglés volvian rápidamente en socorro de los náufragos.

Cuando ya estuvieron los jóvenes á buena distancia del vapor incendiado y á cubierto de la lluvia de restos candentes que naturalmente caerian en sus cercanías si volaba como se habia anunciado; levantaron el bichero sobre su balsa improvisada, ataron en su punta un pedazo de lona que dejaron flotar á guisa de bandera y seguros de ser vistos por los que venian en su socorro, se pusieron á reforzar su balsa que padecia mucho con los embates de las olas y á cada momento amenazaba deshacerse.

Mientras estaban ocupados en esta faena, vió César un anciano que agarrado á un pedazo de madera luchaba con las olas á algunas brazas de distancia de la balsa.

Sin decir nada, obedeciendo sólo á sus generosos instintos, se lanzó al agua y empezó á nadar valientemente en direccion al náufrago.

Aun cuando algo sorprendido Eugenio por la brusca partida de su amigo no se alarmó, pues encontró muy natural que fuera á socorrer á

aquel pobre viejo que parecia ya haber agotado sus fuerzas. Por otra parte, Eugenio tenia la mayor confianza en su amigo, que era un gran nadador.

Efectivamente, en pocas brazadas alcanzó al anciano y haciendo que se agarrase á su espalda, empezó á nadar hácia la balsa.

Eugenio por su parte habia cogido dos remos y vogaba con vigor procurando acortar la distancia que le separaba de su amigo; de suerte, que pronto estuvieron reunidos, y Eugenio, soltando los remos, pudo tender una mano á César y ayudarle á subir á la balsa con el pobre anciano que perdió el conocimiento al verse en salvo.

Inmediatamente corrieron á él los dos amigos y despues de suministrarle los socorros que pudieron, lograron hacerle volver en sí. Las primeras palabras que pronunció despues de mirar á todos lados con aire azorado fueron estas en inglés:

—¡¡¡Mi mujer, mi hija!!!

—No tengais cuidado—le replicó Eugenio en el mismo idioma,—vuestra esposa y vuestra hija están sanas y salvas á bordo del *Isla de Cuba*, donde en breve estaremos nosotros.

—¿Sois vos el que me ha salvado?

—No he tenido esa dicha; es mi amigo D. César Urrucheaga, á quien tengo la honra de presentaros.

El inglés, que ya habia recobrado algo su calma, saludó gravemente.

—En cuanto á mí, me llamo para serviros, Eugenio Mendez.

El inglés saludó de nuevo, y estrechando con efusion la mano de los dos jóvenes les dijo:

—Yo señores, me llamo Wiliam Werry y soy cónsul británico en Santiago de Cuba, á donde iba desde el Havre de Gracia, que era donde servia ántes. No quiero deciros nada de mi agradecimiento, porque hay cosas que se sienten, pero no pueden expresarse.

—Lo que he hecho—repuso César,—no merece la pena de hablarse de ello, ni el peligro era tan grande.

—Para vosotros que sois jóvenes y fuertes nó; pero para un pobre viejo como yo, era inminente; si no hubiera sido por el pedazo de madera que cogí, me hubiera ahogado veinte veces y áun así, ya no sabia lo que hacia ni dónde estaba : si tardais un minuto más me encontrais cadáver.

—Ya os hubieran encontrado los botes—dijo César que queria cambiar de conversacion,—mirad ese cómo viene hácia nosotros.

En efecto, los botes, que viendo á nuestros amigos en una especie de balsa no les habian hecho caso por considerarlos seguros, corrian ahora á ellos despues de haber recogido á los que nadaban, algunos de los cuales perecieron en las olas.

Pocos minutos despues llegaron á bordo del *Isla de Cuba*, César, Eugenio y Mr. Werry.

Cuando éste último puso el pié sobre cubierta, se arrojaron á él sollozando su esposa y su hija, á las cuales tuvo estrechadas largo rato contra su pecho.

Despues de consagrar algunos momentos á la alegría por volver á ver á su familia, salva como él de tan terrible peligro, el anciano cónsul se acordó de sus salvadores y separándose de su es-

posa y de su hija cogió á César por la mano diciéndolas.

—Os presento á D. César Urrucheaga, al cual debo la vida. Sr. D. César, mi esposa mistriss Adeline Werry y mi hija miss Clara.

Desde hoy—dijo mistriss Werry,—contamos á usted como de la familia y usted debe considerarnos en todo como sus hermanas.

Miss Clara no dijo nada, pero bajó los ojos y se puso colorada, lo cual le sentaba bien porque era muy blanca.

César, por su parte, no supo qué contestar. Naturalmente, era corto de genio y la hermosura de miss Clara le habia hecho impresion.

Mr. Werry presentó despues á Eugenio, para el cual tuvo tambien la señora una palabra graciosa y una sonrisa encantadora, y despues de terminadas las presentaciones, los ingleses bajaron á la cámara para cambiar de ropas é instalarse, y César arrastrando á Eugenio á la toldilla de popa, le dijo, cogiéndole la mano.

—¿Te gusta la inglesita?

—Vaya una pregunta tonta; ¿y á tí?

—¡¡Mucho!!

—¿Sí?

—Sí.

—¿Sabes una cosa?

—¿Cuál?

—Se me figura que entre el agua y el fuego has perdido el corazon.

—¡Ah!—dijo suspirando César—mucho me lo temo.

CAPÍTULO IV.

Relacion del naufragio.—Un aficionado al café.—El incendio.—Envidia y odio.—Amor violento.—Un fiel observador de la etiqueta.—Dos rivales.

Como el *Isla de Cuba* llevaba bastantes pasajeros, y el vapor inglés tenia tambien un número muy crecido; los hombres abandonaron sus camarotes á las señoras y heridos, arreglándose como pudieron bajo unas tiendas que con las velas de repuesto se improvisaron en la cubierta.

Una tarde que la mar estaba tranquila y el vapor vogaba rápidamente hácia Puerto-Rico, que era donde el capitan habia resuelto tocar para dejar á los náufragos y repostarse, juntos los pasajeros de uno y otro buque sobre cubierta, el capitan inglés, á instancia del español, habló de esta manera.

—Hace quince dias que el *Swalow* (1), que así se llamaba el vapor que habeis visto perecer, salió de Plymouth con ciento ochenta personas entre tripulantes y pasajeros.

Hoy, del hermoso vapor sobre el cual tantos viajes he hecho, combatiendo terribles tempestades y escapando á mil peligros, no quedan más que esos botes que están ahí sobre cubierta. De las ciento ochenta personas que salimos de Ply-

(1) Golondrina.

mouth, sólo ciento setenta quedamos, y eso gracias á vuestro providencial encuentro y á vuestra valiente ayuda.

Nuestro viaje hasta las aguas donde tuvo lugar el incendio no dió lugar á ningun incidente digno de notarse.

Anteayer habia una mar terrible, y lo mismo que habreis sufrido vosotros, pues estábais en los mismos parajes, tuvimos que resignarnos á no comer más que fiambre, porque la violencia de los balances no permitia encender fuego.

El despensero, que era muy aficionado á café y marinero viejo por añadidura, habia visto ya muchas tormentas, habia naufragado varias veces y estaba tan acostumbrado á la mar y tan avezado á sus peligros, que apenas hacia en él impresion lo que á otros asustaba.

Este desprecio del peligro fué nuestra desgracia.

Aun cuando los marinos y pasajeros se privaran de café en ciertas ocasiones, él nunca lo perdonaba, así fué que el dia del incendio se retiró á la despensa, y preparando una cafetera con espíritu de vino, se puso á hacer su bebida favorita.

Un balance más fuerte que los demás dió al traste con la cocinilla económica, y el espíritu de vino inflamado cayó al suelo, comunicando el fuego á las costuras de brea que tapan las junturas de las tablas. El despensero perdió la cabeza y empezó á arrojar agua al suelo, pero con tan mala suerte, que tropezando en un gran frasco lleno de petróleo que nos servia para las lámparas, lo derribó, viniendo el inflamable líquido á

aumentar el peligro y la turbacion del despensero, el cual, léjos de llamar en su ayuda, temeroso sin duda del castigo, se empeñó en sofocar por sí solo el incendio, pero no logró sino empeorar su suerte y causar nuestra total ruina.

Cuando nos apercibimos de que habia fuego á bordo, ya habia tomado proporciones alarmantes, y el pobre despensero fué retirado lleno de terribles quemaduras, de cuyas resultas falleció una hora despues, no sin haberme dado los tristes detalles que acabo de relataros sobre el orígen del incendio que consumió mi buque.

En vano empleé todos los medios conocidos para dominar el incendio.

El cargamento compuesto en gran parte de petróleo y aguardiente, hizo inútiles todos nuestros esfuerzos. Las detonaciones que producian al estallar las barricas que encerraban dichos líquidos pusieron el colmo á la confusion. Lo demás que sucedió ya lo conoceis tan bien como yo. Si no hubiera sido por vosotros, muchos hubiéramos servido ya de pasto á los peces, y el resto vagariamos en los botes á merced de las olas, sufriendo el hambre y la sed.

En estas y otras conversaciones entretenian los navegantes las pesadas horas que por precision hay que pasar á bordo encerrados en un estrecho espacio, viendo siempre los mismos objetos y hablando con las mismas personas y girando naturalmente la conversacion sobre las mismas cosas.

Este género de vida, sobre ser muy monótono, predispone al ánimo á sufrir con más energía las impresiones exteriores.

El estudio, el amor, el odio y el juego dominan de un modo irresistible á los navegantes, segun su índole ó las circunstancias le inclinan á alguna de estas pasiones. Por eso los marineros cuando despues de un largo viaje desembarcan, se entregan con loco frenesí á toda clase de excesos.

El hombre estudioso, en aquellas largas horas de profunda calma, puede con tranquilidad dedicarse á los libros, y como en aquel estrecho círculo éstos son el único recurso, la única distraccion, el que al embarcarse es aficionado á ellos, al saltar en tierra ya no es aficion lo que siente por el estudio, es pasion ciega y frenética.

Los que aman y los que odian, obligados tambien á vivir siempre juntos, á oirse hablar, á comer en la misma mesa, encuentran siempre mil cuatrocientas cuarenta veces, ó sea una vez por minuto, durante todo el dia, alguna circunstancia, por pequeña que sea, que aumente su amor ó su odio.

Entre las muchas pasiones que iban encerradas en los flancos del *Isla de Cuba*, una salió con él del puerto de Cádiz, y fué creciendo á medida que iba creciendo la distancia recorrida por el vapor.

Nuestros lectores recordarán que al entrar en el *Isla de Cuba* reconoció y saludó César á un cubano llamado Torres, con el cual dijo no estar en las mejores relaciones.

Pues bien; aquella frialdad no era hija solamente de la antipatía que nace sin saberse por qué. Una discusion política sobre la independencia de Cuba, cuya tésis defendió Torres, hizo

nacer en ámbos sentimientos antipáticos; pero aún se saludaban y, sin ser amigos, no dejaban de hablarse cuando la ocasion se presentaba.

Pero desde que se embarcaron juntos, la antipatía creció de un modo alarmante pero desigual en sus efectos.

César se convenció de que las intenciones de Torres al marchar á Cuba eran las de tomar parte en favor de los insurrectos y desde entónces lo miró con aversion, casi con desprecio.

Torres por su parte comprendió, porque Eugenio y César lo decian en voz clara y alta, que los tres amigos iban á Cuba á combatir por la integridad nacional, y desde aquel momento los envolvió á los tres en su odio; un odio reconcentrado y tanto más violento cuanto más comprimido estaba, aumentando diariamente en razon á los triunfos que sobre él alcanzaban los dos amigos que eran queridos de todos á bordo.

Cuando se descubrió el vapor incendiado, César y Eugenio se embarcaron para socorrer á los ingleses en el primer bote que salió, y Torres, ó no los vió ó no se atrevió á imitarlos, porque á más de los peligros que habia que arrostrar en el vapor incendiado, la mar estaba tan borrascosa que los botes amenazaban sumergirse á cada momento.

El hecho fue qué Torres permaneció á bordo con el resto de los pasajeros, contemplando desde la toldilla la destruccion del *Swalow* y socorriendo á los náufragos conforme iban llegando.

Pero cuando el vapor inglés hubo desaparecido, cuando sus pasajeros estuvieron á bordo

del *Isla de Cuba* seguros y tranquilos, empezaron á dar gracias á sus libertadores, alabando su valor y contando las proezas que habian hecho Eugenio y César. Entónces su rabia no tuvo límites. Se retiró á su camarote mesándose los cabellos, llorando de rabia y reprochándose el no haber marchado al socorro del barco inglés.

Odiaba de muerte á los tres amigos; hasta el pobre Vicente, que siempre estaba escondido, participaba tambien de su odio. ¿Por qué? ¿Quién lo sabe? Ni el mismo Torres seria capaz de decirlo.

Lo odiaba porque sí, porque era amigo de Eugenio y César, porque se odia y se ama sin razon á aquellos que participan del afecto de la persona á quien odiamos ó queremos.

A estos motivos, ya por sí bastante poderosos, dadas las circunstancias en que se encontraban los jóvenes, se unió otro más grande que aumentó hasta el paroxismo la rabia que Torres sentia contra su paisano César.

Cuando Torres vió subir á bordo del *Isla de Cuba* á miss Werry con su alta y majestuosa estatura; el negro pelo cayendo en ondulosos mechones hasta su esbelta cintura, sirviendo de cuadro á un rostro de líneas tan puras como las de las vírgenes de Rafael; aquellos ojos azules, inocentes, grandes, rasgados, húmedos por las lágrimas que corrian por sus mejillas tersas como el marfil, concibió por ella uno de esos amores repentinos y violentos que no se explican, pero cuya impresion se siente en el corazon como si introdujeran en él un hierro ardiendo.

Desde que miss Clara y su madre pusieron los

piés á bordo, Torres se dedicó á su servicio y á prodigarles las más delicadas atenciones, pero todo en balde.

Las dos mujeres preocupadas con el peligro inmenso de que acababan de escapar, presente aún ante sus ojos la escena horrible del *Swalow* ardiendo y los botes salvadores luchando contra las embravecidas olas para arrancar alguna víctimas del agua ó del fuego; no hacian caso del cubano.

Más tarde, cuando se calmó un poco su espíritu quedó aún preocupado con la suerte de Mr. Werry que, como saben nuestros lectores, aún estaba á bordo del buque incendiado.

Pero despues de terminada la catástrofe, cuando pudieron abrazar á su marido y padre, cuando este les contó el heróico comportamiento de los jóvenes á los cuales debia la vida, toda la atencion de Clara y su madre se fijó en ellos, quedando Torres eclipsado y más enamorado que nunca.

Al dia siguiente, cuando todo entró en órden, quiso trabar conversacion con Mr. Werry pero éste, que era estricto observador de la etiqueta, lo recibió con marcada frialdad.

No obstante, se acercó á César para que le presentara á Torres.

César se excusó diciendo que apénas lo conocia y que sus relaciones no eran las mejores con aquel señor, de suerte que por no estarle presentado oficialmente, Mr. Werry apenas le dirigió la palabra durante el resto del viaje.

De este modo Torres, aislado de las únicas personas con las cuales hubiera querido entrar

en relaciones, alimentaba en silencio las tres pasiones que habian de causar su desgracia y tal vez la de nuestros amigos.

Así trascurrian los dias, y el vapor avanzando incesantemente se acercaba á Puerto-Rico.

CAPÍTULO V.

Sobre la toldilla.—Un recuerdo á Colon.—Las corrientes y los vientos.—Errores geográficos.—El huevo de Colon.—Américo Vespucio.—El Adan americano.—Las trombas marinas.—Tierra.

Un dia la mar estaba tranquila y su superficie suave como la de un estanque; hacia un calor insufrible.

Los pasajeros que más simpatizaban entre sí, charlaban en la toldilla formando grupos.

Uno de estos lo componian la familia de Mr. Werry, César, Eugenio, el capitan del *Isla de Cuba* y Vicente, que gracias á lo bonancible del tiempo habia podido subir á cubierta.

Mr. Werry tenia la palabra.

—Nunca admiro más á Colon—decia—que cuando como hoy está el mar en calma.

Es indudable que él y sus valientes compañeros debieron verse detenidos más de una vez por estos solemnes reposos de los elementos.

¡Cuántas serian las angustias de aquellos hombres que marchaban á lo desconocido, viéndose inmóviles en medio de un mar ignorado y para muchos de ellos sin fin!

—Sin embargo—replicó el capitan—no creo que sufrieran muchas calmas, porque para ir á Cuba ayudan mucho las corrientes y los vientos alíseos.

—Pues qué—preguntó Vicente con su natural ingenuidad—¿se encuentran en el mar corrientes y vientos constantes en una misma direccion?

—Sí señor. El fenómeno de las corrientes cuya importancia para los navegantes comprendió el célebre marino M. de Rossel, ha sido recientemente explicado por el capitan Sabine, que á más de ser un excelente marino era un hombre muy versado en todas las ciencias exactas.

Se nota en los trópicos hasta los 30° de latitud Norte y Sur un movimiento contínuo en el Océano que lleva sus aguas de Oriente á Occidente justamente en la misma direccion que corren los vientos alíseos y en direccion inversa á la de rotacion del globo.

Los navegantes para ir de Europa á América buscan, como nosotros hemos hecho, la latitud de las Canarias para entrar en la corriente que los ha de llevar con rapidez á su destino.

Vamos ahora á los vientos alíseos que tambien nos ayudan.

Hay dos movimientos generales y constantes en la atmósfera.

Uno que reina en la zona tórrida y lleva el aire hácia el Occidente en igual sentido de las corrientes de que he hablado. Y otro que se hace sentir en las zonas templadas y que trae hácia el Ecuador el aire de los polos.

El primer movimiento, esto es, el ecuatorial, produce los vientos constantes del Este conocidos con el nombre de vientos alíseos.

—¿Cuál será la causa de estos vientos?—siguió preguntando Vicente.

—Yo creo—respondió el capitan—que recono-

cen por causa primera la dilatacion que sufre el aire por la accion del calórico desarrollado por el sol.

—Indudablemente—añadió miss Clara—Dios inspiró á Colon haciéndole tomar este camino por donde no tenia más que tender sus velas y abandonarse al viento y las corrientes.

—Mucho le ayudó Dios; pero mucho tambien la ciencia—observó César—pues al lanzarse Colon al descubrimiento de América lo hizo ya partiendo de datos positivos, casi seguros.

Colon era un hombre de genio, de voluntad tenaz, y tan aficionado al mar que á la edad de catorce años empezó á navegar.

No es extraño que estudiara mucha geografía y le extrañara lo incompleto del sistema que entónces regia.

En los sorprendentes viajes de Marco Polo y en los escritos de Aristóteles comprendió Colon que la tierra era esférica, cuya opinion admitian todos los filósofos, áun los anteriores á Aristóteles.

Pero sobre lo que se equivocaban era sobre el tamaño del globo, pues tomaban el meridiano de las Canarias como Oeste y juzgando por las noticias de Marco Polo, resultaban doscientos grados al Este la China y el Japon, de donde dedujo Colon que navegando al Oeste ménos de cien grados descubria el camino más corto para las Indias que era lo que en aquella época se buscaba.

—Teniendo por verdaderos esos datos, la consecuencia que sacó Colon era infalible;—objetó el capitan—lo que me extraña que no se les ocurriera á otros ántes que á él.

—Generalmente lo más sencillo de encontrar es

lo que más difícilmente se halla, y á esa misma objecion que hicieron algunos envidiosos á Colon en ocasion que estaban comiendo, contestó él presentándoles el célebre problema del huevo que todos conocemos.

Además, el célebre navegante no obró sólo impulsado por esa idea; un piloto de Huelva, en cuya casa vivió Colon algun tiempo, le dijo que corriendo un temporal que le llevó al Oeste, habia encontrado en alta mar y ya muy distante de la tierra maderos labrados y aves volando, lo cual eran seguros indicios de haber tierra inmediata.

—¿Y cómo encontró tanta oposicion á su proyecto?—preguntó miss Clara.

—Eso es lo que no se explica bien; yo para mí tengo que los sábios de aquel tiempo eran tan presuntuosos y tan apegados á sus sistemas como los de hoy y tachaban de visionarios á los que no pensaban lo mismo que ellos.

Tal vez Colon preocupado con su idea, no haria más que hablar de ella y esto bastó para darle fama de loco.

—Lo que yo no me explico — interrumpió Mr. Werry—es cómo habiendo descubierto Colon el nuevo mundo usurpó su gloria Americo Vespucio dándole su nombre.

—Esta—respondió César—es una injusticia en que nadie tuvo parte, y todos tuvieron culpa, y el mismo hombre en cuyo favor se cometió, murió sin sospechar que su nombre habia de alcanzar tanta fama.

Americo Vespucio, nació en Florencia en 1451 y en 1490 se hallaba en Sevilla empleado en una casa de comercio.

Su fama no debia ser muy grande cuando á los cincuenta y seis años se embarcó en clase de secretario con el almirante D. Alonso de Ojeda, el cual partió de Sevilla para América con cinco barcos el 10 de Mayo de 1497.

A los treinta y siete dias de navegacion llegaron al continente americano, descubierto por Colon tres años ántes, y recorrieron sus costas durante trece meses, despues de los cuales dieron vuelta á España.

En este viaje prestó Americo tan buenos servicios, que Ojeda lo recomendó á la córte como un buen dibujante, y tambien lo llevó consigo en el viaje que hizo en 1499, saliendo del puerto de Cádiz en Mayo de dicho año, y á los cuarenta y cuatro dias avistaron una costa desconocida al Sur del Ecuador, hallando despues que era continuacion de la ya descubierta.

Despues de algunos años nombraron á Americo hidrógrafo, ó como se decia en aquella época geógrafo de la córte, y desde entónces estuvo generalmente ocupado en hacer mapas de navegacion, señalar las costas de los países recien descubiertos y escribir derroteros, poniendo en las cartas su nombre como autor que era de ellas, y los que las usaban las llamaban «Cartas Américas;» luego por abreviatura Américas, y de aquí vino el nombre al Nuevo Mundo.

—Una duda se me ocurre—dijo Vicente.

—¿Cuál?

—¿Quiénes fueron los primeros pobladores de América? Si fueron los descendientes de Noé es claro que ya la habian descubierto ántes de Colon; si no, es preciso admitir que no fueron sólo

Adan y Eva los que dieron orígen á la raza humana.

—Yo soy de la última opinion—dijo Mr. Werry;—creo que los hombres nacieron en bastante número, y espontáneamente en los sitios propios para su conservacion y aumento, como nacen las plantas y algunos animales en sitios donde jamás hubo séres de su especie que pudieran darles el sér, el cual deben sólo á combinaciones químicas de la materia.

—No estoy conforme con esa doctrina—contestó César.

—¿Puede usted explicar de otra manera que la América, cuyo descubrimiento se puede llamar reciente, estuviera habitada por una raza civilizada?

¿No pudo Dios crear un Adan en América, al mismo tiempo que creó á nuestro primer padre?

—Sí pudo, pero el Génesis dice terminantemente que no lo hizo: «*Fecit ex uno omne hominum genus inhabitare super faciem universæ terræ.*

—Tiene usted buena memoria, y por lo mismo debe recordar que Moisés no era un gran geógrafo; bien pudo al decir eso referirse al mundo conocido entónces, que como usted sabe era bien pequeño.

—Aun así tengo otros argumentos mejores, empezando por la tradicion de los mismos americanos, los cuales en sus pinturas y en sus cánticos se reconocen como descendientes de unos hombres que se escaparon de una gran inundacion. Todos los pueblos mas ilustrados de Amé-

rica como eran los mejicanos, los tlascaltecas, los alcolhuis, los tolteques y otros muchos estaban conformes en esto y en decir que sus abuelos habian venido de Oriente.

—¿Entónces niega usted que todos los hombres perecieron en el diluvio?

—Nada de eso; afirmo fundándome en lo dicho y en la circunstancia de que estos pueblos dan el nombre de Votan á sus progenitores de Oriente, que son descendientes de Noé.

—¿Y quién era Votan?

—Votan, segun un antiguo escrito chiapanés encontrado por el Sr. Nuñez de la Vega, obispo de Chiapa, era un hombre que recibió órden de su padre para hacer un edificio tan alto que llegara al cielo, y que la obra quedó interrumpida por la confusion de lenguas que entró entre los que concurrian á la obra.

—Es justamente la historia de la torre de Babel—dijo miss Clara.

—Y debe usted añadir, señorita, que esta historia se escribió ántes que los españoles descubrieran la América. Pero aún hay más.

Los mejicanos llaman á Noé *Cojcoj*, y cuentan que para no ahogarse se embarcó con su familia, muchas especies de animales y gran provision de granos, en un barco hecho á modo de caja. Allí estuvo cierto tiempo, y viendo que las aguas descendian, soltó á un ave que llaman *aura*, y ésta, que es carnicera, no volvió, porque estaba devorando los cadáveres que cubrian la tierra; entónces *Cojcoj* dió libertad á un lindo pájaro llamado *chupa-mirto*, el cual regresó al arca trayendo una rama en el pico.

—¡Pero esa es la historia del diluvio!—exclamó miss Clara.

—Sin quitarle una letra, y del mismo modo la cuentan los michuacaneses, que llaman *Tezpi* á Noé, los cubanos y otros pueblos, lo cual prueba que tenian idea de lo que fué el diluvio, y conservaban casi la misma tradicion que nosotros.

Además nuestro capitan dirá á ustedes que por el estrecho de Bering pudieron muy bien haber pasado los descendientes de Noé del Asia á América, bien atravesando el estrecho, bien sin pasar la mar, porque en aquellos tiempos estuvieran unidos los dos continentes.

—Esta opinion me parece más razonable—añadió Eugenio,—atendiendo á que la faz del mundo ha sufrido cambios radicales y repentinos, y así me explico el gran número de islas que hay habitadas por hombres que jamás han tenido idea de la navegacion.

Yo creo que esas islas eran las cimas de otras tantas montañas que sólo quedaron descubiertas al producirse el gran cataclismo que cubrió de agua más de una mitad de nuestro planeta. Los habitantes de las llanuras se refugiaron en los lugares más altos, y así quedaron pobladas esa infinidad de islas que pueblan el Océano.

—Y los mares interiores—añadió el capitan—debieron ser formados por las mismas aguas que cayeron en profundos valles.

—Justamente.

—¿Y por qué han de admitir ustedes esos cataclismos que nosotros no hemos visto ni la historia nos señala?—preguntó Mr. Werry.—¿No

seria más lógico atribuirles una causa natural y constante que desde el principio del mundo trabaja para trasformar lentamente la superficie del globo?

A mi modo de ver, la geología obedece á leyes naturales que regulan el órden general y permanente del universo; yo no admito esos cataclismos generales, creo que los fenómenos geológicos que observamos son el resultado de un estado de cosas diferente del actual, pero que sin cesar tendia á aproximarse á él.

Creo que las causas de las metamórfosis que hoy admiramos, son el vulcanismo primitivo y sus consecuencias, la formacion de las aguas por la condensacion de los gases y la disminucion de su nivel á consecuencia de las filtraciones producidas por el enfriamiento y el mayor espesor de la corteza terrestre; y estas mismas causas, áun cuando ménos poderosas, son las que hoy producen los mismos efectos.

Sea como fuere, me adhiero á la opinion de César y creo que los americanos son descendientes de una colonia egipcia que pasó á América, cuando esta parte del mundo estaba unida al Asia.

—¿En qué se funda usted para creer eso?

—Por la analogía que tienen los idiomas mejicano y egipcio, por su conformidad en el modo de computar el tiempo, por el comun uso de pirámides y geroglíficos.

—Pues yo no creo suficientes esas razones y se lo voy á probar á usted.

En primer lugar, en Méjico hay treinta y cinco idiomas distintos unos de otros y todos diferen-

tes del que usaban en Egipto. Ya ve usted que no es posible que una nacion altere de tal suerte su idioma y lo divida en multitud de dialectos, sin que ninguno de ellos tenga palabras comunes entre sí

El modo de computar el tiempo era más semejante, pues los mejicanos como los egipcios, daban al año que era solar 365 dias contando 360 en sus meses y añadiendo los primeros cinco dias al mes de *Izcallí* como los segundos al mes de *Mesorí*.

Los egipcios daban al año doce meses de treinta dias y los mejicanos diez y ocho meses, dando á cada mes veinte dias.

Los egipcios contaban por semanas y los mejicanos por períodos de cinco dias en el órden civil y trece en el religioso.

En cuanto á las pirámides de los egipcios y mejicanos difieren en un todo en forma y uso.

Los geroglíficos pudieron ocurrírseles muy bien á los mejicanos lo mismo que á los egipcios, pues es lo más sencillo y lo que primero se ha de ocurrir al hombre, que sin saber escribir, quiere conservar la memoria de un objeto y poder dar á los demás una idea exacta de él.

—En resúmen. ¿Cuál es la opinion de usted acerca de los primeros pobladores de América?

—Creo que los americanos descienden de diversas naciones, sin que pueda atribuirse su orígen á ninguna de las que hoy pueblan el viejo mundo. Sus primeros pobladores debieron ser los pueblos que habitaban la parte del Asia más inmediata al estrecho de *Bering*...

—¿Qué es eso?—dijo Eugenio interrumpiendo

á su amigo y señalando un punto en el horizonte.

Todos volvieron allí la vista y exclamaron.

—¡Tierra!

—No, es un vapor.

—Es mucho humo para que lo arroje la chimenea de un vapor; tal vez sea otro incendio.

—Le digo á usted que es un vapor, mire usted cómo anda.

—Allí hay dos más.

—Vienen hácia aquí.

Todas estas frases las habian pronunciado los pasajeros, y ya todos los tripulantes agrupados en la obra muerta observaban el horizonte con curiosidad.

Entónces el contramaestre fué corriendo á popa y con ademan azorado dijo:

—¡Mi capitan, trombas marinas!

—Ya las he conocido, — respondió el capitan con calma.

—¿Preparo los cañones?

—No hay para qué.

—Se nos echan encima.

—No hay cuidado, vaya usted á proa y tranquilice la gente, y sobre todo nada de gritos ni algazaras, que no son ustedes mujeres.

El contramaestre bajó la cabeza y se dirigió á proa, donde los marineros arremolinados, empezaron á murmurar.

—Silencio,—gritó el capitan con voz imperiosa.

Todo el mundo calló y el capitan, acercándose á los pasajeros, les dijo sonriendo:

—Estos pobres diablos participan de la opinion

general entre los marineros de que es muy peligroso para un barco, acercarse á una tromba marina y quiero quitarles el miedo.

—¿Y si revienta sobre nosotros?—preguntó un pasajero.

—Sufriremos un aguacero del cual nos preservará el toldo, pero nada más.

Un barco pequeño, navegando con mucha vela correria peligro, no por la tromba, sino por las fuertes ventoleras que soplarian de repente por todos los puntos del compás, pero nosotros no llemos velas y el barco es bastante grande para no hacer caso de la agitacion del agua.

—¿Cómo se forman esas trombas?—preguntó mistriss Werry.

—De un modo muy sencillo. Cuando se encuentran dos vientos en la mar, á un mismo ángulo y se halla una nube en el centro, ésta se condensa y empieza á girar rápidamente prolongándose hácia abajo en forma de manga; si el vértice que fuerza á la nube hácia abajo llega á la superficie del mar, la agita con tal fuerza, que el agua se convierte en vapor y, así como en la tierra los remolinos de viento levantan toda sustancia ligera, así en el mar levanta aquel vapor hácia la punta de la nube, efectuándose la union del modo que estamos viendo.

Pero aquí se cruza una: no tengan ustedes miedo, señores, y vean como á causa de la calma conservan la perpendicular en su movimiento. Si hubiera viento marcharian inclinadas.

Miren ustedes como en la mitad del cono que forma la tromba, se divisa un tubo blanco y trasparente; ese es un espacio vacío por el cual no

suben mas que las más menudas partículas de agua.

—¡Pero ya está encima, vivo bajo el toldo!

En aquel momento el sol se oscureció y empezó á caer un tremendo chubasco que duró dos minutos.

Algunos gritos é imprecaciones se dejaron oir; despues cesó el chubasco, el sol lució y marineros y pasajeros echaron á broma lo que pocos momentos ántes les habia causado tanto susto.

Allá por la popa corrian las otras trombas y pronto se perdieron de vista.

—¡Tierra por la proa!—gritó el marinero colocado de vigía y todos se precipitaron á proa para ver la tierra deseada.

CAPÍTULO VI.

Puerto-Príncipe.—El lugar del Paraíso.—Un cachalote apurado.—Lucha en el mar.—El choque.—El pez espada.—Discusiones á bordo.—Las mariposas marinas.

Allá en lontananza se destacaba sobre el horizonte una faja de sinuosa silueta, ténuemente azulada.

Gracias á la rápida marcha del *Isla de Cuba*, las tintas se fueron vigorizando y los contornos de la isla se dibujaron claramente en un cielo de sin igual belleza.

Algun tiempo despues surcaba el vapor á toda máquina la bahía de Puerto-Príncipe y fondeaba cerca del muelle.

Apenas se cumplieron las formalidades que la ley marca para dar entrada á un buque, los pasajeros bajaron á tierra y emplearon la tarde toda y gran parte de la noche en recorrer la poblacion, que les pareció encantadora.

César se complacia en enseñar á su amigo y á la familia Werry las bellezas de la ciudad y sus espléndidas campiñas, de las cuales no se puede tener idea en nuestra vieja Europa.

Todo admiraba á los viajeros; ante todo se paraban y todo procuraba explicarlo el criollo, inculcándoles la idea de que lo que tanto les llamaba la atencion no era más que un pálido reflejo de lo que verian en Cuba.

—De seguro—decia César á sus amigos en un rapto de patriótico entusiasmo—el Paraíso terrenal, si estuvo en la superficie del globo, no pudo estar situado en otra parte sino en Cuba.

Los europeos sonreian al ver el entusiasmo del cubano, pero admiraban de veras y con toda la fe de sus almas generosas, la sin igual belleza del paisaje.

Como el capitan les habia prevenido que partirian aquella misma noche, se retiraron á bordo de donde ya habian salido los náufragos del *Swallow*, excepto el cónsul inglés y su familia que seguian con el *Isla de Cuba*.

Cuando los pasajeros despertaron y fueron apareciendo sobre cubierta, navegaba el vapor rápidamente por un mar tranquilo, y en el límpido horizonte no se veia la más pequeña señal de tierra.

Sin embargo, multitud de pájaros que surcaban el aire ó se posaban en las vergas del barco, atestiguaban que la tierra no estaba lejos.

Los pasajeros, viendo ya cercano el fin de su viaje, tomaban el fresco formando grupos, charlaban bulliciosamente ó escuchaban los alegres cantos de la gente de proa.

—Capitan ¿qué es aquello?—preguntó miss Clara, extendiendo hácia el horizonte su preciosa mano.

—No veo nada—respondió el marino.

—Me pareció ver saltar el agua como si hubiese un surtidor en medio del mar... Mírelo usted allí.

—Cierto, ya lo veo.

—Es una ballena—dijo Eugenio.

—¿Derribará el barco?—preguntó con recelo Vicente.

—No tenga usted cuidado—contestó el capitan—áun cuando fuera una ballena, como ha creido su amigo de usted, no podria nada con mi buque.

—¿No es una ballena?

—No; es un cachalote.

—¿Pero qué tragin es ese que trae?

—Indudablemente algo tiene, voy á mandar parar unos momentos para ver lo que es.

El capitan se alejó para dar sus órdenes, y á los pocos momentos la máquina dejó de funcionar y el vapor flotaba como una boya.

Mientras tanto el mónstruo marino, que ya estaba bastante cerca del buque, daba prodigiosos saltos sobre el agua, agitándola furiosamente y lanzando por sus narices dos caños de agua que subian á la altura de las primeras vergas.

El orígen de todas estas maniobras se descubrió bien pronto. El jigantesco cetáceo estaba empeñado en una tremenda lucha con un animal mucho más pequeño que él, pero más ligero, más impetuoso y mejor armado.

El enemigo del cachalote era un pez espada, cuyo cuerpo se veia salir del agua rápido como el pensamiento, cayendo sobre el cachalote que procuraba esquivar la terrible espada de su contrario.

Era evidente que el cachalote estaba á la defensiva, y que su mayor placer seria verse libre del pendenciero pez; pero éste, que se habia propuesto dar un asalto, no cedia en su empresa y

repetia los ataques, tendiéndose á fondo con furor.

El cachalote, no menos ligero que su adversario paraba con la cola las feroces estocadas, estando tan listo á la parada como el pez espada en el ataque.

Mientras los dos enemigos combatian, el capitan que no queria detenerse mucho mandó arriar un bote, el cual se dirigió al lugar del combate sin ser apercibido por los encarnizados combatientes.

Llegados á distancia razonable, uno de los marineros que estaban en la proa se puso en pié y lanzó un arpon al cachalote, pero un rápido movimiento de éste impidió que le tocara; sin embargo, el arpon rozó la piel del cetáceo y cayó al agua.

Este brusco ataque hizo cesar el combate; el cachalote azotó el agua con su enorme cola y se sumergió rápidamente, mientras que el pez espada más belicoso, haciendo frente al bote se lanzó sobre él con ciego arrojo.

El choque fué terrible; algunos marineros que estaban de pié cayeron sobre los bancos, donde tuvieron que agarrarse para aguantar las fuertes sacudidas que el pez espada imprimia á la pequeña embarcacion.

Por fortuna el arponero puso fin al combate, hundiendo varias veces un arpon en el cuerpo del feroz pez, el cual se agitó convulsivamente algunos minutos, concluyendo por quedar inmóvil.

El bote regresó á bordo empujando al pez espada, y cuando llegó al costado del vapor le sujetaron por la cola con un aparejo, para impedir

que al izarlo á bordo se rompiera la espada con el peso del cuerpo.

Cuando bote y pez estuvieron sobre cubierta, corrieron presurosos todos los pasajeros á contemplar al vencido, y vieron que habia atravesado con su espada una tabla del bote y una de las costillas, todo lo cual hacia un espesor de cuatro pulgadas.

Todos los pasajeros quedaron asombrados al ver la fuerza del pez, y algunos manifestaron el temor de que si se encontraban con otro, le diera gana de acometer al buque y lo echara á pique; pero el capitan los tranquilizó diciéndoles que áun cuando el pez espada es sin disputa uno de los más feroces habitantes del mar en el cual ataca á todo lo que se mueve, sea grande ó pequeño, no es peligroso para los buques.

—Sin embargo—objetó Mr. Werry,—Plinio dice que en su tiempo atravesaba los barcos y los echaba á pique.

—Paparrucha—replicó el capitan;—no sé cómo serian los barcos antiguos, pero debian por lo ménos ofrecer tanta resistencia como este bote.

El pez espada no tiene suficiente fuerza para atravesar el costado de un buque, como lo prueban muchos ejemplos.

—Escuchad—dijo Mr. Werry;—un barco de guerra inglés, *El Leopardo*, á su vuelta de un viaje de la costa de Guinea fué mandado carenar, y al hacerlo encontraron una espada que habia atravesado el forro de cobre, un tablon de cuatro pulgadas y una pieza de roble de cuatro pulgadas y media de grueso.

—¡Es sorprendente!

—Parece mentira la fuerza con que el pez da la estocada.

Segun la opinion de los ingenieros que visitaron el buque, hubieran sido necesarios diez fuertes martillazos con un martillo de arroba para meter un clavo de hierro á aquella profundidad.

En la *Galería Adelaida* de Lóndres hay varios ejemplares de espadas atravesando las maderas de un barco.

—En el Norte de América son muy comunes las espadas clavadas en barcos, y se ven ejemplares que revelan una fuerza de impulsion prodigiosa, pero la misma violencia del ataque es la que salva al buque—añadió el capitan.

El pez generalmente se mata por su propio impulso, porque al entrar la espada en el barco se ajusta de tal modo á las maderas que, ó no tiene fuerza el pez para arrancarla y con los desesperados movimientos que hace la rompe, ó la violenta corrida del barco á la cual se opone todo el cuerpo del pez, troncha la espada.

—¿De suerte—dijo Eugenio—que no debemos creer lo que nos cuentan los libros?

—Yo te diré—respondió César;—los naturalistas modernos son todos de la opinion de nuestro capitan; pero los antiguos como Herodoto, Strabon y Plinio, hablaban segun lo que habian oido contar á los marinos griegos y latinos, los cuales, como tú sabes, eran muy dados á lo maravilloso; así no extraño que el pez espada llamara poderosamente su atencion, y eso que el naturalista romano no pudo referirse más que á la especie comun en el Mediterráneo.

—¿De suerte que éste que tenemos á la vista es de distinta especie?

—Sí, miss Clara. Este excede mucho en fuerza y tamaño á los del Mediterráneo: es un vástago más crecido de la familia de los *Xiphias Gladius*, la cual no puede confundirse con ninguna á causa de la prolongacion del hocico en forma de espada.

Miéntras César daba estas explicaciones á la bella inglesa, el carpintero sacó la espada de las tablas del bote y el cocinero se apoderó del pez andante que aquella tarde figuró con honra en la mesa de popa.

Inmediatamente empezaron los marineros á sacar cubos de agua del mar y á baldear la cubierta para limpiarla de la sangre que el pez espada habia vertido, y algunos minutos despues quedó el barco tan limpio como de ordinario.

La pesca del pez espada dió abundante pábulo á las conversaciones en aquel dia.

Es tan difícil distraerse á bordo, son tan largas las horas para los que encerrados en un estrecho recinto durante muchos dias, ven salir el sol por el Oriente del seno de las olas, y luego sumergirse en el mar al otro lado de un horizonte inmenso, siempre el mismo; que el más pequeño accidente que rompe la monotonía del viaje es aceptado con júbilo por los navegantes.

No es extraño verlos apoyados en la obra muerta, fijar sus ojos en las nubes, cuando las hay, comentar sus formas viendo en ellas, segun la imaginacion de cada cual, trasgos, jigantes, reñidas batallas, personajes históricos.

Despues cada uno da parte á su compañero de lo que le parece ver.

Generalmente el otro ve una cosa distinta, disputan, llaman á un tercero en discordia, y miéntras, la nube impelida por el viento cambia de forma y no se puede saber quién tuvo razon.

Aquel dia, los habitantes del mar hicieron el gasto y muchos criticaron al capitan por haber interrumpido el combate de los dos pescados, pues los partidarios del cachalote eran tan numerosos y ardientes como los del pez espada, si bien estos tenian á su favor la opinion del contramaestre, viejo lobo de mar y antiguo ballenero, el cual declaró que el pez espada hubiera concluido por dar muerte á su jigantesco adversario.

La campana llamando á la mesa á los pasajeros puso fin á los debates.

Luego el cocinero arregló tan bien al caballeresco pez que al fin de la comida se habia captado ya las simpatías de todos.

Terminada la comida, subió sobre cubierta miss Clara, seguida de César y Eugenio. La noche era hermosa, serena y trasparente.

El mar estaba tranquilo como un plato, y su tersa superficie reflejaba las innumerables estrellas que tachonaban el firmamento.

Los amantes se fueron á sentar al lado del timonel, y allí empeñaron una de esas conversaciones tan triviales y tan poco interesantes pero que tan gratas son á los enamorados; conversaciones que nacen de la privacion, viven del misterio y mueren cuando el matrimonio las autoriza.

Eugenio por no molestar á los enamorados encendió su cigarro y empezó á pasear á lo largo de la toldilla.

Buen rato hacia que paseaba cuando se detuvo admirado.

Por la borda de estribor á corta distancia del buque, el mar estaba cubierto de un sinnúmero de mariposas; aquellas aguas ántes tan oscuras, adquirian un brillo fantástico.

Parecia que en el fondo del Océano las deidades marinas habian encendido una luz eléctrica para iluminar la marcha del buque.

Las ligeras mariposas nadaban agitando vivamente sus multicolores alas, haciendo saltar chispas fosfóricas.

Eugenio retrocedió hácia donde estaban los dos amantes gritando:

—Mire usted miss Clara, mira César.

—¡Dios mio qué cosa más preciosa!

—¡Admirable!

—Parecen mariposas—añadió miss Clara dando palmadas con infantil alegría.

—Son en efecto las mariposas del mar—respondió César.

—Jamás las habia visto—repuso Eugenio—y nunca leí ni pude sospechar que existieran estos animales.

—Por eso César nos va á contar su historia—añadió la hermosa inglesa.

—Con múcho gusto—dijo el aludido tomando asiento.

CAPÍTULO VII.

Los pterópodos.—La estela fosfórica. — Animales microscópicos.—Entrada en la Habana.—Las fortificaciones.—Un poco de historia.—Capital agrícola de la isla.

Los animalitos que tanto os han llamado la atencion—dijo César,—forman un banco bastante extenso.

Son moluscos y Cuvier los llama pterópodos, siendo su organizacion muy inferior á la de los otros moluscos, pues carecen de oidos y vista ó están tan poco desarrollados estos sentidos, que muchos dudan que los tengan.

Hasta hace muy poco tiempo, ni se sospechaba siquiera la existencia de estos séres, que sin embargo son casi tan numerosos como las arenas del mar.

—Pero siendo tantos, ¿no los habrán visto nunca los navegantes como los vemos nosotros?

—Sí, miss Clara, muchos han tenido ocasion de verlos ántes que nosotros, pues se presentan con bastante frecuencia y es imposible que no llamaran la atencion de los viajeros antiguos, no sólo por su número, sino por la elegancia de sus juegos en el agua.

Pero no todo lo que ven los sabios pueden explicarlo, y muchas cosas estamos viendo todos los dias sin que tengamos de ellas una idea exacta.

Antiguamente, y áun hoy, los marineros creen que son las almas en pena de los que han encontrado su tumba entre las olas.

El vulgo es siempre el mismo, y como dice *El compadre Mateo*: «todo lo que es superior á la inteligencia del vulgo se presenta á sus ojos como sagrado, profano ó abominable.» ¿No habeis observado cómo el timonel se santiguó al verlos.

—Ciertamente.

—¿Pero no salen más que por la noche?—preguntó Eugenio.

—Nada más; sus bancos flotantes recorren todos los mares y al anochecer abandonan su profundo retiro, suben á la superficie á medida que el resplandor del dia no les incomoda, allí se empujan y tropiezan, saltan, combaten unos con otros y tal vez se devoran hasta que el sol les obliga á volver á sus guaridas.

Los pterópodos se han visto por primera vez en los terrenos de transicion, en el calcáreo siluriano.

Estos son de gran tamaño, cuadrangulares, formando una esquina regular que se ha llamado conularia. Pero en esta época, desaparecen completamente. No se encuentra indicio de su existencia en los terrenos oolíticos, ni en las capas cretáceas y no vuelven á mostrarse más que en los terrenos terciarios con las formas que les vemos hoy dia.

Son las Hyalas y Cleodoras en el depósito de Burdeos; Hyalas, Cleodoras y Cuvierias en los terrenos subapeninos de Italia.

Los pterópodos no son especiales de ningun continente, así es, que se les ve flotar por todas

partes trasportados por las corrientes; pero como las Antillas están rodeadas por el famoso *Gulf-Stream*, se ven en sus costas la mayor parte por no decir todas las especies conocidas.

—¿Cuál es la forma y costumbres de esos moluscos?

—A eso voy; es decir, contestaré lo que se sabe de ellos, pues áun cuando se les conoce, no es con toda la perfeccion que seria de desear.

Lo que sobre todo caracteriza á los pterópodos, son dos alas musculares, cefálicas ó torácico-cefálicas que tienen en la parte anterior del cuerpo, desnudo ó encerrado en una concha. Cada familia tiene sus signos distintivos. Hay algunas que tienen la concha rosada y las alas más descoloridas, pero con ribete blanco que les da mucha belleza; otras hay violadas, otras blancas y violadas, pero todas tan lindas y frágiles como las mariposas que revolotean entre las flores de nuestros jardines.

En cuanto á sus costumbres, nada más se sabe que lo que dejo dicho.

—Bien poco es.

—Chico, es preciso conformarse, ántes no se conocia su existencia; hoy se sabe que existen y tal vez mañana se conozcan sus costumbres.

—Pero diga usted, César, ¿esas chispitas fosfóricas que saltan, de qué son?

Muchas veces por la noche las he visto producidas en el agua por todos los cuerpos que en ella se agitan y ahora mismo mire usted á popa y verá que surco de luz ha trazado el vapor.

—Ese surco es lo que los marinos llaman la estela—respondió Eugenio,—y lo habrá visto

usted de dia, sólo que entónces no es luminoso. Este fenómeno, cuya explicacion ha ocupado mucho á los naturalistas y les ha hecho gastar más tinta de la que seria necesaria para teñir de negro las aguas del mar, consiste en la gran cantidad de animales microscópicos que pueblan los mares.

—No me parece bien la explicacion.

—¿Por qué, miss Clara?

—Porque en el agua dulce hay por lo menos tantos animales microscóp cos como en la salada y sin embargo no sucede esto.

—Es cierto—exclamó Eugenio.—Yo he leido no sé dónde que en una gota de agua se habia visto, con ayuda del microscopio, una cantidad incalculable de animalillos, los cuales sin embargo no prestan esa luz al agua, como tan juiciosamente ha observado miss Clara.

—Pues sin embargo, ellos son la causa de la fosforescencia del mar.

—¿No pueden ser las sales que contiene el Océano?

—No. El gran número de animales microscópicos que hay y la descomposicion de las plantas marinas, de los pescados y de los animales invertebrados, combinada con el desarrollo de las aguas del mar, son las causas que producen este fenómeno. Así es que se observa con más ó ménos intensidad, segun el estado de la atmósfera, la direccion de las corrientes y vientos, las latitudes y otras circunstancias que en este momento no recuerdo. Habrán observado ustedes que aquí tiene más vigor la fosforescencia que en Cádiz.

—Sí.

—Pues consiste en que en los mares ecuatoriales hay mayor número de animales microscópicos.

En estas y otras conversaciones por el estilo pasaban el tiempo los pasajeros del *Isla de Cuba*, estrechándose cada vez más la amistad que ligaba á nuestros tres amigos con la familia Werry.

En cuanto á Torres, á medida que el vapor se acercaba á las costas de su patria, aparecia más abstraido y apenas se dejaba ver.

Por fin, cuatro dias despues de la salida de Puerto-Rico, navegaba majestuosamente el *Isla de Cuba* en el magnífico canal que da entrada al puerto de la Habana.

Como en tales casos sucede, todos los pasajeros estaban sobre cubierta, y César, loco de alegría al verse ya en su país natal y tan cerca de su familia, explicaba á sus amigos todo cuanto á sus ojos se presentaba.

—Mirad—les decia,—ya vamos á salir del canal que tiene 1.500 varas de largo por 530 de ancho en su parte más angosta. Ahora vamos á entrar en uno de los más cómodos y seguros puertos conocidos. Ese que veis es el faro cuya luz se descubre á nueve leguas de distancia.

—Parece bien defendido el puerto—dijo mister Werry.

—¡Oh! Es muy fuerte. Además de sus murallas y fosos, está defendida la ciudad por seis fortines llamados el Morro, Cabañas, el Cuarto, Atares, Príncipe y la Punta.

El primero y el último de estos fuertes defienden la entrada del puerto, el segundo es una

ciudadela y los demás guarnecen la ciudad por el lado de tierra.

La línea de las fortificaciones forma un polígono irregular elíptico, cuyo mayor diámetro es de 2.100 varas y el menor de 1.200.

Por mucho que alabara el criollo á la Habana y por alto que rayara su entusiasmo, no llegaba á la altura de la admiracion que sintieron los viajeros al ver desde la entrada del puerto la primera ciudad de la isla.

El golpe de vista que desde allí presenta la Habana, es sumamente hermoso.

A lo léjos las jigantescas palmeras alzándose tan altas como las más elevadas torres mecen sus verdes penachos sobre la rica ciudad que se destaca sobre la verde campiña, mientras que en el puerto, surcado por infinidad de embarcaciones pequeñas, ondean los pabellones de todos los paises conocidos.

Terminadas las formalidades que marca la ley para admitir los buques á libre plática, los tres amigos y la familia Werry bajaron á un bote cuya popa estaba cubierta con un toldo semejante al de nuestras galeras, y conocido por los naturales con el nombre de guadaños, el cual los condujo á tierra. Todos se alojaron en una de las primeras fondas de la ciudad.

Despues de comer, esperando que el sol les permitiera recorrer la ciudad, César, consecuente con su papel de cicerone, habló de esta manera:

—Antes de venir á esta isla los españoles sus habitantes eran de índole pacífica y sencilla; ejercian la agricultura, vivian en poblaciones

mal construidas y dividian el territorio en varias provincias.

Los productos de la tierra, de la caza, á que eran muy aficionados, y los de la pesca bastaban á sus necesidades, pues el abrigo, merced á las condiciones especiales del clima, no debia imponerles grandes sacrificios.

Aun cuando sus costumbres sedentarias diferian mucho de las de los caribes, que habitaban algunas islas y el continente vecino, por la analogia que con estos conservaban, en sus costumbres, ritos é idiomas, se puede colegir con fundamento que procedian de una de las grandes razas americanas que pasó á las Antillas en una época no muy anterior al descubrimiento.

Colon trajo á la isla la religion y todas las instituciones de las sociedades modernas y la antigua raza fué desapareciendo poco á poco hasta el punto de que hoy no puede encontrarse en toda la isla un solo descendiente de ella.

Al principio de la conquista y áun durante muchos años, la agricultura prosperó poco; la isla era pobre y la metrópoli no la consideraba más que como una posicion avanzada que importaba mantener, lo cual costaba bastante trabajo, pues la corta guarnicion española apenas podia sostenerse contra los atrevidos piratas que infestaban aquellos mares, asolando los pueblos del litoral, robando las haciendas y llevando sus depredaciones hasta las ciudades del interior.

A pesar de la precaria situacion de la isla, Europa conocia su valor y la envidiaba.

Inglaterra intentó en 1762 apoderarse de ella, pero en vano.

A costa de inmensos sacrificios logró plantar sus banderas en la Habana.

Pronto tuvo que abandonarla, y desde entónces empezó á conocer España lo que tenia en esta isla.

La revolucion de Santo Domingo destruyendo los ricos cultivos de aquella floreciente colonia, hizo afluir á Cuba todos los agricultores y capitales que huian de la rebelion, y desde entónces data el principio de nuestra riqueza.

—¿Qué capital agrícola poseerá la isla?—preguntó Mr. Werry.

—Ahora no lo puedo decir con certeza, no sólo por el tiempo que he vivido en España, sino porque la riqueza pública debe haberse resentido mucho con el estado de guerra en que se encuentra; pero ántes se estimaba su capital en 638 millones de pesos fuertes, que proporcionaban anualmente 51 millones de pesos de productos variados, de los cuales se exportaban por valor de 20 millones en cambio de frutos y mercancías ultramarinas, ascendentes á 25 millones.

—El gobierno español debia sacar de Cuba buenas rentas.

—Unos 11 millones; con los cuales se atendian á las necesidades del país, y se remesaban á España los sobrantes, que serian unos cuatro á cinco millones.

CAPÍTULO VIII.

Un paseo por la Habana.—Continúa el viaje.—Noticias alarmantes.—Precauciones.—Los filibusteros.—El abordaje.—Socorro á tiempo.—Torres y miss Clara.—La caza.

Cuando ya el sol estuvo bastante cerca de su ocaso para que sus ardientes rayos no ofendieran, salieron nuestros viajeros de la fonda para recorrer la ciudad.

Durante los dias que estuvieron en la Habana, visitaron la catedral, donde están depositados los restos del descubridor del nuevo mundo, el paseo Militar, el de la Alameda, y el soberbio teatro de Tacon.

Al sétimo dia de su llegada salieron todos juntos para Santiago de Cuba, á bordo del vapor español *San Pedro*, que por la costa del Norte se dirigia hácia aquel puerto.

La costa Norte de la isla de Cuba es sumamente pintoresca, pero en aquella ocasion lo que ántes deleitaba la vista de los pasajeros, podia esconder peligros que importaba evitar.

Así es que el *San Pedro*, áun cuando era un vaporcito de poco porte y mercante, llevaba un cañon de á cuatro y además las armas necesarias para que marineros y pasajeros pudieran defenderse en caso de necesidad.

A pesar de esto se navegaba con la mayor

precaucion, evitando en lo posible pasar la noche en el mar.

En Matanzas tuvieron noticias de la insurreccion, las cuales por cierto no eran muy tranquilizadoras.

Supieron que cruzaban por los Cayos algunos lanchones insurrectos; pero les dijeron tambien que una cañonera andaba á sus alcances, y probablemente los habria ahuyentado.

Desde la rada de Matanzas la costa se adelanta en direccion al Nord ste, formando una especie de istmo, llamado punta de Hicacos. Desde este sitio entra el navegante en un dédalo de bajos y cayos que forman la peligrosa orilla meridional del canal viejo de Bahama, y que corre en direccion Sudeste, cuarto al Este, hasta unirse con la costa en la Punta de Maternillos.

Siguen despues los cayos aumentando en tamaño, siendo los más grandes los Cayos Coco y Romano, que forman con la costa un pequeño golfo, cercano al cual están los Cayos de Cunucucu, que dejan entre sí diferentes canales que comunican con el pequeño golfo de que hemos hablado ántes.

Cuando el capitan del *San Pedro* entró en la especie de archipiélago formado por los cayos, redobló sus precauciones mandando doblar los vigías y cargar de metralla el cañon; dispuso tambien que la gente que entraba de cuarto lo hiciera con sus armas, y repartió las restantes entre los marineros y pasajeros, los cuales formaron un cuerpo de reserva exento del servicio, pero obligado á acudir sobre cubierta en caso de ataque.

Sin embargo, se habi n dejado ya por la popa la mayor parte de los cayos, y ya pronto se podria navegar en un mar libre.

Al pasar cerca de los Cayos de Cunucucu, salió de uno de los canales de que ántes hemos hablado, un enorme lanchon lleno de gente é impulsado por veinte robustos remeros, el cual cortando la proa al *San Pedro*, maniobró para abordarlo por la aleta de babor.

Por pronto que los vigías señalaron la presencia del enemigo, éste ya estaba al costado, sin que fuera bastante á detenerlo un cañonazo que se disparó.

A causa de lo precipitado de la puntería la metralla no les causó ningun daño.

Los insurrectos subieron sobre cubierta con la agilidad de monos y la furia de demonios, y cerraron contra los hombres de cuarto, arrollándolos hácia la proa, ántes que sus compañeros, que estaban dormidos ó desarmados, pudieran ajudarlos.

Sin embargo, los marineros se mantuvieron firmes, dando tiempo á que acudiera el resto de la tripulacion y los pasajeros.

La llegada de éstos fué sumamente oportuna, pues, como los insurrectos, habian seguido hasta la proa á los de cuarto; cuando salieron por la escotilla y cargaron valientemente al enemigo cogiéndolo entre dos fuegos, lo desconcertaron de tal modo, que ya no se veia en ellos el deseo de avanzar ofendiendo, sino el de combatir por su vida poniendo en sus armas y en la ligereza de sus piés la esperanza de su salvacion.

Los españoles, ébrios de furor, cargaban al

enemigo acuchillándolo sin compasion, y el capitan, con un grupo de denodados marinos, saltó al lanchon de los insurrectos, apoderándose de él, con objeto de cortarles la retirada.

Este golpe desconcertó á los piratas de tal suerte, que se arrojaban al mar tratando de ganar á nado los cayos, otros deponian las armas y el resto combatia tan flojamente, que era fácil preveer que la lucha no se prolongar a demasiado.

De repente, por estribor se vieron acometidos los españoles por una nueva horda que venia en auxilio de los ya vencidos filibusteros.

La situacion de los que tripulaban el *San Pedro* no podia ser más crítica.

Rodeados por todas partes hubieran sucumbido indudablemente á pesar de sus desesperados esfuerzos, si un cañonazo que retumbó á la entrada del pequeño golfo no los hubiera reanimado.

Al oirlo los combatientes, alzaron la vista y todos pudieron ver un lindo pailebot, en cuya mesana ondeaba el pabellon nacional.

—¡Viva España!—gritaron unos con entusiasmo acometiendo á sus contrarios.

—¡Sálvese quien pueda! ¡Los españoles! ¡Al agua!—gritaban los filibusteros saltando al mar por todas partes, mientras unos pocos se refugiaban en la lancha que habia acometido por estribor.

La victoria era completa, pero no por eso ménos dolorosa. Más de la mitad de los vencedores estaban heridos y cinco ó seis cadáveres de españoles estaban confundidos con los numerosos de filibusteros que cubrian el puente.

En aquel momento, entre los gritos de victoria que daban los alborozados marineros, resonaron dos desgarradores.

Mr. Werry y César acababan de ver á miss Clara que forcejeaba en la popa de la lancha de los filibusteros para desprenderse de los brazos de Torres.

Durante el combate, Torres, que mandaba la segunda lancha, cuya llegada fué tan fatal para el *San Pedro*, habia penetrado en la cámara de popa apoderándose de miss Clara, á la cual llevó á su lancha á tiempo que apareció el pailebot.

Cuando los filibusteros se dispersaron, recogió los que pudo y con ellos y con su presa se hizo al largo forzando los remos, con objeto de ganar uno de los canales que forman entre sí los cayos.

Mr. Werry y César no tuvieron que explicar á nadie su grito; todos vieron á la hermosa prisionera y comprendieron su situacion.

Eugenio y algunos marineros, precedidos de Mr. Werry y César, se precipitaron á un bote y dieron caza á los filibusteros remando con vigor.

Los tripulantes de la lancha vogaban rápidamente y algunos, colocados á popa, hacian fuego contra los del bote, los cuales no se atrevian á contestarles, por temor de herir á miss Clara.

Una punta de un cayo ocultó á la lancha que ya habia penetrado en el canal. Apénas se perdió de vista, cuando resonó una tremenda descarga, viéndose algunos filibusteros que ganaban á nado las vecinas peñas.

El comandante del pailebot tenia noticias de que por aquellos cayos vagaban algunos insurrectos y decidido á darles una batida, recogió

gran número de lanchas tripuladas por voluntarios y las fué colocando en las principales salidas de los canales, mientras que él, seguido de algunas otras, exploraba el golfo que hemos dicho forman los cayos Coco y Romano y los canales de Cunucucu, llegando como hemos visto, bastante á tiempo para socorrer al *San Pedro*, pero muy tarde para impedir el rapto de miss Clara.

Pero quiso la suerte que una de las lanchas que el pailebot habia dejado para guardar la salida de los canales, oyendo el fuego del *San Pedro* avanzó por el canal, cuya guarda tenia, de modo que cuando Torres embocó en el canal, se encontró bruscamente con los voluntarios, los cuales hicieron la descarga que oyeron los del bote y libertaron á miss Clara, con muerte de muchos de los raptores.

El resto del dia se pasó en perseguir por los cayos á los filibusteros, de los cuales se cogieron muchos prisioneros y al amanecer, el *San Pedro*, escoltado por el pailebot, continuó su viaje, llegando á Cuba sin novedad al cabo de cuarenta horas.

CAPÍTULO IX.

Llegada.—La familia de César.—El encanto de Eugenio. — Elvira. — Reflexiones. — El vómito.—El Caney.—Primera expedicion.—Higiene.—Los meses fatales.

Luego que nuestros viajeros llegaron á la entrada del puerto de Cuba, llamada del *Morro*, nombre de un castillo que le defiende, César les hizo notar á su izquierda un gran cayo que salia del mar, afectando una forma esférica.

—Este cayo—les dijo—se llama Smith, y en él se alojaron las tropas francesas al mando de Lavalette cuando á fines del siglo último evacuaron la isla de Santo Domingo.

Miren ustedes—añadió—cuán estrecho es el canal, y cuán fácil de defender contra una escuadra enemiga, que al penetrar en el puerto tiene necesariamente que exponerse al fuego, rasante unas veces, fijante otras de nuestros fuertes sin que se les pueda ofender.

—Ciertamente—dijo Mr. Werry,—si nosotros los ingleses tuviéramos este puerto seria la primera plaza del mundo.

—Ahora que hemos doblado esta punta—añadió César,—observen ustedes qué magnífico panorama se extiende ante nosotros.

Ese gracioso anfiteatro coronado por altas colinas cubiertas de la más rica vegetacion, abriga en su centro á mi querida patria, á la linda Cuba,

que duerme en su fondo como una odalisca sobre muelles tapices de vistosos colores.

Las colinas que vemos al Oeste encierran ricas vetas de cobre, y para explotarlas se ha fundado un pueblecito que, como las colinas, ha tomado el nombre del mineral que guardan en su seno.

Aquellas que cierran el panorama hácia el Noroeste destacándose con una ligera tinta carminosa sobre el limpio azul del firmamento, forman los puertos de Bayamo y el Corralillo.

Las que están más al Norte forman los puertos de Isleño y de la Enramada.

Estas de la derecha se llaman la Guira y la Candelaria.

—Y ese monte que parece el sombrero de un gitano ¿cómo se llama?

—Ese por su forma tomó el nombre de Pan de azúcar.

La llegada de la sanidad puso fin á la descripcion del cubano, y desde entónces los pasajeros no se ocuparon más que de las mil cosas que tiene que hacer el que viaja para abandonar el vehículo que lo trasporta.

En el muelle se separaron, yendo á su casa el cónsul inglés y su familia.

Los tres amigos, precedidos por dos robustos negros de piel lustrosa como el raso, que en una carretilla llevaban los equipajes, tomaron á buen paso por la empinada loma de la marina.

Torcieron luego á la derecha por la calle de San Juan Nepomuceno, y á la media hora estaban en la meseta del Tívoli, en cuyo centro se alzaba la casa de César.

Don Pedro Urracheaga, padre de César, era

hombre de sesenta y tres años, de mediana estatura, bien proporcionado, enjuto de carnes, ojos vivos y penetrantes y pelo blanco. Esto en cuanto á lo físico. En lo moral era todo un buen hombre, caballeroso, honrado, y tan amante de su patria como hemos visto por la carta que motivó el viaje de su hijo. Al ver que éste, no sólo habia acudido presuroso á su llamamiento, sino que traia dos jóvenes entusiastas dispuestos á dar su vida por defender la integridad del territorio español, su júbilo no tuvo límites, y abriendo los brazos á Eugenio y á Vicente los recibió del mismo modo que á su propio hijo.

La madre de César era una señora que habia sido hermosa de cuerpo y de alma, y áun cuando los atractivos corporales se habian ido borrando poco á poco, la bondad de su corazon los habia reemplazado, de modo que no se echaban de ménos.

A pesar de todo, lo que más agradó á Eugenio no fué el haber terminado su viaje, llegando por fin al país encantado á donde tantos van á buscar la fortuna y encuentran sólo la miseria ó la muerte; no extrañó ni el buen recibimiento que le hiciera la familia de su amigo ni la hermosa situacion de la casa que dominaba la ciúdad, sus feraces campiñas y su vasto puerto surcado por numerosas embarcac ones. No admiró, ó al ménos se fijó poco en la multitud de enredaderas que desde el jardin trepaban por las paredes de la casa, cubriéndola con un rico manto de verdura.

Lo que encantó á Eugenio fué la hermana de César.

Era blanca como el alabastro, y pálido su rostro de un óvalo perfecto.

Sus ojos eran grandes, rasgados, negros, brillantes y voluptuosos, velados poéticamente por largas y sedosas pestañas, á su vez sombreadas por dos cejas finas y graciosamente dibujadas que se destacaban con vigor sobre la tersa frente de la jóven.

Y digo jóven, porque Elvira, que así se llamaba la niña de quien estamos haciendo el retrato, contaba apenas catorce años, si bien su desarrollo era completo.

Eugenio estaba ébrio de alegría, por haber acompañado á su amigo á un país donde habia niñas tan lindas.

Mucho queria Eugenio á César, pero desde que vió á su hermana lo estimó mucho más, porque siempre agrada tener amigos que estén bien emparentados.

En cuanto á Vicente, el pobre no tenia motivos para felicitarse tanto por su resolucion.

El país le agradaba bastante, pero tenia miedo al vómito y por la noche soñaba con cocodrilos, serpientes boas y de cascabel.

Los negros le causaban algun respeto, porque los de Cuba no se parecian en nada á uno que habia visto en Madrid cantar habaneras por las calles, acompañándose con un instrumento de caña; y se le venian sin querer á la memoria las relaciones de caribes que cuando niño habia oido.

La aventura del *San Pedro* le daba una idea de la vida que iban á llevar.

Vicente amaba mucho á su patria y hubiera

por ella sacrificado todo, pero confesaba con modestia que su carácter no era muy guerrero.

Lo único que le consolaba era que el color de su pelo habia hecho efecto en Cuba como en la Habana, y allá en el último escondite de su corazon abrigaba la esperanza de casarse con una rica heredera y volver á España á gozar de sus rentas.

Despues que los viajeros hubieron descansado de sus fatigas, los reunió D. Pedro en su despacho y les dijo, que no dudando de la venida de César, habian él y otros españoles empezado á organizar una partida de caballería ligera, cuyo mando tendria César.

Para que la partida, que la componian cien peninsulares, estuviera lista para entrar en campaña, faltaban sólo algunas armas y monturas que se esperaban de un momento á otro.

En seguida los presentó á los españoles que con él sostenian y armaban la partida, y todos juntos fueron á revistarla á unos barracones que para acuartelar á los soldados habian levantado no léjos del puente de Yarayó.

Los dias siguientes los emplearon en recorrer la ciudad, acompañando á la familia de Werry, con la que estrecharon amistad D. Pedro, su señora y su hija.

Todo hubiera ido perfectamente á no haber caido Eugenio con el vómito al octavo dia de su llegada á Cuba.

Sin embargo, gracias á su robusta constitucion y á los cariñosos cuidados de Elvira y su madre, el enfermo estuvo pronto fuera de peligro, y por consejo del médico se trasladó con

la familia de César al vecino pueblo de Caney.

Durante su enfermedad, completo ya el equipo de la partida, César, acompañado de Vicente, habia salido para su primera expedicion, sirviendo de vanguardia á una columna del ejército que se dirigia hácia Guantánamo, donde se habian presentado algunos insurrectos.

Como el Caney está á muy corta distancia de Cuba, el médico, Mr. Werry, miss Clara y algunos otros amigos iban á visitar casi todas las tardes al convaleciente, cuya mejoría avanzaba con rapidez.

Una tarde, mientras que en el jardin de la casa tomaban café, el médico anunció á Eugenio que ya podia salir algunas veces á caballo para irse acostumbrando á hacer ejercicio, y con este motivo le elogiaba la belleza del país.

—Ciertamente—le respondió Eugenio—es una cosa soberbia, pero tiene un gran inconveniente.

—¿Cuál?—preguntó D. Pedro.

—El que acabo de experimentar; el vómito.

—No á todos les ataca—repuso el médico—y de los atacados se salvan la mayor parte.

—Sin embargo, convendrán ustedes conmigo en que con un clima más saludable valdria la isla mucho más. En cuanto á lo que usted dice de que se salvan la mayor parte, no discutiré; pero tampoco me negará usted que la parte menor se diferencia tan poco de la mayor, que se puede decir que mueren la mitad de los europeos que llegan á la isla.

—Se forma usted una idea muy exagerada de la mortandad que hay en Cuba.

Usted sabe que cuando el descubrimiento y

conquista esta isla estaba poblada por una raza indígena, la cual, segun nos enseña la historia, fué disminuyendo rápidamente, desde el número de 300.000 que tenia cuando Diego Velazquez, en el año de 1511, vino desde Santo Domingo á conquistar y colonizar, hasta el de 5.000 que el licenciado Vadillo daba á Cuba en la carta que desde Santiago escribió á la emperatriz en 1.° de Mayo de 1532, siendo la poblacion de blancos unos 500 hombres.

La disminucion de los indígenas en el territorio más favorable á su naturaleza y costumbres y el aumento de la raza europea, prueba que el clima no es para estos tan desfavorable como se piensa en Europa.

Es cierto que el vómito causa anualmente bastantes víctimas en las personas no aclimatadas, pero esta enfermedad, segun la opinion de acreditados profesores, no se conocia en la isla ántes de la llegada de los españoles, y lo cierto es que los historiadores contemporáneos á la conquista no citan ningun español muerto del vómito, y eso que eran tan contados que acaso los nombran á todos por sus apellidos.

—¿Y cómo empezó esta enfermedad? ¿De dónde procede?

—Probablemente tuvo orígen en el país á causa de los excesos de la soldadesca española y de los rigores del clima, que tanto se diferencia del de Europa.

Aquí la existencia de los animales y las plantas se halla constantemente sometida á un principio de actividad extraordinario que no da lugar á ningun reposo en las funciones aparentes que

en Europa revisten alternativamente la fisonomía de la naturaleza, con los signos ya del vigor y de la lozanía, ya del letargo ó de la muerte.

Es, pues, evidente que la constante vitalidad de los trópicos, obrando sobre unas naturalezas no acostumbradas á ella, en combinacion con la influencia ejercida por el calor y la humedad, determinaron el desarrollo de la enfermedad que hoy conocemos con el nombre de fiebre amarilla ó vómito negro, la cual hizo su primera aparicion en la isla en el verano de 1531. No se sabe si nació en ella ó si fué importada de otros paises; pero de todos modos la favorecieron las circunstancias que he mencionado.

Esta epidemia se llevó el tercio de la poblacion, quedando endémica pero inofensiva para los ya aclimatados.

—Lo difícil es aclimatarse—observó Eugenio.

—No lo crea usted; observando un buen método higiénico por espacio de un año, durante el cual es preciso evitar el sol, el rocío, no cometer ningun exceso y abstenerse de bebidas y de carnes, es casi segura la aclimatacion sin sufrir el vómito, ó el ataque de éste será tan benigno que no debe inspirar cuidado.

Si á los soldados se les pudiera someter á este régimen no moririan tantos, y la isla tendria mejor fama.

—¿Y qué meses son los de mayor mortandad?

—Junio, Julio, Agosto y Mayo. Los meses de menor mortandad son Enero, Febrero, Marzo, Noviembre y Abril.

CAPÍTULO X.

Sorpresa del Caney.—Los jefes rebeldes.—Papto.—Regreso de la partida.—El emisario.—Nueva expedicion.—Quién era Gervasio.—Incertidumbre.—Perros negreros.

Algunos dias despues llegaron al Caney mister Werry y su linda hija, que habia de pasar una temporada con Elvira; despues D. Pedro, el cónsul y Eugenio salieron para Cuba á recibir á la contraguerrilla de César que volvia de su expedicion.

La misma noche de su salida, los habitantes del Caney despertaron al ruido de muchos disparos de fusil, y al siniestro resplandor de algunos *bohios* (1) incendiados pudieron ver á la corta guarnicion que ocupaba el pueblo batirse en retirada ante un gran número de insurrectos que avanzaban por todos lados.

El sargento que mandaba la fuerza se hizo lugar hasta la iglesia donde se encerró y desde su torre y ventanas empezó un fuego tan nutrido sobre los rebeldes que les obligó á despejar la plaza y refugiarse en las calles laterales sin poder recoger sus muertos y heridos.

Pero, por desgracia, los valientes soldados no

(1) Chozas de paja que usan los naturales.

podian proteger al vecindario contra las depredaciones de aquella horda de bandidos.

Mientras unos sostenian el fuego con los soldados encerrados en la iglesia, los otros se desparramaron por el pueblo allanando las casas y cometiendo toda clase de desmanes.

Estos miserables estaban mandados por dos hombres dignos de ellos.

El uno era Torres, nuestro antiguo conocido.

El otro era un mulato de formas hercúleas y repugnante rostro.

A pesar de su juventud, pues sólo contaba veintiun años, sus fechorías tenian aterrado á todo el departamento Oriental.

—¿No te habrás equivocado?—preguntaba Torres.

—No—contestó el mulato.

—Como no la conoces...

—¿Qué importa eso? ¿Crees por ventura que Gervasio es un idiota? ¿No dices que la que buscas es la hija del cónsul inglés en Cuba?

—Sí.

—Pues segun me ha dicho Pancho, á quien mandé á la ciudad para ver si habia vuelto la columna que fué á Guantánamo, el cónsul inglés con su hija habian venido á pasar unos dias con Elvira, la linda hija de mi antiguo amo.

—¿Y tú conoces la casa?

—Estamos frente de ella; es esa de la esquina.

—Vamos, muchachos—añadió Gervasio dirigiéndose á algunos insurrectos que estaban inmediatos;—esta es la casa del rico D. Pedro Urrucheaga. Todo lo que hay en ella es vuestro, pero cuidado con tocar á las mujeres.

—¡Viva Gervasio!—gritaron los mambises arrojándose contra las puertas de la casa, y despedazándolas en pocos momentos

Algunos negros fieles quisieron defender á sus amos; pero pocos, desarmados y sin direccion, cedieron pronto, buscando su salvacion en la fuga.

Gervasio, que conocia las entradas y salidas de la casa, como quien en ella habia nacido y pasado su infancia; guió directamente á Torres hácia un oratorio, donde suponia que las mujeres debian haberse refugiado.

En efecto, en el oratorio, á los piés de una imágen de talla que representaba á Nuestra Señora de los Dolores, se habian refugiado la madre y la hermana de César con miss Clara, y las tres con las ropas en desórden, pues apenas tuvieron tiempo para vestirse, suelto el cabello y los ojos arrasados en lágrimas, oraban con fervor, tendiendo sus manos en ademan suplicante á la Vírgen, la cual tambien parecia asociarse á su llanto como si comprendiera su dolor.

Cuando Gervasio, llegando á la puerta que estaba cerrada por dentro, la derribó de un puntapié, las pobres mujeres al ver ante ellas aquellos rostros feroces, dieron un grito penetrante y corrieron á refugiarse al altar.

Los bandidos las arrancaron de allí sin miramiento alguno, y cogiendo a las dos jóvenes, á pesar de su desesperada resistencia, las maniataron, sacándolas de la casa que dejaron entregada al saqueo y al incendio.

La resistencia en la iglesia continuaba. A las intimaciones que se habian hecho contestaban los

soldados á balazos, de suerte que, cuando Torres y Gervasio que eran los jefes de la expedicion vieron que ya su gente habia hecho bastante botin y que ya no se podia sacar del pueblo más que heridas, tocaron llamada y colocando sus prisioneras en unos mulos, organizaron una columna que se puso en marcha, mientras varios insurrectos, para cubrir la retirada, sostenian el fuego contra los soldados, y hacinaban en torno de la iglesia algunos carros cargados de palmas y maloja (1) á los cuales prendieron fuego.

Envueltos así en humo, los valientes defensores de la iglesia cesaron el fuego, y los mambises pudieron efectuar su retirada sin que nadie pudiera saber el camino que habian tomado.

Al principio de aquella misma noche entraba en Cuba la partida de César, de vuelta de su expedicion á Guantánamo.

Don Pedro y Eugenio llegaron bastante á tiempo para verlos llegar, y los tres amigos tuvieron el gusto de verse de nuevo reunidos en perfecta salud y en torno de una buena mesa.

Vicente, que ántes de salir á la expedicion, y durante toda ella, habia temido á cada paso que se repitiera una escena igual á la que presenció en el ataque del *San Pedro*, al ver que entraba sano y salvo por la alameda de Cuba sin haber visto un solo insurrecto, se creció de tal suerte

(1) La maloja es la planta del maíz que se siembra sin órden y que ántes de madurar el fruto se corta para alimento de las caballerías; es la base de su alimentacion, pues nunca comen paja, y en vez de cebada les dan un pienso de maíz.

que, de inofensivo que era ántes, se trasformó en maton de la peor especie, y ya á los postres cuando las últimas botellas empezaban á espirar, se comprometió formalmente á exterminar él solo á todos los insurrectos.

A juzgar por las intenciones de los tres jóvenes, la velada se hubiera prolongado bastante, pero D. Pedro no lo consintió.

César y Eugenio acompañaron á Vicente á la habitacion que éste compartia con sus amigos, y despues que lo hubieron acostado preguntó César á Eugenio por el estado de su salud y en qué se habia entretenido durante su permanencia en el Caney.

Esta pregunta turbó algo á Eugenio, pues por mucha que fuera su confianza con César, no se atrevia á confesarle que estaba enamorado de su hermana; así pues, eludiendo la pregunta, le dijo, que como le gustaba tanto la música habia gozado mucho oyendo cantar y tocar el piano á miss Clara.

El nombre de miss Clara cambió el curso de las ideas de César y como los enamorados no saben hablar más que de su amor, éste empezó á hablar de la linda inglesa, mientras que Eugenio le escuchaba sin oirlo, porque á su vez pensaba en Elvira.

Así estaban, durmiendo Vicente, charlando César, y soñando despierto Eugenio, cuando ya muy cerca del amanecer les llamó la atencion el desenfrenado galope de un caballo que se detuvo ante la puerta de la casa.

Sobrecogidos de espanto temiendo hubiese sucedido alguna desgracia en el Caney, salieron

corriendo y se lanzaron al portal á tiempo que se abria la puerta y el jinete entraba teniendo de la brida á su caballo.

—¿Qué es eso Benjamin? ¿Ha sucedido algo en casa?—preguntó precipitadamente César, al reconocer en el negro al cochero de su padre.

—¡Ah niño César(1), gran desgracia! Los mambises han entrado en el Caney, quemando muchas casas y entre ellas la nuestra, y robando á la niña Elvira y á la niña inglesa. Mamá señora (2) llora mucho y me ha enviado aquí en seguida.

Imposible seria tratar de describir la impresion que esta noticia causó á aquellos hombres poco ántes tan felices. En un momento estuvo toda la casa alborotada.

Mientras D. Pedro corria á dar parte al cónsul inglés de lo sucedido, Eugenio despertaba á Vicente y montando á caballo corria á encontrar á César que habia salido ántes para disponer la partida.

Llegados á los barracones donde se albergaban los voluntarios, encontraron á estos montados ya, de suerte, que sin pérdida de momento, se lanzaron á escape hácia el camino del Caney, justamente en el momento en que los filibusteros salian del pueblo llevándose á las dos lindas prisioneras.

Al llegar al camino del Caney, César se lanzó

---

(1) Tratamiento que dan los esclavos y libertos á los blancos cuando son jóvenes.

(2) Expresion familiar con la cual se designa á las amas de las casas, cuando tienen cierta edad.

con sus hombres á escape y en veinte minutos corrió la legua que le separaba del pueblo al cual llegaron cuando las primeras luces del alba empezaban á disipar las tinieblas.

Al llegar á la plaza, y mientras algunos voluntarios apagaban las hogueras para dejar franca la salida de la iglesia, César y Eugenio se dirigieron á la casa del primero y allí supieron por boca de su madre lo que llevamos narrado, y que uno de los raptores era Gervasio.

—¿Quién es ese Gervasio?—preguntó Eugenio.

—Un miserable, hijo de una esclava, hermana de leche de mi madre, á quien por este motivo se dió libertad; despues quedó huérfano cuando sólo tenia dos años, y como vivia en casa, porque su madre nunca habia querido separarse de la mia, se le dió educacion, y siempre lo trataron mis padres lo mismo que á nosotros.

—¿Y ese es el pago que os da?

—Como yo lo coja entre mis manos, juro á Dios que se ha de acordar de lo que ha hecho.

Pero no hay que perder tiempo; corramos á ver si averiguamos la direccion que han tomado los bandidos.

Usted mamá, quédese aquí, que ahora llegará mi padre acompañado de Mr. Werry.

Gracias á las precauciones tomadas por los rebeldes y á la oscuridad de la noche, nadie pudo darles ninguna noticia acerca de la direccion que habian tomado.

Viendo que el tiempo pasaba con pasmosa rapidez y que seria inútil seguir tomando informes, decidieron dividirse en cuatro partidas y salir por

cuatro caminos distintos en busca de los filibusteros.

Tomada esta determinacion, se disponian á partir cuando se presentó en la plaza el negro Benjamin llevando atados con una cuerda dos hermosos perros de los conocidos con el nombre de negreros.

—Mi amo—dijo dirigiéndose á César,—Benjamin sabe á dónde camina Gervasio con niña Elvira.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Pluton y el Rayo—dijo acariciando el cuello de los perros, los cuales al oir sus nombres movieron la cola como si quisieran apoyar las palabras del negro.

—Es verdad—dijo César;—sigamos á los perros que ellos nos pondrán en el rastro.

Benjamin soltó á los perros; les dió á oler un vestido perteneciente á Elvira que á prevencion llevaba, y los perros despues de haberlo olfateado varias veces pegaron el hocico en el suelo y partieron al trote seguidos por todos los voluntarios.

CAPÍTULO XI.

El rastro. — La estancia desierta. — El primer indicio. — El paso de *Peso fuerte*. — El más sabio de los ingenieros. — Otro indicio. — Un blanco al suelo. — El guia. — El Nimanima. — Sospechas. — La fuga. — Posicion difícil.

Delante los perros y detrás los voluntarios, tomaron á través de los campos por un sitio donde la yerba, hollada en muchas partes, indicaba el paso de los insurrectos.

Puestos en el rastro lo siguieron durante dos horas, hasta que encontraron el camino de Yarayó.

La carretera no conservaba señal alguna del paso de los rebeldes; pero los perros parecian no haber perdido el rastro.

Siguieron con el hocico pegado al suelo y llegaron á una estancia desierta y, segun todos los indicios, recien saqueada, donde volvieron á encontrar las huellas y algunos restos de comestibles que les hicieron comprender que allí se habian detenido los insurrectos para almorzar y dar descanso á su gente; mucha de ésta iba á pié segun lo indicaban las pisadas.

César mandó hacer alto á su gente, y mientras tomaban algun alimento, empezó con sus amigos y Benjamin á recorrer la casa buscando en sus habitaciones algun indicio que les revelara de

una manera positiva que las jóvenes habian parado allí.

—Aquí hay una cosa escrita—gritó Vicente levantando en alto una delgada hoja de marfil donde estaban trazadas con lapiz algunas palabras.

—¿Por qué no lees?

—No puedo, está en francés.

—Trae—dijo César cogiendo la delicada hoja que decia:

« *We shall go it might be so, to Jiguani it is ten o clock,*

CLARA, ELVIRA. »

—Este es un dato precioso,—dijo Eugenio sacando su relój;—son las once y media; no nos llevan más de tres cuartos de hora de delantera. Vamos á caballo y pronto los alcanzaremos.

—Pero ¿qué dice ese marfil?—preguntó Vicente que no comprendia la alegría de los dos amigos.

—Muy pocas, pero muy buenas palabras:

« Vamos quizá á Jiguaní: son las diez.

CLARA, ELVIRA. »

—¿Y por qué no habrán escrito en español?

—Porque áun cuando miss Clara lo habla, no sabe escribirlo.

—Lo más natural era que hubiera escrito tu hermana.

—Mira esta letra. ¿Qué dices de ella, tú que eres calígrafo?

—Que es un carácter muy bonito; pero el que la escribió debia estar á oscuras ó ser ciego, por-

que los renglones están torcidos y las letras montadas las unas sobre las otras.

—Pues bien; eso te explica por qué no ha escrito mi hermana, y por qué en este caso lo ha hecho en inglés miss Clara sin acordarse de que tú no lo sabias.

—No lo entiendo.

—Esta hoja de marfil la reconozco; pertenece al libro de memorias de miss Clara, y esta debió escribir debajo de su pañuelo y dejar la hoja en el suelo sin que lo notaran los que indudablemente las estarian vigilando. ¿Comprendes ahora?

—Sí. ¿Pero cómo sabian ellas que habiamos de venir por aquí?

—Eso lo sabrás cuando las encontremos. Ahora vamos andando que ya está la gente lista.

Montaron á caballo y se pusieron de nuevo en marcha, subiendo unas veces por escarpadas lomas, y bajando otras por ásperos breñales, hasta que el encuentro de la playa les dió mas descanso y la seguridad de que iban por buen camino, pues en la húmeda arena se veian más distintamente las huellas de los filibusteros.

Así, siguiendo la caravana su marcha hácia Occidente, el mar á la izquierda y á la derecha los primeros estribos de una gran montaña, llegaron á un trecho, como de 1.000 varas por lo ménos, que ofrecia un aspecto triste y sombrío, y cuyo suelo compuesto enteramente de rocas, no revelaba la menor huella.

Enormes masas de piedra de 200 varas de altura dominaban el camino en el cual hubiera sido inútil buscar la mas pequeña señal de vegetacion.

Sin embargo, aquel árido paisaje tenia tambien su belleza, pero una belleza terrible y salvaje que conmovia profundamente al observador.

Aquellas filas de disformes piedras matizadas con variadas tintas, y de formas extrañas, parecian á veces monumentos de una raza de titanes.

Admirados los jóvenes ante aquel imponente espectáculo, no pudieron, sin embargo, hacer las reflexiones, comentarios y estudios que habian hecho durante todo el viaje cuando alguna cosa notable se les presentaba á la vista.

El estado del espíritu de los voluntarios y su febril impaciencia por alcanzar á los rebeldes, les impedia abrigar, ni por momentos siquiera, todo pensamiento que no fuera el de salvar cuanto ántes á las dos bellas é interesantes amigas.

Aunque natural, el estado de los jóvenes inspiraba tristeza. Lo mismo César que Eugenio, corrian á arrancar á sus amadas del poder de Torres y sus secuaces. Vicente corria, como lo habia hecho desde España á Cuba, por seguir á sus amigos.

De repente exclamó César:

—¡Mucho cuidado, amigos, que vamos á entrar en el paso de *Peso fuerte*!

Y dando el ejemplo á sus compañeros, César empezó á caminar con lentitud y precaucion, mirando á todos lados y tomando algunas medidas preventivas, como la de mandar un pelotón de vanguardia, y otras de esta índole, para evitar una sorpresa que podia ser fatal para los voluntarios en un paso tan difícil como el que iban á travesar.

Despues, los voluntarios se internarón en un

estrecho puente, hecho en su totalidad de pintado cascajo. No excederia de 40 varas de largo, pero avanzaba hácia el mar, cuyas turbulentas olas iban á estrellarse con fragor contra uno de sus estribos.

César y Eugenio callaban admirados, contemplando el grandioso espectáculo que tenian á la vista; pero Vicente, más prosáico, no las tenia todas consigo, y á cada ola que se estrellaba contra el puente, temia que las sueltas piedras que lo formaban se dispersaran arrastrando á los voluntarios en su caida.

Cuando llegaron á lo llano y empezaron á alejarse del mar, recobró la palabra Vicente para censurar aquella construccion.

—Pues chico,—le contestó César—el ingeniero que lo ha hecho es el más sábio de todos.

—¿Quién es?

—La naturaleza.

—¡Qué ¿ese puente no es obra de los hombres?

—No, se ha formado simplemente por los cantos que arroja el mar y que por haber rodado mucho por las orillas han tomado esa forma circular, por lo cual se ha dado á este sitio el nombre de *Peso fuerte*.

Poco despues de este paso entraron nuestros amigos en un terreno cubierto de matorral, en una de cuyas ramas encontraron un pañuelo.

Cogiólo Eugenio y vió con alegría bordada en una de sus puntas la cifra de Elvira.

El encuentro del pañuelo era un nuevo indicio de que estaban en buen camino. Con la esperanza de alcanzar pronto á los filibusteros, apretaron el paso marchando rápida y silenciosamente á pesar

del cansancio que ya empezaban á sentir hombres y animales.

Apenas habrian andado media hora, cuando el caballo que montaba Vicente dió una brusca huida lanzando en tierra al jinete.

El susto del caballo fué producido por la repentina aparicion de un negro que se levantó de entre la yerba.

Segun dijo el recien aparecido, pertenecia á una hacienda inmediata á la cual regresaba despues de haber cumplido una mision que le dió su amo. Sintiéndose cansado se acostó al pié del matorral y despertándose al ruido de la cabalgata se habia incorporado causando sin querer la caida de Vicente.

La explicacion pareció á todos satisfactoria; y como el golpe no habia sido fuerte, mientras algunos jinetes corrian tras el caballo, Eugenio preguntó al negro.

—¿Has visto pasar hace poco á una partida de gente á pié y á caballo?

—¿Llevaban dos señoras en un mulo?

—Sí.

—No hace un cuarto de hora pasaron por aquí, y creo van á dormir en la cueva del Guanajo.

—¿Donde está eso?—preguntó César.

—Al pié de Nimanima camino de Jiguaní.

Eugenio y César cambiaron una mirada de satisfaccion; este último prosiguió:

—¿Podrias llevarnos á ese sitio? Somos de la partida y nos hemos quedado atrás. Te daremos una buena recompensa.

—Lo que su merced mande; justamente tengo que separarme poco de mi camino.

—Pues andando.

El negro sin responder se puso á la cabeza de los voluntarios, y torciendo á la derecha empezó á trepar por unas colinas desde las cuales pudieron ver los voluntarios los altos picos del soberbio Nimanima teñid s de una ligera tinta carmesí.

—¡Qué nombre más raro tiene esa montaña!—exclamó Vicente.

—Ese nombre—respondió César que no desperdiciaba ocasion de hablar de su país,—es originario del idioma Ciboyenés.

—No lo conozco.

—Tampoco yo; pero sé que era el que hablaban los primitivos habitantes de la isla, y la duplicacion que se advierte en el término, tal vez seria el superlativo de alto, ó bien el plural del ramal ó zona de que se compone la montaña.

—Sea lo que fuere, ni me gusta ese jigante de piedra, ni el nombre, ni los Ciboyenes, ni el guía.

—¿Qué tienes que decir del guía?—preguntó riendo Eugenio—¿le guardas rencor por tu caida?

—Es claro. ¿Qué haria ese maldito negro escondido detrás de las matas? Eso no me parece claro.

—Lo más claro es que no sabes montar.

—Lo que yo digo es más claro que esta maldita barranca donde nos hemos metido estúpidamente.

—¡Eh! no seas tonto.

—Niño Eugenio, yo tambien soy tonto;—dijo terciando en la conversacion Benjamin.

—¡Hola! y ¿por qué?

—Porque no me gusta ese negro.

—Veamos las razones;—preguntó César.

—Primero, por que es *mandinga fulá* y todos son malos.

—Ese defecto no es muy grande. Continúa.

—Segundo, porque Pluton y el Rayo no querian venir por este camino.

—Eso ya es más grave.

—¿Donde está el guía?

Un jinete partió hácia la cabeza de la columna, donde al poco rato se oyeron algunos disparos.

César y Eugenio se lanzaron á galope hácia el sitio donde habian oido las detonaciones. En cuanto á Vicente, quedó tan embargado al oir aquellos disparos, cuando empezaba á cerrar la noche y en sitio tan lóbrego, que no pudo moverse de donde estaba.

Los voluntarios, creyendo que obraba de acuerdo con sus amigos, se detuvieron tambien aprestando sus armas.

Veamos lo que habia sucedido en la vanguardia.

Cuando César mando llamar al negro, este que no era más que un rebelde dejado por Gervasio para hacer perder la pista á los que pudieran perseguirles, sospechando que se habia descubierto su impostura, se lanzó á los matorrales, y aprovechando la circunstancia de que los caballos no podian perseguirle, trepó por las escarpadas paredes de la barranca sin que pudieran detenerle los disparos que le hicieron.

Algunos voluntarios, echando pié á tierra, se lanzaron en su persecucion, pero pronto tuvieron que volver sin descubrir al negro.

César mandó á cuatro voluntarios que siguieran la cañada adélante con objeto de ver si tenia salida, y miéntras, temiendo un ataque, mandó desmontar la mitad de la gente y que coronaran los dos taludes de la barranca.

Tomadas estas precauciones, esperaron con impaciencia la llegada de los exploradores, pues además de haber cerrado ya la noche, el lejano zumbido del trueno les anunciaba una tempestad, que cogiéndoles en aquel sitio los podia barrer completamente, pues la naturaleza del terreno indicaba que la barranca era el lecho de un torrente.

Por fin, al cabo de tres cuartos de hora, volvieron los exploradores anunciando que la barranca no tenia salida, por lo cual fué preciso contramarchar, cuando ya gruesas gotas de agua caian de las nubes que de vez en cuando se abrian mostrando á los voluntarios, al resplandor de los relámpagos, todo el horror de su situacion.

Bien pronto el agua empezó á caer á torrentes de una manera tan contínua y violenta, como no pueden tener idea los que viven en los climas templados.

El suelo de la barranca fué llenándose de agua, y ya los guijos que componian el piso, rodaban produciendo al chocar entre sí un ruido siniestro, dominado sólo por los frecuentes estampidos del trueno.

Para colmo de desgracias, los voluntarios que flanqueaban la columna habian desaparecido. En vano sus angustiados compañeros dirigian la vista á todos lados como buscando socorro; en vano los llamaban á gritos; nadie respondia.

El agua aumentaba y las paredes de la barranca eran cada vez más escarpadas.

De vez en cuando perdian pié los caballos y nadaban largo trecho.

Algunos caballos caian con sus jinetes para no levantarse más, y eran arrastrados por las aguas.

La situacion se hacia más crítica de minuto en minuto.

Todos los voluntarios creyeron que habia llegado su última hora, y nadie pensó más que en tributar un cariñoso recuerdo á las personas de su familia ó de su afecto particular, al mismo tiempo que por un resto de espíritu de conservacion, aumentado por la esperanza que no se extingue sino con la muerte, hacian los mayores esfuerzos por salir de aquella horrible situacion.

CAPÍTULO XII.

Campamento.—El Goliat vegetal.—Los bejucos.—El nogal cubano.—El mango.—Los mambises.—El destacamento aéreo.—El combate.—La cárcel de caña.—La jutia.—Primer acto de un drama.

Por fin, los flanqueadores, que marchaban á la derecha de la columna, aparecieron indicando un ribazo que, aunque bastante áspero y difícil, permitió á los voluntarios salir de la barranca y subir á una colina, donde acamparon cobijados bajo una espesa enramada. Llegados al campamento, se pasó revista; faltaban tres hombres y tres caballos que habian sido arrastrados por las aguas, y los doce flanqueadores del ala izquierda, de los cuales se supuso que se habrian desviado del camino para salvar algun obstáculo.

Inmediatamente hicieron varias hogueras en la colina, y los voluntarios, despues de secar sus ropas y tomar algun alimento, se entregaron al descanso que tanto necesitaban despues de las fatigas de la marcha, velando sólo en el pequeño campamento algunos centinelas.

La aurora asomó dorando los picos del Nimanima sin que nada viniera á turbar el sueño de los expedicionarios, los cuales despertaron al ruido del bullicioso canto de mil séres alados.

—¡Es raro!—dijo Vicente luego que hubo abierto los ojos.

—¿Qué?—preguntó Eugenio.

—Anoche hubiera jurado al acostarme que dormiamos en un bosque, y nos cubre un solo árbol.

—Pero un árbol de marca mayor.

—¿Sabes cómo se llama?

—No: me parece que debe ser una especie peculiar de estos países; pero aquí viene César, que es todo un sábio, y nos lo dirá.

Con efecto, César les dijo que aquel Goliat vegetal era una *ceiba*, y despues continuó:

—Ahora vamos á almorzar, y mientras Benjamin nos arregla algo, yo os contaré lo que sé de este curioso árbol. Así pasaremos el tiempo hasta ver si vuelven algunos hombres que he mandado en busca de nuestros exploradores.

—Es verdad, sin ellos no debemos continuar la marcha.

—Y menos ahora que con la lluvia nos son inútiles los perros.

—Y ¿qué vamos á hacer?

—Seguir hácia Jiguaní.

—Es lo más seguro.

—Pues vamos á sentarnos bajo la ceiba y allí hablaremos de ella.

Este árbol no es de los mayores que hay en la isla; pero sin embargo, veis que su tronco mide por la base 25 piés de diámetro, lo cual es un tamaño bastante razonable; no obstante, con relacion á su grueso el árbol es bajo y disminuye rápidamente de espesor para dividirse en un número considerable de ramas muy gruesas que se extienden horizontalmente, cubriendo con su sombra una extensa superficie.

Las hojas de este árbol, cuando son nuevas,

alimentan á los animales, y en el Senegal y Cabo-Verde las cogen los negros y, despues de secas, las reducen á polvo haciendo con ellas una salsa.

Estas hojas son emolientes á causa de la gran cantidad de mucílago que contienen, de suerte que tambien tienen aplicacion en la medicina, como todas las plantas de la familia de las malváceas.

—Pues yo creia que este árbol era peculiar de América.

—Muchos lo han creido así, pero es cosa averiguada que esta es la misma especie que crece á la vez en la India y en Africa y á la cual los naturalistas dan el nombre de *Eriodendron, Anfractuosum.*

Lo que si parece cierto es que hay dos especies, la de la India, cuyos pétalos son amarillos, y la de las Antillas donde, como veis en el ejemplar que nos cobija, son de un color de rosa purpurina más ó ménos intenso.

—¿Es de alguna utilidad este árbol?—preguntó Vicente.

—¿No te estás utilizando de él? ¡Ingrato! ¿Te parece poco servicio el que nos presta dejándonos almorzar al fresco mientras la campiña toda está bañada por los ardientes rayos del sol?

Ademas, no es esta su sola cualidad: los voluntarios lo han escogido para acampar bajo él porque dicen que el rayo lo respeta; yo no sé si será ó no cierto, pero tal es la opinion del país. Ya te dije la aplicacion que se daba á sus hojas, pero estas no constituyen su única utilidad.

De su tronco se hacen ligeras canoas capaces de contener bastante gente, pues como veis, si hi-

cieran una de este árbol tendria de eslora unos 80 piés.

Segun Desportes, los ingleses cogen la borra y plumilla que cubre los granos de la ceiba para hacer sombreros muy ligeros.

Aquí donde la industria no está tan adelantada se aprovecha para hacer colchones y almohadas, constituyendo los granos un excelente alimento para los ganados.

—Bien,—exclamó Vicente—es un árbol digno de Jauja. Y dime,—añadió,—¿esas cuerdas largas verdes que cuelgan de las ramas tambien sirven para algo?

—Esas cuerdas se llaman bejucos. Este nombre se da generalmente á toda planta sarmentosa de tallo tierno, delgado y largo; hay por consiguiente muchas clases de bejucos.

Este que veis es el llamado bejuco de Cuba y por su flexibilidad y resistencia sirve lo mismo que una soga.

Son yerbas parásitas que se enroscan en los troncos de los árboles, se arrastran por sus ramas y caen despues al suelo donde echan raíces, volviendo á subir por el mismo tallo que les dió nacimiento, formando á veces redes tan intrincadas que para abrirse paso es preciso usar el machete.

Algunas especies como el *Mancamontero* y *Prieto-lechoso* son venenosas, pero las demás son útiles.

Pero ya veo á nuestra gente que vuelve con los flanqueadores. Vamos á caballo y en marcha.

A las dos de la tarde entraban en un frondoso bosque compuesto de pinos y otros árboles no co-

nocidos de los peninsulares, á los cuales se los iba designando César por su nombre.

—¿Veis—les decia—ese árbol que se eleva cerca de 40 piés destacando vigorosamente su tronco gris ceniciento del trasparente fondo de la selva?

—¿Cuál?—preguntó Eugenio;—¿ese cuyas hojas son lisas, oblongas y dentadas, verdes por encima y verde amarillo por debajo?

—El mismo, pero sus hojas tienen una particularidad que no has podido apreciar al primer golpe de vista. Mira esta que he arrancado.

—Es verdad; uno de los lados de su base es más corto que el otro.

—Observa ahora el fruto. Es casi redondo por arriba y contiene una almendra que se come ántes de su perfecta madurez, pero es de difícil digestion. De aquí se saca un aceite que sirve para la pintura y fábrica del jabon, y tambien combinando el fruto con la raíz se obtiene un tinte rojizo oscuro muy firme. Para que todo se aproveche, la madera es muy á propósito para los escultores y torneros y la película que cubre la almendra, en maceracion con agua saturada en cloruro de cal, da á este líquido un precioso color rojo.

—¿No tienes más que decir sobre este árbol?—preguntó Vicente.

—Creo que no.

—Pues has olvidado lo principal.

—¿Qué?

—El nombre.

—Tienes razon, y para que quedes satisfecho te diré que se llama *Juglaus Fraxinifolia*.

—Quedo enterado.

—Pero no preguntes á nadie por ese nombre—añadió Eugenio,—porque los sábios tienen la manía de buscar los nombres mas estrafalarios para las cosas que ya tienen un nombre conocido.

—¿Cuál es el nombre vulgar de ese árbol?

—El nogal.

—Y ese árbol recto, de ramaje espeso, que desde aquí parece una media naranja sostenida por un palo, ¿cómo se llama?

—Esa es la *Mangifera índica* vulgarmente llamada mango, cuyo fruto has comido.

—No recuerdo.

—Yo sí—añadió Vicente—y es muy rico. Tiene forma de corazon amarillo ó verde y á veces manchado de otro color; la carne es hebrosa, amarilla, dulce, muy agradable y refrescante. Ahora haremos provision y verás lo que es bueno. Tiene una semilla muy gorda.

—Tu descripcion es perfecta y sólo me resta decir cuatro palabras sobre el árbol mientras descansamos aquí un rato y Benjamin nos coge algunas docenas de mangos—añadió César.

Este árbol es sumamente comun en la isla y por su belleza suele destinarse para alamedas.

Las hojas son grandes, alternas, oblongas, lanceoladas, de un rojo claro al principio y luego verdes; sus flores son chicas, algo rojizas y con cinco pétalos.

Además del fruto que tanto agrada á Vicente y que es de gran utilidad en las haciendas, por que este árbol se carga mucho de frutas, su madera es una excelente leña.

De repente Benjamin que estaba en la copa del

mango recogiendo fruta para los voluntarios, bajó precipitadamente haciendo grotescos ademanes para recomendar el silencio y dirigiéndose á su amo exclamó;

—Niño César, del otro lado del bosque viene mucha gente.

—¿Son soldados?

—No, mambises.

—Pues atemos los caballos á los árboles. La mitad de la gente á pié vendrá conmigo; tú, Eugenio, subirás con el resto á los árboles, y de uno en otro, por las ramas, me seguirás. Vicente ¿á quien te agregas, á Eugenio ó á mí?

Vicente meditó algunos minutos y optó por acompañar á Eugenio.

Éste, Vicente, Benjamin y los voluntarios que formaban la partida aérea, treparon en seguida por los árboles, y empezaron á seguir á César y su gente deslizándose en silencio por las ramas.

A la salida del bosque encontraron á los mambises, los cuales al ver la poca gente que llevaba César, se arrojaron con furor sobre los voluntarios tratando de envolverlos; pero estos empezaron á retirarse cubiertos con los árboles haciendo un fuego nutrido y certero.

Eugenio, entre tanto, habia permanecido con su gente en los últimos árboles del bosque sin disparar un solo tiro aunque vió á los mambises pasar por debajo.

Pero cuando quedó á retaguardia de los insurrectos, mandó bajar á su gente y atacó á aquellos por la espalda con tanta furia, que en pocos minutos los aniquiló casi por completo.

César corrió entonces con algunos voluntarios

á desatar los caballos, y montando en ellos se dirigieron en persecucion de algunos que habian logrado escaparse, los cuales no tardaron en quedar prisioneros.

Terminada la persecucion se reconoció el campo de batalla, y se encontraron doce mambises muertos, veinte heridos y otros tantos prisioneros, con algunas mulas cargadas de provisiones y efectos de guerra.

Por parte de los voluntarios sólo habia cinco heridos de poca gravedad; pero lo que más disgustaba á todos era la desaparicion de Vicente, al cual no se le habia vuelto á ver desde que se encaramó en su árbol.

En vano se le buscó por todas partes llamándole á voces. Vicente no respondia ni se descubria el menor vestigio por ninguna parte.

Desesperando de encontrarlo, y seguros por otra parte de que no habia sido hecho prisionero, pues los pocos mambises que huyeron no podian habérsele llevado, se recurrió á los perros, los cuales al poco rato de buscar se detuvieron ante un ramillete de cañas jigantescas.

—¿Estará aquí?—preguntó Eugenio.

—No tiene nada de extraño; mira la rama de ese árbol que cruza por encima de los bambúes; es fácil que haya caido en el centro.

—Pero ¿habrá muerto el infeliz?

—Tal vez nó; los tallos de esta planta se elevan muchísimo adelgazando hácia la cima, por donde se arquean á modo de plumeros. Cada uno de esos tallos habrá servido de resorte para amortiguar la caida de nuestro amigo. Por ahora llamémosle.

—¡Vicente! ¡Vicente!

—¡César!—gritó una voz lejana.

—¿Dónde estás?

—Aquí, en una cueva oscura rodeada de cañas por todas partes.

—¿Te has hecho daño?

—No.

—¿Puedes salir?

—Imposible.

—Pues espera. Muchachos—dijo César sacando su machete,—vamos á abrir la cárcel de nuestro amigo.

Y dando el ejemplo, atacó con ardor la muralla de bambúes que tenia delante ayudado por los voluntarios, los cuales á pesar de la dureza de los tallos empezaron á derribarlos á derecha é izquierda, dejando una calle que los condujo á un claro que habia en el centro de la mata. Vicente salió con la cara y las manos ensangrentadas y la ropa hecha girones.

Segun su relato, al pasar de una rama á otra habia perdido el equilibrio cayendo en aquel pozo de verdura.

Como el accidente no ofrecia gravedad y el dia iba tocando á su fin, marcharon los voluntarios, alegres por su victoria, hácia un riachuelo al lado del cual acamparon, dedicándose en seguida á curar los heridos.

César, como buen capitan, marchó con sus amigos á reconocer las cercanías del campamento, y al regresar por las orillas del riachuelo observó un bonito cuadrúpedo de cerca de media vara provisto de una larga cola, y lo mostró á sus amigos.

—Una ardilla!—exclamó Vicente.

—No es sino una jutia, un miembro de la gran familia de los roedores que Cuvier coloca en el quinto órden de los mamíferos, siguiendo inmediatamente á los animales carniceros. Este animal, cuyo nombre vulgar algunos escriben con H, si bien se pronuncia siempre J, se conoce en la ciencia bajo el nombre de *Capromys prehensilis*, y los cazadores le conocen con el nombre de *Jutia carabalí* para distinguirla de la *Jutia conga* cuyas costumbres son algo distintas.

Una y otra especie habitan los bosques, pero ésta busca con preferencia los sitios más agrestes y las copas de los árboles más elevados, en cuya cima se esconde de los cazadores, que le persiguen mucho á causa del buen sabor de su carne.

Miradla cómo salta y juega y con qué destreza trepa por las ramas llevándose á la boca, ya con una ya con ambas manos, las cosas que coge.

—Parece que se ha asustado.

—En efecto, se ha subido á la cima del árbol y mira abajo con inquietud. ¿Qué será?

—¡Jesús, qué serpiente más horrible!

—Es un majá, no tires;—dijo César deteniendo á Eugenio que iba á disparar—me parece que vamos á ver una cosa curiosa.

CAPÍTULO XIII.

La jutia y el majá.—Pesca al vuelo.—La tenaza.—Fin del drama.—El cazador pescado.—El caiman.—Proyectos.—La vuelta á Cuba.

La jutia seguia muy preocupada los movimientos del majá. Era evidente que buscaba el medio de evitar su encuentro; pero por desgracia para ella el árbol estaba aislado y no habia más remedio que tirarse al suelo ó encontrarse con la serpiente. Esta, segura de su triunfo, avanzaba sin apresurarse y sin perder de vista á la jutia.

El pobre cuadrúpedo, viendo que el peligro aumentaba, se decidió á tomar un partido extremo y, corriendo hasta el fin de una rama que avanzaba horizontalmente sobre el riachuelo, se lanzó al espacio con intencion de caer en la orilla opuesta.

Pero el majá, que no estaba descuidado, saltó del árbol como si lo hubieran despedido con un resorte y encontrando á la jutia en el aire, se enlazó con ella, cayendo juntos y hechos una pelota, no en el fango, donde nuestros amigos esperaban verlos caer para apoderarse de la jutia y del majá, sino en una inmensa tenaza verdusca que salió del agua y se volvió á meter llevándose ambos animales.

—¿Qué es eso?—preguntaron admirados los dos peninsulares.

—Nada,—respondió César;—que nos hemos

quedado sin la jutia con la cual contaba yo para cenar.

—¿Quién se la ha llevado?

—Un caiman.

—¡Oh!, vámonos de aquí—dijo Vicente mirando con terror al riachuelo.

—¿Por qué?

—Pero desgraciado, ¿no ves que la jutia y el majá no deben haber satisfecho el apetito de ese mónstruo?

—¿Y qué?

—Me gusta tu calma ¿no has oido el ruido que hizo al cerrarse su boca?

—Sí.

—¿Y si sale...?

—Eso es lo que quiero. ¿No es cierto, Eugenio, que tendrás gusto en ver á un caiman?

—Ya lo creo.

Vicente miró de hito en hito á sus amigos. El pobre diablo creia que estaban locos.

No comprendia que quisieran afrontar á un animal del cual habia oido contar cosas horribles.

—No seas babieca,—le dijo César;—deja de mirarnos con esos ojos de carnero; corre al campamento y vuelve volando con cuatro caballos, unas cuerdas fuertes y algunos voluntarios. Escucha, que venga tambien Benjamin.

—Pero hombre...

—¿Todavía estas aquí? ¡Corre!

Viendo que no podia convencer á sus amigos, inclinó la cabeza y marchó hácia el campamento dispuesto á traerse cuantos hombres hubiese disponibles para aminorar el peligro á que él creia estaban expuestos sus amigos.

Mientras volvia, Eugenio y César se sentaron sobre un ribazo, hablando el último de esta suerte.

—Acabas de ver la mayor serpiente de esta tierra; pertenece á un nuevo género de serpientes llamado *Tropidophis* compuesta de las palabras griegas *quilla* y *serpiente*; pero el vulgo le llama majá. Si hubieras podido observar atentamente el ejemplar que se tragó el caiman, hubieras visto que tiene el cuerpo bastante comprimido y mucho mas gordo en el centro que en las extremidades; su cabeza es muy aplastada y pequeña para el tamaño del reptil, que pasa á veces de cinco varas teniendo un diámetro de nueve pulgadas en su parte más ancha. Su color es gris aceitunado con grandes manchas irregulares, blancas y negras, en la espalda y lados. El cuello y los labios son blancos, negra la mitad posterior de la cola, y amarillenta la parte inferior del cuerpo.

—¿Es venenosa?

—Nada de eso, por más que el vulgo lo crea. Habita escondida en los bosques y sobre los árboles, en los techos y otros parajes de las casas de campo; consistiendo sus fechorías en tragarse á las aves domésticas y perseguir y coger á las jutias del modo que has visto. Respeta al hombre y sólo le ataca cuando se ve obligada á ello para defender su vida. Entónces presenta verdaderamente un aspecto feroz y es un enemigo respetable. Pero aquí viene Vicente.

—Se ha traido detrás á todos los voluntarios.

—Mejor, asi acabaremos pronto.

—En pocas palabras puso César á los recien

llegados al corriente de lo que sucedia. Cuando hubo concluido preguntó Benjamin.

—¿A donde está el caiman?

—No sé.

—Pues ahorita mismo se verá—respondió el negro despojándose de sus ropas.

Cuando hubo terminado, cogió su cuchillo entre los dientes y se arrojó al agua.

Los circunstantes observaban con curiosidad los movimientos del negro el cual nadó con vigor hasta el centro del rio y allí se sumergió resueltamente.

Durante algunos segundos el agua se agitó con violencia como si en el fondo del rio se sostuviese una terrible lucha.

Aquellos segundos parecieron un siglo á los voluntarios que no respiraron libremente hasta que vieron al negro que tomaba tierra á algunas varas más abajo del sitio donde se arrojó.

Su aparicion fué saludada con un viva atronador al cual contestó el negro con un saludo que quiso ser gracioso y resultó grotesco.

—¿Qué tal?—preguntó César.

—Todo anda bien; está virado hácia arriba, respondió Benjamin cogiendo una de las cuerdas que habian traido y haciendo un sólido nudo corredizo, mientras algunos voluntarios, dirigidos por César, disponian los caballos como si tuvieran que arrastrar un peso considerable.

Cuando todos los preparativos estuvieron terminados, el negro se lanzó de nuevo al rio.

Al poco rato volvió á agitarse el agua, pero esta vez con más violencia que la anterior.

Una masa verdosa azotaba en todos sentidos

la superficie del rio, y aún no habian vuelto de su asombro los voluntarios cuando salió á la orilla Benjamin riendo, saltando y agitando con su mano derecha el extremo de la cuerda.

—¡Pronto! ¡Pronto!—gritó;—los caballos.

Los voluntarios que los tenian los acercaron, se ató la cuerda al tiro, los látigos crugieron y la cuerda quedó tirante como si estuviera amarrada al fondo del rio.

Sin embargo; la resistencia cedia poco á poco y pronto la agitacion de las aguas y las violentas sacudidas de la cuerda indicaron que la jigantesca pesca estaba inmediata.

La enorme cola del caiman salió del agua agitándose en todos sentidos; despues apareció un inmenso cuerpo sucio, deforme, cubierto de conchas; en seguida una cabeza compuesta de una enorme boca que era todo lo que en ella se veia, provista de formidables dientes; y para este cuerpo tan grande unas patas sumamente cortas y robustas, armadas de aceradas uñas que el animal enterraba en el suelo para resistir el empuje de los caballos, mientras castañeteaba sus agudos dientes y hacia girar con furor sus horribles ojos.

Cuando estuvo en tierra firme, despues de haber formado con sus uñas diez y seis profundos surcos, Eugenio y César dispararon sus carabinas sobre el monstruoso reptil, apuntando por debajo de los brazuelos.

El efecto del doble disparo fué rápido.

El caiman sufrió una última y suprema convulsion, y agitó la cola haciendo volar en torno suyo tierra, piedras y ramas. Despues dejó caer pesa-

damente la cabeza y la cola permaneciendo inmóvil.

Habia muerto.

Los caballos siguieron arrastrando al caiman que ya no ofrecia más resistencia que la natural del peso de su cuerpo, y todos tomaron el camino del campamento.

Vicente, que estaba en extremo pálido y que varias veces tuvo intenciones de echar á correr desde que vió salir al caiman, preguntó á César.

—Dime; ¿hay muchos lagartos de estos en los rios de tu tierra?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por que no será muy agradable bañarse en ellos.

—Te equivocas; la gente del país se baña en los rios aunque haya en ellos caimanes.

—Lo creo;—repuso Eugenio,—pues por lo que he visto me parece que no son tan fieros como los pintan.

—Tambien te equivocas. Los aligátores ó caimanes, como quieras llamarlos, son generalmente temidos á causa de su ferocidad; pero la estructura de su cuerpo, permite que la gente pueda bañarse con cierto descuido; y la misma causa ha permitido que se le pueda coger con la facilidad que has visto, áun cuando para esto último se necesita ser un diestro nadador y estar dotado de gran serenidad.

Próximamente, el animal que hemos cogido tendrá veinte piés; y por consiguiente era más largo que el ancho rio donde vivia y donde tal vez habria nacido. Como la fuerza para torcer el cuerpo está limitada por la dureza de

las conchas, que como ves cubren la parte alta del cuerpo desde la cabeza hasta la punta de la cola, estos animales tienen muy poca flexibilidad; así es que, aunque en la carrera recta son muy veloces, cuando tienen que dar una vuelta son muy pesados. En el agua son más listos; pero cuando el ancho del rio no les permite revolverse no tienen más remedio que salir á tierra cuando quieren cambiar de direccion; por eso se bañan algunos impunemente en un rio donde haya un caiman siempre que esté en estas condiciones.

La empresa de Benjamin fué más árdua; no sabiamos con certeza hácia donde estaba la cabeza del mónstruo, y él lo averiguó echándose resueltamente al rio y luchando con él en ligereza.

—No me parece muy astuto este animal.

—Apenas tiene más astucia que la necesaria para su preservacion. Generalmente se alimenta de peces ó cuadrúpedos pequeños, y algunas veces, aunque pocas, ataca al hombre. Pone unos huevos muy pequeños, con relacion á su tamaño, puesto que son poco mayores que los de un pavo. Sin embargo, tiene un terrible enemigo en el majá que es muy goloso de los huevos de caiman y le destruye la mayor parte.

—Dime,—preguntó Vicente,—¿no se ha podido nunca amansar los caimanes?

—No hay animal en la creacion que no se someta á la superior inteligencia del hombre.

La historia antigua nos dice que los sacerdotes de Menfis tenian misteriosos cocodrilos que salian en las fiestas más solemnes á recibir el culto de los supersticiosos egipcios, y seguian por todas

partes á los sacerdotes vistosamente engalanados con cintas y flores.

El célebre viajero Bruce dice que en Abisinia se divierten los muchachos en montarse en los cocodrilos y correr con ellos sin que les causen el menor daño.

—¡Vaya unos muchachos!

Mientras así hablaban llegaron al campamento, y dejando á los voluntarios que examinaran á su placer al enorme reptil, Eugenio y César empezaron á interrogar separadamente á los prisioneros para ver si descubrian algo acerca del camino que habia tomado la partida mandada por Torres y Gervasio.

Pero, cosa rara, ninguno de los prisioneros la habia encontrado en su camino y eso que venian de Jiguaní.

Unicamente indicaron como probable que se hubiese dirigido al Cobre á donde iba la partida que derrotaron nuestros voluntarios y á donde habian recibido órden de concentrarse todas las que vagaban por las cercanías de Cuba.

En vista de tales noticias, César, Eugenio y Vicente, asistidos del negro Benjamin se reunieron en consejo para deliberar lo que se habia de hacer.

Eugenio era de parecer que la expedicion siguiese adelante; pues segun decia no debia darse crédito á los informes de los prisioneros mientras no estuviesen confirmados por otros más seguros.

César, por el contrario, pensaba que los prisioneros no podian tener ningun interés en engañarlos, pues no sabian el objeto de sus preguntas, y que ántes bien querrian con su sinceridad

captarse la benevolencia de los vencedores.

Lo más prudente, segun él, era volver á Cuba donde tal vez se sabria algo de las prisioneras y marchar en seguida al Cobre donde, si era verdad lo que los prisioneros decian, encontrarian á Gervasio y Torres.

Vicente se adhirió á la opinion de César, pues áun cuando no se atrevia á decirlo francamente, no le gustaba seguir por un camino en cuyo principio habia tropezado con tan peligrosas aventuras.

Cada uno aducia las razones que le parecian más eficaces en apoyo de su opinion y nadie se convencia.

Entonces tomó la palabra Benjamin trayendo á todos á su parecer que era el siguiente:

Al amanecer se pondria en camino la partida para regresar á Cuba y marchar despues al Cobre, segun el proyecto de César; pero con objeto de no abandonar la pista que hasta entónces habian seguido, Benjamin fingiéndose negro cimarron tomaria el camino de Jiguaní, y mezclándose con los insurrectos procuraria averiguar la direccion que hubiesen tomado los raptores y de todo lo que supiere daria cuenta á Cuba.

Adoptado este plan marcharon los voluntarios hácia Cuba donde llegaron sin novedad.

CAPÍTULO XIV.

Las cautivas.—Estratagemas.—Un puñado de arena.—Confidencias.—Los mangles.—¿Serán ellos?—Las salvaderas.

Dejemos á los voluntarios en Cuba donde hemos visto que llegaron sin novedad y tratemos de saber algo de las pobres jóvenes tan brutalmente arrebatadas del Caney por los infames Gervasio y Torres.

En los primeros momentos de su cautiverio sucumbió la débil naturaleza de ámbas á las terribles emociones de aquella noche y perdieron el sentido, lo cual agradó mucho á sus raptores porque asi pudieron conducirlas á través del pueblo sin que nadie sospechara su paso.

Más tarde, la fresca brisa que precede á la salida del sol las reanimó y con la luz del dia pudieron ver toda la extension de su desgracia.

La primera palabra de Elvira fué para preguntar por su madre; pero Gervasio y Torres se apresuraron á consolarla asegurándola que no habia sufrido el menor daño.

Tranquila algun tanto por la suerte de su querida madre y reconociendo á Gervasio, que tantos favores debia á su familia, le echó en cara su ingratitud criticando su conducta con tal severidad que el mulato, corrido y tal vez acosado por la voz de la conciencia que en vano quieren hacer callar los malvados, picó espuela á su montura, adelantándose á la cabeza de la partida

donde á poco rato fué á reunírsele Torres tan mústio y cabizbajo como él.

—Parece, compadre,—dijo Gervasio con tono zumbon,—que la inglesa no te trata mejor que Elvira á mí.

—Calla hombre, si eso no es mujer; es un pedazo de mármol.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada.

—¡Hombre! ¿Te enfadas porque calla?

—Hubiera preferido todas las manifestaciones de odio imaginables, al frio desden que ha usado conmigo. Si no me separo creo que hago una barbaridad con ella.

—Déjate, que ya tendremos tiempo de amansarlas; por ahora en lo que hemos de pensar es en ponernos á cubierto de toda persecucion.

—¿Crees que vengan tras de nosotros?

—No lo creo, pero puede suceder. César con sus voluntarios debe estar ya en Cuba y cuando haya sabido lo que hemos hecho tratará de perseguirnos. Además D. Pedro es un estúpido; cree que porque su abuelo era español él debe defender á España; por esto tiene mucha influencia, y ayudado del cónsul inglés harán que el general nos persiga.

—Es cierto.

—Por ahora vamos á Bayamo, que allí estamos seguros, y para que en el camino no nos suceda ningun percance voy á tomar mis precauciones.

—¿Qué vas á hacer?

—Lo que nunca te hubiera ocurrido; si llego á ir contigo á Cayo-Romano no se me escapa la inglesa como te la dejaste arrebatar.

—No hubieras podido hacer más de lo que yo hice, allí nos batimos bien y sin aquella maldita lancha...

—Déjate de tonterías; no todo consiste en los puños; es menester sacar algo de la jigüera (1). Ahora, por ejemplo, como yo conozco á mi antigua ama y sé que no se acobarda fácilmente, y que hará todo lo posible por escaparse y porque su familia sepa por donde va, voy á mandar que dos muchachos de los nuestros, con cierto descuido, digan delante de ellas que vamos á Jiguaní.

—¿Y para qué?

—Por si acaso piensan y pueden dar alguna noticia á los que vengan detrás de nosotros. ¿Comprendes?

—Sí.

—Además dejaremos á uno en el camino; si no nos persiguen se nos unirá en Bayamo y si ve que viene alguien detrás de nosotros se hará el encontradizo, y á lo que le pregunten contestará al revés.

Segun habia previsto el mulato las cautivas cayeron en el lazo.

No dudando que serian seguidas, miss Clara aprovechó el primer descanso en la estancia abandonada para escribir en una hoja de su libro de memorias lo que ya sabemos leyó César.

Así pues, desde la noche del dia de su salida quedó completamente perdida la pista, ayudando mucho para ello la abundante lluvia que cayó du-

(1) Nombre que en la conversacion vulgar se da á la cabeza.

rante la mayor parte de la noche, borrando las huellas que pudiera dejar la partida.

A pesar de esto, Gervasio apresuraba la marcha todo lo que permitia la naturaleza del terreno.

En uno de los altos que hicieron, como á unas doscientas varas de la costa, miss Clara encontró que el piso lo formaban multitud de conchas tan pequeñas que apenas se podian algunas distinguir á la simple vista; cogió un puñado de ellas y las mostró á Elvira diciéndola.

—Mira, que cosa más curiosa.

—Es verdad, son conchas microscópicas habitadas por zoófitos, segun dice mi hermano que tiene muchas.

—¿Cómo las llama?

—Un nombre muy raro: *foraminíferas*. Dice que se les puso porque tienen en la concha una porcion de agujeritos que nosotras no podemos ver porque son sumamente pequeños. Por ellos pasan unos filamentos ó tentáculos que vienen á ser los piés del animal.

—Debe ser curioso observarlos con el microscopio.

—Es una cosa admirable; yo me paso horas enteras en el gabinete de mi hermano y nunca me canso de contemplar las obras de Dios y alabar su poder.

Pero lo más admirable es lo que dice mi hermano de estas conchas; gran parte de las islas y continentes conocidos están formadas por la aglomeracion de estas conchas ó sus restos.

Paris entero está construido con ellas, y dicen que desde Champagne hasta Inglaterra el terreno no se compone de otra cosa.

—Pero con el tamaño que tienen necesitarán haberse acumulado miles de millones de millones para dar ese resultado.

—Su número es incalculable; casi toda la arena de los mares está llena de estas conchas. El sábio Plancus ha contado *seis mil* en una onza de arena y mi hermano, en las playas de Cuba, ha encontrado 480.000 en una dragma, lo cual hace, si no me equivoco, 3.840.000 en una onza.

—¡Es admirable!

—Pues su destino no lo es ménos. Parece que son los agentes de que se vale la naturaleza para crear islas, formar continentes y lanzar sobre el mar esos enormes puentes que se llaman istmos.

Estos séres tan numerosos han estado desconocidos durante siglos enteros, hasta que en 1731 Beccarius hizo en las arenas del Adriático la misma observacion que usted acaba de hacer en éstas, y por mucho tiempo se creyó que sólo el Adriático poseia conchas foraminíferas.

Las costas de nuestra isla, por su vasta extension y por hallarse colocada al viento y corriente de las otras islas, reunen todas las especies de foraminíferas que se encuentran en las otras Antillas, al paso que éstas no tienen las especies propias de Cuba.

—Pues qué ¿hay muchas especies?

—Mi hermano ha descubierto *ciento diez y siete*.

—Aprovechais tan bien las lecciones de vuestro hermano que casi sois tan sábia como él.

—Mucho me falta, pues aunque el libro de la naturaleza está siempre abierto ante nosotros, son tantas sus hojas que no bastan á volverlas la

vida de millares de hombres. Si sé algo se lo debo á mi hermano cuya conversacion me ha inspirado el deseo de conocer todo cuanto Dios ha hecho por mi hermosa patria. Por lo demás, yo espero que César os inspirará el mismo gusto—añadió mirando maliciosamente á miss Clara.

Esta se ruborizó, y acercándose á su amiga, empezaron una de esas conversaciones en voz baja, cuyo objeto se conoce por la animacion de los ojos y el encendido color de las mejillas.

Sin duda en estas confesiones íntimas, Elvira dejó escapar la de su naciente amor por Eugenio; pero no lo afirmaremos, porque no entra en nuestro propósito publicar el secreto que dos lindas jóvenes quieren ocultar.

Los mulos que montaban las prisioneras iban muy juntos, y la conversacion duró largo tiempo.

Durante la jornada, Elvira llamó la atencion de miss Clara sobre unos grandes espacios de 100 á 200 varas completamente desprovistos de vegetacion, exceptuando tan sólo ciertos grandes árboles que crecian allí.

—¿Veis esos árboles?—dijo la linda naturalista;—son la *Rizophora-Avicenia*. Como veis, la tierra sobre que crecen no es calcárea ni arcillosa, sino vegetal y de un color oscuro que promete mucho, y sin embargo no se vé en ella una sola planta, á excepcion de esos árboles, porque esos terrenos son cubiertos por el mar frecuentemente.

Estos árboles son silvestres y tan comunes, que cubren casi todas las costas; sus raíces descubiertas, arqueadas y entretejidas, sirven de guarida al pez perseguido por otro más grande.

Ya ve usted que este árbol se eleva unos 25 piés y su madera es muy dura.

—Esas flores tan lindas como las del almendro deben ser precursoras de algun fruto.

—Producen uno largo y cilíndrico, que crece más por el extremo y, áun cuando su pulpa puede suplir la falta de otro alimento, es algo amarga y semejante á la médula de los huesos.

—De modo que ese árbol no sirve más que para abrigar á los peces en sus raíces.

—Su madera es muy dura y naturalmente se aprovecha para varios usos; la corteza en decoccion es febrífuga.

Vulgarmente se llaman mangles estos árboles, y los hay blancos y negros, siendo este último más curioso, porque, además de alcanzar mayor altura, de sus ramas caen filamentos que al tocar en tierra echan raíces y crecen formando nuevos árboles.

—Pero ¿qué es eso? ¿No oye usted detonaciones lejanas?

—Es cierto; ya se detiene la partida y salen algunos exploradores. ¿Serán ellos?

—Dios lo quiera.

—Pidámosle, pues, que logren su intento y nos libren del poder de estos bandidos.

Y las dos jóvenes, cruzando sus lindas manos, levantaron sus ojos al cielo y empezaron á orar.

Pero luego vinieron los exploradores gritando:

—¡Las salvaderas!

—No eran ellos—murmuró tristemente Elvira.

—Los mambises empezaron á reir y bromear sobre lo que tanto cuidado les inspiró momentos ántes, y prosiguieron alegres su interrumpida

marcha, internándose en direccion á un bosque de copudos árboles, donde seguian resonando cada vez más distintas las detonaciones.

Miss Clara no se explicaba cómo dos palabras bastaran á cambiar en alegría la alarma, y temiendo no haber comprendido lo que los exploradores dijeron, preguntó á Elvira:

—¿Qué sucede?

—Nada.

—¿Y esos tiros?

—Es el ruido que produce una fruta al caer de un árbol.

—¿Será muy grande esa fruta?

—No es mayor que una manzana; pero el fruto es esferoide, muy comprimido por sus dos ejes y marcado en torno por muchas divisiones parecidas á los cascos de una naranja. Cuando madura y se seca por el sol, cae rompiéndose con gran estrépito y lanzando á lo lejos sus semillas.

—¿Y cómo se llama ese engañoso árbol?

—Mi hermano dice que es una *Hura crepitans*, pero vulgarmente le llaman *salvadera*, porque cogiendo el fruto ántes que se seque y caiga, y extrayendo las semillas con ciertas precauciones para no romperlo se hacen salvaderas.

Pero ya hemos entrado en el bosque. Observe usted el árbol que crece tanto como el almendro de Europa y está erizado de púas que se desprenden fácilmente del tronco, cubierto de una corteza gris. sus hojas son dentadas y grandes, rojas sus flores y el fruto puede usted verlo pendiente de las ramas, caer y estallar esparciendo lejos sus semillas, que á su vez darán nacimiento á otros árboles semejantes.

CAPÍTULO XV.

El paraíso y la manzana.—El viejo pescador.—El héroe cubano.—El insurgente castigado.—Los defensores de Cuba libre.

A la salida del bosque entró la partida en una playa que los mambises llamaban del Gicacal, cuyas finas y blancas arenas reflejaban el sol de tal suerte que las prisioneras tuvieron que cubrirse la cabeza y rostro para evitar sus rigores.

La playa estaba cubierta literalmente por unos arbustos de hojas frescas y sedosas cuya verdura formaba extraño contraste con el ardiente suelo en que crecian.

Cuando salieron del arenal, Torres, que se habia quedado algo atrás, las alcanzó y poniendo en manos de Elvira una jaba (1) llena de unas frutas amarillas, siguió á galope á incorporarse á su compañero á la cabeza de la columna.

—¡Que fino está el señor Torres! dijo Elvira con ironía.—Nos trae una cesta con hicacos.

—¿Qué es eso?

—¿No recuerda usted aquel dulce de almibar que comió en casa?

—Ciertamente.

—Pues esta es la fruta de que se hace aquel

(1) Saco hecho y tejido de guano, ceñido por un cordon de la misma materia.

dulce, respondió Elvira partiendo una. Mire usted la pulpa cómo es blanda y carnosa. Esta nuez ó semilla que encierra tiene dentro una almendra blanca cuyo sabor es tan agradable como el de la fruta.

—Efectivamente es deliciosa.

—Como que hay quien dice, añadió sonriendose la cubana, que la isla de Cuba era ántes un pedazo del Asia y aquí estaba el paraíso terrenal donde Dios colocó á los primeros hombres, pero con la prohibicion de comer hicacos. Segun esta version, paseando un dia nuestra madre Eva encontró una planta de hicacos, y tal era su aroma y la apetitosa vista de sus frutos, que no pudo menos de pecar. Entonces Dios los arrojó del paraíso y trasladó este al otro extremo del mundo.

—Bien se conoce que es una tradicion cubana. Pero ¿dónde se crian estas frutas?

—Son producto de un arbusto llamado por los naturalistas *Chrysobalanus icaco*, pequeño, silvestre y que se eleva poco del suelo; abunda mucho en las costas y rios, si bien vegeta perfectamente en el interior, sembrando su semilla; pero mis paisanos son tan apáticos que no se cuidan de cultivar unas plantas que les darian mucho producto, pues en el interior son muy apreciadas y se venden caras.

—Allí veo dos grandes moles de piedra; sé lo que es; jamás he venido por estos sitios, pero parecen las ruinas de algun castillo.

Creo que tendremos tiempo de examinarlas á nuestro gusto pues á su sombra se detiene la partida.

Asi era en efecto; al pié de las dos inmensas moles de piedra hacia alto la partida para descansar un poco, y nuestras jóvenes pudieron bajarse y conocer más de cerca lo que tenian por ruinas, sin que de su exámen sacaran provecho alguno.

Embebidas estaban en su contemplacion cuando oyeron detrás una voz que les decia:

—Niñas ¿quieren comprar pescado?

Volviéronse con presteza y encontraron frente á ellas un viejo de cabeza y barba blanca cubierto con un mal sombrero de palma y un trage de lona, que les ofrecia una canasta con varios peces.

—Gracias padre,—le respondió Elvira;—somos prisioneras y no tenemos dinero.

—¿Sois prisioneras de los mambises?—exclamó el viejo pescador. Yo tambien soy español, ¿puedo serviros en algo?

—Sí, pudierais saber á donde vamos y hacer llegar la noticia á nuestras familias.

—¿Cuáles son?

—Esta señorita—dijo Elvira señalando á miss Clara—es hija del cónsul ingles en Cuba y yo de D. Pedro Urracheaga.

—¿Qué es eso?—gritó Torres acercándose al grupo que formaban las dos jóvenes y el anciano.

—Nada—contestó este—las niñas querian saber á qué edificio pertenecian estas que creen ruinas, y yo les digo que son masas petróseas compuestas en gran parte de cobre negro de muy buena ley. Cuando usted ha venido les iba á contar la historia del Alcides cubano.

—Pues cuéntela, que tambien la escucharé con gusto.

El anciano pescador tomó asiento en una roca y habló de esta suerte:

—Esta ensenada fué testigo del heróico arrojo de un cubano, compañero mio, en un combate que sobre estas aguas se dió en los primeros años de este siglo.

En aquella época Inglaterra y España estaban en guerra y los barcos enemigos mataban nuestro comercio. Con objeto de pagarles con la misma moneda, se armó en Cuba un corsario de cuya tripulacion formé parte.

Nuestro barco era una goleta, fina velera y capaz de aguantar un huracan con todo el trapo izado.

¡Una verdadera alhaja!

Su tripulacion la componian cien jóvenes valientes y entusiastas, bien armados, que sabian perfectamente manejar las seis piezas de á ocho que teniamos á los costados de la goleta y una linda colisa de á doce colocada á proa.

Con estos elementos hicimos mil diabluras en el mar de las Antillas y tanto molestamos á los ingleses que dedicaron contra nosotros tres de sus mejores bergantines.

Uno de ellos nos encontró en esta ensenada y rompió el fuego contra nosotros. A pesar de nuestra inferioridad (pues ellos tenian diez y seis cañones) les contestamos tiro por tiro, durante una hora; pero nuestra goleta tenia tantas y tan considerables averías que el capitan nos propuso capitular.

Como más de la mitad de los tripulantes estaba fuera de combate, se aceptó la proposicion y se arrió la bandera. Pero un jóven llamado Ma-

nuel saltó á popa, cogió las drizas y volvió á izarla, con cuyo ejemplo, electrizados todos, rompimos el fuego contra los ingleses como si hubiéramos estado al principio del combate.

Al poco rato intentó el enemigo el abordaje, y aunque fué rechazado una y otra vez, el número venció y por fin pisaron nuestra cubierta.

Entonces empezó un combate terrible cuerpo á cuerpo en el que nadie pedia ni daba cuartel.

Manuel al pié del mesana con una pesada hacha de abordaje en la mano defendia la bandera con gran estrago de los enemigos.

Sin saber cómo silbó un lazo por el aire y cogiendo á Manuel, que ya era el único que se defendia, paralizó sus movimientos y lo derribó en tierra.

Entonces los ingleses que se precian de humanos, en vez de respetar tanto valor, lo degollaron bárbaramente.

—¿Todos los tripulantes eran cubanos?—preguntó Torres.

—Todos.

—¡Lástima de sangre derramada por defender á los godos!

El pescador se puso de pié y con enérgico acento replicó.

—Aquellos valientes se acordaban que sus padres habian nacido en España, que sus apellidos eran españoles, y morian contentos por su patria.

No se parecian á esos bandidos renegados de su orígen y de su nombre que asolan hoy nuestra hermosa isla.

—¡Perro español!—gritó Torres ébrio de furor. Voy á mandarte fusilar.

Y sacando el machete se arrojó contra el viejo pescador.

Pero éste, con una agilidad y un vigor impropios de su avanzada edad, hizo un rápido molinete con su vichero, y dejándole caer sobre la cabeza de Torres, lo derribó en la playa bañado en sangre,

—Id tranquilas, pobres jóvenes; no olvidará su promesa el viejo pescador, gritó éste á las prisioneras mientras saltaba á su lancha, y largaba la vela.

Todo esto sucedió tan rápidamente, que cuando los mambises acudieron en auxilio de su jefe, ya el audaz agresor estaba fuera de su alcance.

Miss Clara y Elvira, cediendo á la bondad de sus corazones, curaron la herida de Torres que no parecia peligrosa, y despues dieron gracias á Dios que habia permitido se salvara el valiente pescador, en el cual fijaban ya todas sus esperanzas.

Curada la herida, colocaron á Torres sobre un macho, y la partida emprendió su interrumpida marcha, apartándose del mar para trepar por las colinas que sirven de estribos á Sierra-Maestra.

Aquella noche acamparon á orillas del Monteverde, que es uno de los brazos del caudaloso Cauto, y al otro dia despues de atravesar las vastas sábanas de Jara y las fértiles campiñas que rodean á Bayamo, entraron en la capital de la insurreccion.

La ciudad presentaba un aspecto extraño de animacion y tristeza.

No habia tiendas abiertas, sino inmundos figones, donde una multitud abigarrada y turbulenta

chillaba, cantaba, bailaba, jugaba y consumia los más groseros manjares.

Ya no se veian á las puertas de las casas á las lindas muchachas de Bayamo, ni paseaban sus calles los elegantes del pueblo. Todo allí era suciedad, desórden y confusion de tipos, razas é idiomas.

Allí habia indios, negros, norte-americanos y chinos todos reunidos, para pelear contra España en defensa de la independencia de un país que no era el suyo, pero sobre el cual vivian devastándolo. ¡Aves de rapiña que acuden atraidas por el olor de la sangre y la luz de los incendios; hombres sin Dios, sin patria y sin ley, que no viven sino del pillaje y de la ruina de sus semejantes!

CAPÍTULO XVI.

Expedicion guerrera.—¡Que se escapa el prisionero! —El muerto cedido.—Noticias positivas.—Geología y mineralogía.—Regreso á Cuba.—Nuevas noticias.

Como recordarán nuestros lectores, los voluntarios marcharon á Cuba suponiendo, segun los informes dados por los prisioneros, que la partida de Gervasio y Torres habia marchado á la villa del Cobre, á la sazon ocupada por los insurrectos.

La entrada de los voluntarios en Cuba precedidos del convoy y de los prisioneros cogidos á los mambises, fué un verdadero triunfo, que en cualquiera otra ocasion hubiera halagado el amor propio de nuestros héroes, pero volvian sin saber nada de las jóvenes, y esto les causaba un profundo disgusto.

Sólo Vicente se contoneaba en su caballo, tomando posturas marciales al mirar á las muchachas que salian á sus ventanas para ver pasar á los voluntarios.

Cuando llegaron al Tívoli, encontraron reunidos á D. Pedro y á Mr. Werry, á los cuales dieron cuenta detallada de la expedicion y de las esperanzas que tenian de hallar á las jóvenes en el Cobre.

—Pues á tiempo llegais—dijo D. Pedro,—mañana sale una expedicion para arrojar á los rebeldes del Cobre, y ahora mismo voy con mis-

ter Werry á hablar al general para que formeis parte de ella. Entre tanto, que descanse la gente hasta mañana.

Las gestiones de D. Pedro y del cónsul inglés dieron un completo resultado, y al otro dia se embarcaron los voluntarios en un vaporcito que atravesando la bahía los llevó al Cobre.

A los pocos disparos que hicieron los buques de guerra que acompañaban á la expedicion huyeron los insurrectos dejando libre la playa. Se hizo, pues, el desembarco con el mayor órden sin ser molestados por el enemigo que ocupaba una fuerte posicion en las alturas.

Cuando estuvieron en tierra las fuerzas españolas, el jefe que las mandaba las formó en tres columnas cuyos flancos protegian los voluntarios desplegados en guerrilla, y el ataque empezó con tal ímpetu, que los rebeldes á pesar de su número y de la ventajosa posicion que ocupaban, retrocedieron en desórden refugiándose en la poblacion, cuyas casas estaban aspilleradas y cerradas las calles por fuertes barricadas.

Allí la resistencia fue más séria, pero tambien tuvieron que ceder al disciplinado valor de nuestras tropas y al ardiente arrojo de los voluntarios, que sin hacer caso al fuego de los mambises, se arrojaron sobre las barricadas tomándolas al asalto.

César se apoderó de una bandera triangular en cuyo centro habia un sol rodeado de rayos multicolores,

Eugenio entre tanto no perdia el tiempo.

En todas partes se hallaba y en todas partes su terrible espada sembraba el suelo de cadáveres.

Cuando más empeñado estaba en el combate oyó la voz de Vicente que gritaba:

—Eugenio, ¡que se me escapa un prisionero!

Volvió Eugenio la cabeza admirado de que Vicente se atreviera á tanto, y no pudo menos de sonreir al ver á su amigo á quien un insurgente, que parecia jefe, tenia cogido por el cuello y procuraba arrastrar fuera del pueblo.

En dos saltos estuvo á su lado y ántes que el jefe rebelde pudiera ponerse en defensa, le atravesó el pecho de una estocada.

El insurgente cayó y Vicente libre ya, se volvió á Eugenio diciéndole con cierto mal humor:

—¿Por qué le has dado muerte? ¿No comprendistes que mi intencion era cogerlo vivo?

—Pues chico, francamente, las trazas rebelaban que el prisionero eras tú.

—No tal; me agarraba por el cuello para ver si lo soltaba, pero yo me mantenia firme y si no llegas...

—Si no llego te vas con él y no te volvemos á ver más.

—Antes lo mato que dejarlo escapar.

Era un prisionero importante, añadió registrando el cadáver, su captura me hubiera dado mucha fama.

Aquí tiene unos papeles. ¡Ves desgraciado, era un general!

—Es verdad, el general dominicano Marcano!

— El jefe de los rebeldes?

—El mismo.

—¡Y pensar que por tu causa no lo he cogido!— dijo Vicente arrancándose los cabellos.

—Calla tonto; ¿quién te impide decir que lo has

matado tú? Yo por mi parte te cedo el muerto.

—En rigor yo he sido causa de su muerte.

—¿Quién lo duda? Pero veamos los otros papeles,—añadio Eugenio leyendo.

«República federal cubana.—Ciudadano general: En vista de la comunicacion que V. me dirige fechada en el Cobre el 26 del corriente mes, he dado orden de marchar en socorro de esa Villa á todas las fuerzas disponibles, y áun cuando para socorrer á V. me he quedado sin gente, espero de un dia á otro á los ciudadanos Torres y Gervasio cuya llegada me permitirá enviar á V. más fuerzas si fueren necesarias.

Mántengase usted hasta el ultimo extremo y el triunfo es nuestro. Salud y fraternidad.

CÉSPEDES.»

—Chico esto es importante.

—¿No lo decia yo?

—Corramos á buscar á César; ya sabemos dónde está su hermana.

Mientras esto sucedia, los mambises abandonaron la villa, que fué ocupada por nuestros soldados.

El brigadier que mandaba la expedicion dió públicamente las gracias á los voluntarios, por su brillante comportamiento, y especialmente á César por la bandera que habia cogido, y á Vicente á quien todos admiraban por haber dado muerte en combate personal al general dominicano.

El antiguo escribiente no cabia en sí de gozo, y viendo las alabanzas que todos le prodigaban llegó á persuadirse de que realmente se habia portado como un héroe.

Como el dia estaba muy avanzado, se acampó en el pueblo.

César y Eugenio durmieron aquella noche tranquilos y se levantaron satisfechos, pues ya podian llevar noticias seguras del paradero de las prisioneras.

Vicente soñó que era un gran guerrero; al oir su nombre huian espantados los mambises; el capitan general le daba el mando en jefe de la isla y el gobierno español lo declaraba benemérito de la patria y le daba para él y sus descendientes el título de duque del Cobre.

Al amanecer se tocó diana y las tropas expedicionarias se embarcaron dejando en la villa una fuerte guarnicion.

Mientras atravesaban la bahía, se lamentaba Vicente de no haber podido visitar las minas,

—¿Piensas comprar algunas acciones?—preguntó Eugenio.

—No; pero cuando vuelva á España y diga que me encontré en el ataque del Cobre, me preguntarán naturalmente por las minas.

—¡Ya! tú quieres contar tu singular combate con el general dominicano, dando á tu narracion color local.

—En todo caso no mentiré—dijo algo amostazado Vicente,—ya vistes que si no es por mí se escapa.

—No te sofoques, hombre; yo he visto cómo le tenias cogido. Pregúntale á César y él nos dirá algo sobre las minas.

—Voy á complaceros, y así pasaremos el tiempo durante el viaje.

Poco se sabe de la geología y mineralogía de

este país por impedirlo la lozana vegetacion que cubre su suelo, presentando á la vista del viajero un intrincado laberinto de troncos y ramas de cuya espesura y resistencia no se tiene idea en Europa.

Sin embargo, Humboldt, que es el único que más detenidamente ha estudiado las Antillas, dice que su terreno está cubierto de formaciones secundarias y terciarias al través de las cuales atravesaron algunas rocas de *granito-gneis*, de *syenita* y de *eufotida*.

Toda la parte central y oriental de la isla ofrece dos formaciones de calcárea compacta, una de *grés arcilloso* y otra de *gypso*. La primera es blanca ó de un amarillo claro, de fractura mate, ya lisa, ya conchoide, con algunos riñones frecuentemente huecos, de *silex pyromaco* y petrificaciones. La otra se parece á los lechos esponjosos de la calcárea jurásica de Franconia, cerca de Dondorf.

En estos lechos compactos y cavernosos se encuentran nidos de hierro pardo ocráceo y presentan grandes cavidades subterráneas donde se acumulan las aguas de las lluvias ó se sumergen rios importantes.

Las formaciones primitivas descuellan en varios parajes de la isla, siendo la porcion más elevada la que tenemos á la vista llamada sierra ó montañas del Cobre, de cuyo seno se sacan considerables cantidades de este metal.

Las minas del Cobre se empezaron á explotar en Enero de 1505, en cuya fecha envió el Emperador al Gobernador Ovando una carabela mandada por Juan Bermudez, de Palos de Moguer,

con todos los útiles par empezar la explotacion y 17 esclavos negros.

Las remesas de negros siguieron despues, y est es el orígen de la esclavitud en la isla.

—¿De suerte que el Estado benefició siempre las minas?

—No; en 1599 el rey hizo donacion de ellas á un tal Hernando Nuñez; despues pasaron por varias manos hasta que fueron embargadas por la Real Hacienda en 1668, en cuya fecha quedaron interrumpidos los trabajos, hasta que en 1782 se levantó el embargo, sin que por esto siguiera la explotacion, porque aunque la Hacienda devolvió la mina, sus pertenencias y 840 esclavos, parece que no entregó las tierras y utensilios, de suerte que los interesados no pudieron aprovecharse de ellas.

Ultimamente se ha formado una compañía anglo-española, que extrae el mineral y lo exporta á Inglaterra donde lo funden y benefician.

Los trabajos de las minas son magníficos y debieron ocupar una gran extension, pero los destruyen los frecuentes temblores de tierra.

El vapor tocó en el muelle donde esperaba casi toda la poblacion para felicitarlos por su victoria; pero los jóvenes voluntarios se esquivaron tan pronto como pudieron, corriendo al Tívoli á consolar á los padres de César,

Cuando éste los vió se adelantó gritándoles.

—¡Tengo noticias de las niñas!

—¿Dónde están?—preguntaron á la vez Eugenio y César.

—Esperad. Ayer se presentó en casa un viejo pescador y mostró gran empeño en hablarme.

Introducido en mi despacho, me dijo que habia encontrado á mi hija y á miss Clara en la playa de la ensenada Manuelita, y que segun supo por los que las acompañaban, se dirigian á Bayamo.

—¿Les habló?

—Les estuvo contando un combate marítimo á que asistió en otro tiempo.

—¿Y no le dieron nada para que fuera creido? —preguntó Eugenio.

—Ya le hice la misma observacion; pero me contestó que estuvo casi siempre presente uno de los jefes con quien tuvo despues una reyerta, la cual le obligó á meterse en su lancha y hacerse al largo para evitar el furor de los mambises.

—En cualquiera otra ocasion—replicó César, —hubiera acogido con desconfianza esa noticia; pero se parece tanto á la que traigo, que ya casi es imposible dudar.

Lea usted este oficio—añadió alargándole el cogido al general dominicano.

D. Pedro lo leyó con atencion, y devolviéndoselo á su hijo añadió:

—En efecto; esto tiene todo el sello de verdad. ¿Pero cómo ha venido á tus manos esa comunicacion?

—Este dato se lo debemos á Vicente, que lo ha recogido sobre el cuerpo del general Marcano.

—Muerto por él, ya me lo habia dicho el general, recomendándome que os llevara á comer esta tarde con él. Me ha dicho que os habeis portado admirablemente, y cada dia me alegro más de que hayais acompañado á mi hijo.

Eugenio y Vicente se inclinaron. D. Pedro prosiguió.

—Hoy comeremos con el general, puesto que es preciso; pero mañana partireis para Bayamo, y espero que no volvais á Cuba sin mi hija y la de Mr. Werry.

—Prometo á V.—dijo Eugenio—que esta vez, ó quedamos en el campo, ó volvemos con las jóvenes.

—Así lo creo,—respondió D. Pedro estrechando con efusion las manos de Eugenio,—y lo único que siento es no poder compartir con ustedes sus peligros y sus glorias.

Por ahora,—añadió alegremente—marchad á vestirse y apareced en la mesa del general tan buenos convidados como valientes soldados sois en el campo de batalla.

CAPÍTULO XVII.

A Bayamo.—La estancia abandonada.—El Cristo negro.—Jicoteas.—El plato nacional.—El plátano y la yuca.—Casabe y pan vegetal.—El hombre á la yerba.—¡Era un aura!

Al siguiente dia salió la partida de Cuba y tomó resueltamente el camino de Bayamo, donde ya tenian por cosa cierta que encontrarian á las prisioneras.

Sin embargo, no consistia todo en llegar á Bayamo; el caso era entrar en la ciudad y, lo que era más difícil, sacar de ella á las dos jóvenes.

La poca edad de los voluntarios, y sus recientes triunfos, les habian dado tal confianza en el porvenir, que jefes y soldados no dudaban un momento que lograrian sus deseos.

Animados con esta esperanza marchaban alegres durante todo el dia, y poco ántes de ponerse el sol llegaban á una hacienda donde pensaban pernoctar y racionarse.

Por desgracia, los insurgentes habian pasado por allí, como lo atestiguaban las ruinas aún humeantes de la casa y sus dependencias.

Aquella vasta posesion donde pocas horas ántes reinaria la alegría, el órden y el trabajo, estaba sumida en el más triste silencio, y en el desórden más espantoso.

Aunque contrariados los voluntarios por el destrozo de la casa que por de pronto les privaba

de abrigo y de alimento, porque de suponer era que los rebeldes su hubiesen llevado todo; decidieron pasar allí la noche, pero con las precauciones necesarias para no ser sorprendidos.

Ocupada la casa, los que no estaban de avanzada, empezaron á buscar algo que comer.

César llevó á sus amigos á un jardin que ocupaba la parte posterior de la casa y vieron que tambien habia sido devastado.

Vicente, que se habia aventurado en una calle de plátanos para recoger algunos de estos frutos, retrocedió dando un grito de terror.

—¿Qué es eso?—preguntaron sus amigos.

—¡Un... un... negro!

—¡Te asustas de un negro, tú que has dado muerte á un general!—dijo sonriendo Eugenio.

—No, no es un negro...

—¿Pues qué es? Acaba.

—¡Es un Cristo negro de verdad!

Los dos amigos seguidos de Vicente penetraron por la calle de plátanos y á los pocos pasos quedaron helados de espanto.

En una encrucijada que habia al pié de la alameda, se alzaba una tosca cruz hecha con las medio quemadas vigas de la casa.

En la cruz habia un negro crucificado y coronado de espinas.

A esta sacrílega imitacion de la muerte del Redentor no le faltaba nada, ni áun la lanzada en el costado derecho (1).

Cuando pudieron hablar los tres amigos retrocedieron de comun acuerdo, y llamando á algunos

(1) Histórico.

voluntarios, regresaron á la encrucijada, desclavaron el cuerpo del pobre negro y le dieron piadosa sepultura.

Cumplido este sagrado deber volvieron á la casa en cuya sala estaban amontonadas las provisiones que los voluntarios habian podido encontrar, consistentes en dos jutias, tres jicoteas y algunas docenas de biajacas y plátanos, yuca, calabaza, naranjas, limones y ají en abundancia.

—Vamos—dijo César cuando entró en la sala y vió las provisiones,—en esta bendita tierra nadie se muere de hambre. ¡Si tuviéramos siquiera un caldero!

—Aquí hay uno—dijo un voluntario,—y en un cuarto oscuro he encontrado veinte tortas de casabe.

—Pues ya tenemos lo que nos hace falta.

¡Ea muchachos! á encender pronto el fuego, y que uno vaya á buscar agua, que es lo único que nos falta para hacer un ajiaco delicioso.

Vosotros—añadió dirigiéndose á Eugenio y Vicente—tambien podeis ayudar. Mientras estos desuellan las jutias, podeis pelar las legumbres.

—Díme, César, ¿qué es lo que vamos á comer?

—En primer lugar un ajiaco que haremos con las dos jutias y estas verduras, y despues el pescado asado en las brasas y sazonado con jugo de limon.

—¿Nos vamos á comer eso?—preguntó Vicente señalando las tres jicoteas que estaban boca arriba esperando la muerte.

—Sin duda.

—Yo nunca he comido galápago.

—Ni yo.

—Estos no son galápagos aunque lo parecen á primera vista. Es, como el galápago, un animal anfibio, de un pié de largo, cubierto con un carapacho oblongo, pero tiene los dedos pegados hasta las uñas; come frutas é insectos, y su vitalidad es tanta, que su cabeza muerde áun despues de cortada.

—¿Pero pertenece á la misma especie de los galápagos?

—No. Esta es una especie particular del país y se la conoce con el nombre de *Emys rugosa*, al paso que los galápagos de los cuales difieren mucho, se llaman *Testudo*.

Si os repugnan, no estamos obligados á comerlos; yo tampoco pienso probarlos.

—Tenemos bastante con los peces y ese otro plato. ¿Cómo le llamas?

—Ajiaco.

—¿Se hace de todas estas frutas?

—Justamente.

—Pues mientras preparan la cena, dinos cómo se llaman.

—Corriente. El ajiaco se deriva del nombre de uno de los ingredientes que entran en su composicion; el ají, que es este pimiento larguito colorado que pica atrozmente. Despues se necesita carne de vaca ó puerco.

—O de jutias.

—Cuando no hay otra cosa todo es bueno, con tal que haya plátanos, yuca y calabaza; todo esto se cuece como la olla española y su uso es muy general en la isla.

El plátano ya lo conoceis: es cilíndrico, su cáscara varía de color segun la especie, y

su pulpa es blanca y de un sabor delicioso.

Además de los muchos usos que el arte culinario da al plátano, es un bonito árbol de adorno y útil al mismo tiempo.

La abejas liban la dulcísima miel de sus flores; sus anchas y hermosas hojas se aprovechan para muchos usos, y si algun dia en el campo os acomete la sed y el agua está lejos, dad una puñalada á uno de estos árboles, y de la herida abierta en su herbáceo tronco saldrá un chorro de agua fresca, diurética, y sumamente higiénica.

La calabaza es igual á la de Europa.

Esta es la yuca dulce; la ágria tiene un jugo venenoso, y se hace de ella el casabe y el almidon.

—¡Cómo!—gritó Vicente—¿con ese veneno se hacen estas tortas que vamos á comer?

—Tranquilízate. Estas tortas se llaman de casabe y es lo que sustituye al pan en este país. Puedes, por lo tanto, suponer que no tendrá veneno, cuando todos lo comen y á nadie hace daño.

Como veis es una torta circular, delgada, hecha con la raíz de la yuca ágria rayada, y exprimido el jugo venenoso de la planta; se cuece en el buren, que es una especie de horno tendido en vez de bóveda, sobre el cual y en moldes puestos al efecto, se echa la yuca rayada y preparada para que el fuego dé consistencia á las tortas de casabe.

—Pero vamos á comer, que ya está lista la cena.

—¿Qué os parece el ajiaco?

—Excelente; el casabe es el que no me gusta.

—En efecto—apoyó Eugenio,—tiene cierto

sabor áspero que no me agrada; está muy lejos de sustituir al pan de trigo.

—Antes de la venida de los españoles, los ciboneyes no conocian el trigo y confeccionaban estas tortas, tal como hoy se hace. Despues, las clases acomodadas sólo comieron el pan de trigo, y los negros, los pobres y los viajeros siguieron haciendo uso de casabe, el cual por la disposicion de sus tortas, puede guardarse en un espacio muy reducido, y dura además un año.

—¡Yo creí—dijo Vicente—que aquí crecia el pan en los árboles y que no habia que ir á la tahona para comer!

—Algo de eso hay, pero por desgracia el árbol del pan es muy escaso.

—Quisiera ver uno.

—Pues mira con atencion durante todo el camino, y si ves un árbol cuyo tronco se alza recto hasta unos 40 piés del suelo y con hojas hendidas de 18 á 20 pulgadas de largo, ese es él *Arto carpus incisa doméstica* ó árbol del pan, cuyos frutos, escabrosos por fuera, tienen el tamaño de una cabeza humana, y encierra unas almendras farináceas que asadas son muy sabrosas y nutritivas.

Terminada la cena se entregó cada uno al descanso, y al siguiente dia, poco ántes de amanecer, siguieron su marcha hácia Bayamo,

Cuando salió el sol entraron en una gran llanura cubierta de una yerba tan espesa y alta que sólo se veia de los caballos la cabeza.

—¡Cáspita que yerbas! cualquiera diria al vernos de lejos que estamos atravesando un charco verde.

—Esto si que les gusta á los caballos; el mio no hace más que tirar bocados á diestra y siniestra—observó Vicente.

—¿Cómo se llama esta clase de yerba?

—Yerba de Guinea; es silvestre, muy comun en la isla y muy útil, pues los ganados la comen con preferencia á toda otra.

Esta yerba... ¡Firme!... ¡Agárrate!—exclamó César al ver que el caballo de Vicente, espantado por una bandada de grandes aves negras que repentinamente se habian levantado de entre la yerba, corria por la llanura dando furiosos botes.

—Corramos tras él,—dijo Eugenio picando á su caballo, y ambos amigos se lanzaron á escape en seguimiento de Vicente.

Pero á los pocos pasos éste perdió los estribos y cayó en la yerba, que se cerró tras él sin dejar el menor vestigio del sitio donde habia caido; mientras el caballo, libre ya de su jinete, aprovechaba el abundoso pasto que casi enteramente le cubria.

—Alto,—dijo César deteniendo su caballo,—si corremos más podemos atropellarlo.

—Ha desaparecido como por escotillon. ¿Se habrá lastimado?

—No lo creo; es muy abundante la yerba y no debe haberse hecho daño.

—¡Vicente! ¡Vicente!

—¡Qué!—dijo una voz lejana y lastimera.

—Ven por aquí.

—¿Por dónde?

—Hácia poniente.

—¿Cómo he de saber donde está el poniente si no veo el cielo?

—Pues no te muevas de donde estás y grita á menudo, que nosotros te buscaremos.

Gracias á este arbitrio, en pocos minutos estuvo Vicente reunido con sus amigos.

—¿Te hiciste daño?—preguntó Eugenio.

—No, porque la yerba estaba muy blanda, pero cuando me levanté y me ví solo y sin poder casi dar un paso, porque me lo impedian los muchos tallos, empecé á entrar en cuidado.

—¿Qué temias?

—Que esos pájaros que asustaron á mi caballo bajaran y me devoraran.

—No ibas muy descaminado; pero ya está aquí tu caballo; monta y vamos á tomar el café al pié de aquellos árboles que se ven allá lejos.

—Sí, montaré, porque tengo gana de salir de esta yerba que me ahoga, pero no en ese caballo; me ha tirado ya dos veces y no quiero caer otra.

—Tienes razon.

Vicente cambió su caballo por uno de genio más tranquilo, y los voluntarios siguieron su marcha hasta el pié de unos enormes árboles que sombreaban un manantial.

Como el sitio era á propósito para un descanso, se hizo alto, y dando libertad á los caballos para que pastaran, los voluntarios sacaron las escasas provisiones que habian sobrado de la noche anterior y se pusieron á consumirlas.

Despues de haber cumplido con este precepto de la naturaleza, los tres amigos y algunos voluntarios salieron con sus carabinas á recorrer la llanura para ver si podian matar algo que les sirviera de cena á la noche.

Durante la caza, Vicente se apartó algun tanto de los cazadores, pero quedándose siempre á la vista de los centinelas, pues no queria exponerse á caer en una emboscada.

Vagando de esta suerte por el campo sin atreverse á tirar ninguna pieza, por parecerle siempre que estaban muy lejos, descubrió sobre unas peñas un hermoso pavo al cual se acercó muy despacito, y cuando ya estuvo bastante cerca disparó teniendo la satisfaccion de verlo caer.

Ufano por su destreza se arrojo sobre el pavo y, echándoselo al hombro, marchó con él al vivac donde esperó la vuelta de sus amigos, seguro de que no habrian hecho mejor caza.

Algun tiempo despues volvieron los cazadores cargados con muchas especies de aves, y Eugenio, al ver á Vicente que fumaba perezosamente reclinado, le dijo :

—No tienes vergüenza de estar ahí tendido mientras nosotros buscamos la cena.

—Yo solo—respondió con énfasis Vicente—he traido más que todos vosotros.

—¿De veras?

—Veamos tu caza,—dijo César.

—¡Héla aquí!—exclamó Vicente levantando un capote que cubria al pavo.

—¡Hermosa pieza!—repuso Eugenio, mientras César se reia á carcajadas.

—¿Por qué te ries?

—Porque te has vengado; has dado muerte á un aura, uno de los pájaros que espantaron á tu caballo.

César continuó riendo, acompañado esta vez por Eugenio.

—Con todo eso, no sé por qué os reís; me parece que aunque hayan espantado á mi caballo no por eso deja de ser una buena pieza.

—Pero desgraciado, ¿tú sabes en la pena en que has incurrido? ¿Tú sabes á quién has matado?

—A un aura,—respondió Vicente algo alarmado.

—¿Y no sabes lo que es un aura?

—Nó.

—Pues sentaos y os lo diré.

Los dos amigos tomaron asiento al lado de César.

CAPÍTULO XVIII.

Las auras.—Vicente maldito.—El agente sanitario.—El arriero.—Música volátil.—Los hijos del celeste imperio.—Esclavitud.

—El pájaro que ha matado Vicente, tomándolo por un pavo, se diferencia de este animal en que su pluma es enteramente negra, las tectrices de los remos ribeteados de pardo, sus mástiles blancos, negras las partes inferiores del cuerpo y grises las alas.

La cabeza tambien es roja, como la de los pavos, pero de un rojo violeta, y el pellejo está arrugado sobre el occiput. El pico es rosado amarillento en su base; el ojo es de color de carmin con un cerco azul en torno de la pupila, y los piés rosados.

Todas estas diferencias lo hacen distinguir del pavo, con quien no tiene punto alguno de contacto, y los naturalistas con sólo examinarlo ligeramente reconocen en él un *Cathartes*, llamado vulgarmente aura tiñosa á causa de su cabeza roja, que como veis es bastante asquerosa.

Este pájaro, que es muy comun en la isla, se encuentra en todas las latitudes de America, desde la zona tórrida, hasta las heladas regiones del polo Sur, siendo su vuelo tan rápido como el del águila y elevándose como ella desde las ardientes costas del Océano ecuatorial hasta 2.000 toesas

de altura sobre su nivel; es decir, cerca de las nevadas cimas de los Andes.

El aura es un funcionario público que ejerce un cargo honorífico y no retribuido, y lo desempeña con tal celo y tan escrupulosa honradez, que por ello obtiene el respeto de todos los americanos; así es que tú por haberla matado has incurrido ya en un severo castigo.

—¿Hablas sériamente?

—Ya lo creo. Si estuviéramos en el Perú pagarias cincuenta duros por haber matado un gallinazo, que es como allí les llaman.

—¡Caramba! ¿Y aquí qué multa se paga?

—Los patagones y los puelches la llaman *Tebeltebel* y se contentan con dar al matador doscientos golpes con un buen bambú.

—¿Pero y aquí?

—Los *guaranis*—prosiguió César sin hacer caso á Vicente cuya inquietud era visible—le dan el nombre de *Iribú Acapirai*, que significa cabeza pelada por la tiña, siendo de notar que hayan tenido al bautizarla el mismo pensamiento que los cubanos; y al asesino de uno de esos pájaros le cortan simplemente la mano derecha.

—Basta de historia, hombre; dime que castigo se impone aquí.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

—Aquí la maldicion.

Vicente respiró como si le hubieran quitado un enorme peso de sus hombros.

Eugenio prorumpió en una sonora carcajada, preguntando despues.

—¿Qué funciones ejercen estos animales?

—Tienen el servicio de policía en las ciudades y campos.

Para esto madrugan mucho, y desde que asoma el crepúsculo, empiezan á recorrer el espacio con majestuoso vuelo, cerniéndose á la manera de los gavilanes, para buscar su pasto, sin que se note en sus alas más que una oscilacion imperceptible. Su penetrante vista les permite distinguir de muy lejos los animales muertos ó inmundicias, y se lanzan sobre su pasto rápidas como un rayo.

Su descenso es una señal para sus compañeras que acuden en tropel á participar del festin, y en corto tiempo se reune una tropa numerosa y voraz que despedaza y consume el cadáver de un caballo ó un toro, destruyendo por consiguiente todo foco de infeccion.

—¿Y vosotros qué habeis matado?

—Aquí tienes nuestra caza; abulta ménos que la tuya, pero vale más.

—No conozco ninguna de esas aves, y creo que á Vicente le sucederá lo mismo; así pues dinos como se llaman.

—Con mucho gusto. Ésta, poco más grande que una alondra, gris, blancuzca, con aguas coloradas, es el *saurothera merlini*, y es poco conocida de los naturalistas.

El que la clasificó primeramente le dió el nombre de Merlini por consideracion á la señora doña Mercedes Jaruco, condesa de Merlin.

—¿Quien es esa señora?

—Una habanera célebre por su talento.

Este pájaro es indígena de la isla, de la cual nunca sale; y como veis, por el número de los que hemos cazado, es bastante comun.

—Si Vicente viene con nosotros, de seguro mata algunos, porque todos los que yo tiré se dejaban acercar mucho.

—Así es en efecto; y su vuelo, lento y embarazado por su larga cola, le obliga á posarse ordinariamente en las ramas más bajas, y desde allí acecha á los insectos de que se alimenta exclusivamente; lo cual hace que su carne no sea muy apreciada.

—Pero á todo esto no nos has dicho cómo se llama; pues supongo que ántes de clasificarlo tendria un nombre.

—Siempre se ha conocido en la isla con el nombre de arriero, porque con su canto imita perfectamente la expresion del que arrea.

—¿Y este animal tan bonito con el cuerpo negro y blanco, roja la garganta y el pecho negro, orlado de amarillo hasta debajo del vientre?

—Este es muy curioso. Mirad el vértice de la cabeza cubierto por un lindo birrete de carmin, orillado lateralmente de negro, el colodrillo amarillo pálido, así como los lados de la cabeza, sobre los cuales esta tinta forma una faja que pasa por debajo de los ojos.

Aquí teneis una hembra y un polluelo; aquella carece de fajas amarillas, y sus colores son más pálidos, predominando el blanco; este aún no ha vestido la ropa de su padre, y podria decirse que la que lleva puesta son los desechos de aquel, pues en ella se notan los mismos colores, pero más sucios.

Este pájaro es el *Picus varius* de Buffon, llamado por los criollos el carpintero, porque practica su nido en los troncos de los árboles, tala-

drándoles con su recio pico. La abertura es tan pequeña que apenas puede entrar el propietario, pero dentro la casa se ensancha todo lo que permite el árbol, y en el fondo hay una mullida cama de serrin, donde la hembra deposita cuatro huevos blancos, á fines del otoño; marchando con su cria á la primavera hácia la América del Norte, alargándose á veces hasta las regiones polares.

Este otro es el carpintero comun *Colaptes superciliaris* de Vigors; su color es blanco con algunas ligeras líneas trasversales negras; el centro del vientre de un hermoso rojo cercado de amarillo, cuyo color domina en el lomo; el pico es negro y azules sus piés. Esta es una variedad muy rara y me propongo guardar este ejemplar.

El *Colaptes superciliaris* ordinario es rojo, negro y amarillo, muy comun en la isla y muy salvaje; vive casi siempre en los bosques más elevados y espesos, bajando á tierra raras veces.

Todos sus movimientos son vivos, elegantes y acompañados por un canto que se puede expresar así.

Y César con la baqueta de la carabina trazó en la arena varias notas musicales que entonó despues repetidas veces remedando al ave.

Aquí teneis—prosiguió—una porcion de codornices rojas, blancas, negras, azules y amarillas que vosotros no conoceis porque es una especie comun de las Antillas, pero cuya carne es deliciosa.

Dos ó tres detonaciones lejanas interrumpieron la conversacion.

En un momento la partida estuvo á caballo y

marchó hácia los centinelas avanzados que se replegaban haciendo fuego.

—¿Qué es eso?—preguntó César.

—Poca cosa,—respondió un centinela;—una partida de colises que se nos vienen encima.

—¿Son muchos?

—Unos trescientos.

—¡Caramba!—exclamó Vicente,—vámonos pronto, ántes que nos corten la retirada.

—Los que se han de ir son ellos.

—¿Los vas á esperar?

—No.

—Claro está; esperarlos es una locura.

—¿Nos vamos á retirar sin decirles una palabra?—preguntó Eugenio cuya sangre ardia.

—Ni los esperamos ni nos retiramos; los vamos á cargar.

—¡Eso es hablar!—gritó Eugenio entusiasmado.

—¡Pero si son trescientos!

—Son colises.

—¿Y qué son colises?

—Chinos. Pero ya están aquí. ¡Fuego, muchachos, y á ellos!

—¡No hay cuartel!—gritó Eugenio.

Los voluntarios hicieron una descarga cerrada, y tirando de sus sables se lanzaron á rienda suelta sobre los colises, que al verlos se dispersaron como una bandada de alondras atacadas por un gavilan.

La persecucion duró, sin embargo, más de dos horas, al cabo de las cuales se detuvieron los españoles á orillas de un arroyo, despues de haber causado á los enemigos algunas bajas.

—¿Conoces ya á los colises?—dijo César apeándose de su caballo.

—Otra cosa creí yo que fueran,—dijo Eugenio.

—Y yo—añadió Vicente,—como ví trescientos, me figuré que tendriamos que sostener un terrible combate.

—Lo que no me explico es como hay en Cuba tanto chino,—observó Eugenio.

—Un pecado trae otro pecado y todos juntos la penitencia,—contestó César.

Los primeros pobladores introdujeron en Cuba la esclavitud, y éste fue un gran mal que trajo despues otros y otros.

Aquí se han acostumbrado á fiarlo todo en el trabajo forzado del esclavo, y nadie hace nada como no sea valiéndose de negros, como si esta raza hubiera de permanecer siempre en tan dolorosa situacion.

Cuando se prohibió la adquisicion de negros africanos y se empezaron á observar de buena fe los tratados, los agricultores de la isla, alarmados por la prodigiosa disminucion de los esclavos, empezaron á tratar de encontrar brazos libres que pudieran sustituirlos, pero entónces tropezaron con las ilusiones de los europeos que al venir á América lo hacen todos con la idea de volver á su patr a cargados de oro, y ninguno se aviene á trabajar la tierra como pudiera hacerlo en su país.

Los propietarios tampoco han tenido en cuenta que algunas de las tareas coloniales exigen una fuerza material considerable, y una atencion constante y esmerada.

Acostumbrados á exigir de los negros este tra-

bajo, han querido que los blancos lo hicieran, sin acordarse que hay máquinas que talan los bosques y arrancan los árboles con suma facilidad.

Estas dificultades hicieron que los criollos buscaran trabajadores asiáticos y los chinos llegaron á millares á la isla; pero, como los has visto en el combate, son en el trabajo, ladrones, perezosos y flojos, pero á la vez crueles y malvados.

—¿De suerte, que cuando las Córtes decreten la abolicion de la esclavitud, morirá la isla?

—De ningun modo. La experiencia ha demostrado que para los trabajos que exigen más inteligencia y constancia que fuerza muscular, son más útiles los blancos que los negros; y tanto es así, que en todas las Antillas se ocupan los blancos en esta clase de trabajos, y cuando están aclimatados trabajan tres veces más que los esclavos.

Las estancias y los potreros, así como las vegas de tabaco, las explotan sólo brazos de orígen europeo, los cuales jamás podrian ser reemplazados por negros, por ser imposible desarrollar en estos el esmero y asiduidad que reclaman dichas labores.

Ahora mismo que se dice que se dará libertad á los esclavos, todos los frutos de la produccion colonial han sufrido, excepto el tabaco, cuyo cultivo está asociado con la libertad del hombre.

La isla debe esperar de la organizacion del trabajo libre y nacional un gran desarrollo para su agricultura y economía rural, pues con la ayuda de las máquinas y atrayendo la corriente de españoles que van hoy á prodigar su vida y su trabajo al extranjero, donde siempre los me-

nosprecian y frecuentemente los maltratan, podrá conservar y mejorar todos sus cultivos, añadiendo á ellos el de la produccion de carnes, algodon y seda.

Como ya era tarde se colocaron los centinelas que la prudencia aconsejaba, y despues de cenar se entregaron al sueño los voluntarios.

CAPÍTULO XIX.

Alarma.—Ruido misterioso.—Un ejército de crustáceos.—Los caballeros.—El cangrejo de oro.—En marcha.—Más ruinas.—Los termes.—Ejército neutral.—Los nuevos Ícaros.

Los dos primeros tercios de la noche trascurrieron sin novedad, pero ya cerca del amanecer los centinelas dieron la señal de alarma disparando sus carabinas y replegándose al campamento, en el cual durante algunos minutos reinó la mayor confusion.

César y Eugénio lograron por fin hacer cesar el fuego que se cruzaba por todas partes, y formando á su gente esperaron en silencio la llegada del enemigo, cuyo número y fuerza no se conocian á causa de la densa oscuridad que aún reinaba.

Sin embargo, á lo léjos y en direccion al arroyo se sentia un ruido prolongado y uniforme que indicaba el paso de mucha gente por aquel sitio.

Como de un momento á otro podian ser atacados, convenia saber la clase y número de enemigos que se tenian delante, y para ello marchó Eugenio en descubierta con algunos voluntarios.

Iban á pié y en el mayor silencio, ocultándose detrás de los matorrales, hácia el sitio donde se oia el ruido, pero por más que estaban cerca, ni éste cesaba ni el enemigo parecia.

Al llegar á una playa cercana al arroyo, Eugenio y los que le acompañaban se detuvieron en los últimos matorrales.

Era extraño que el enemigo al oir los disparos siguiera su marcha sin hostilizar á los voluntarios; así pues, Eugenio empezaba á dudar que hubiera tales enemigos.

Sin embargo el ruido existia, y no sólo existia sino que se acercaba por momentos, distando poco de los exploradores que lo sentian casi á su lado sin ver quiénes lo producian.

De pronto uno de los voluntraios dió un salto y disparó su carabina; los otros le imitaron y al resplandor de los fogonazos se vieron los autores del misterioso ruido.

Eran simplemente cangrejos.

Pero no dos ó tres, ni ciento ni mil; si no millares de ellos que cubriendo la campiña marchaban hácia el riachuelo.

Su vanguardia, tropezó con los exploradores los cuales al sentirse cogidos por los piés, preocupados como ya estaban por el misterioso ruido, hicieron fuego.

Descubierta la causa de la alarma se retiró Eugenio con sus compañeros hácia el campamento, y á la mitad del camino hallaron á César que con el grueso de la partida acudia en su socorro.

Inmediatamente se encendieron algunas ramas de cuabas, que es un árbol resinoso muy abundante en el país y muy apreciado por la luz clara y perenne que dan sus ramas, y con ellas examinaron la falanje cangrejil, que avanzaba en masas cerradas, cubriendo una gran porcion

de terreno, y haciendo con sus millares de patas puestas en movimiento, un ruido igual al que produciria un escuadron de coraceros marchando al trote.

—¡Jesús cuánto cangrejo!—dijo admirado Vicente.

—Esta,—replicó César—es una especie propia de la América, muy parecida á la de los ocípodes que se encuentran en el Sur de África y de la cual se diferencian.

Muchos les llaman cangrejos de tierra y otros los han confundido con los *gecarcinos* bajo el nombre general de *tourlouroux*, pero en la isla se les conoce por el de jaibas.

—Mirad éste—dijo César cogiendo un cangrejo y mostrándoselo á sus amigos y á varios voluntarios que se habian agrupado para contemplar al prisionero.

—La especie propia de estos paises es más chata y más ancha que la africana, con la cual, por lo demás, tienen muchos puntos de contacto.

Los ojos se extienden en la mayor longitud de sus pedículos y forman una especie de masa. La tercera articulacion de sus piés-mandíbulas exteriores, forman un paralelógramo.

La cola de los machos es muy estrecha, y sus últimas articulaciones afectan la forma de un triángulo prolongado, mientras que las hembras tienen la cola ovalada.

Las tenazas son fuertes y cortas; con las pinzas en forma de un corazon invertido.

Este animal ha sido poco observado por los naturalistas, pero tiene las mismas costumbres que

su pariente africano á quien los antiguos dieron el nombre de caballeros *(eques)* porque corren con tal velocidad, que un hombre á caballo, apénas puede alcanzarlos.

—Tambien debian llamarlos alborotadores—interrumpió Vicente.—Pero ¿de dónde vendrán á estas horas y en tan gran número?

—¿Quién podrá responder á esa pregunta? Probablemente habrán ido cada cual por su lado á buscar su alimento, porque durante el dia permanecen encerrados en agujeros que practican á las orillas de los rios y los abandonan al ponerse el sol para regresar á ellos ántes de que salga; y á la vuelta se han juntado para venir en compañía. Pero esto no es más que una hipótesis, pues ya te digo que no se les ha observado lo bastante para saber por qué se reunen.

—Lo cierto es, que nos han dado un buen susto.

—Esto me recuerda un cangrejo de oro que hay en la catedral de Santo Domingo, colocado allí en memoria del servicio que estos apreciables crustáceos prestaron á la ciudad.

—¿Qué servicio fué ese?

—Uno parecido al que nos empezaron á hacer esta noche.

En aquella época sitiaban los franceses á Santo Domingo y tenian ya en bastante apuro á la ciudad, cuando una noche las avanzadas francesas sintieron un ruido semejante al que las nuestras han sentido.

Creyendo que era el ejército español que llegaba en auxilio de la plaza, hicieron fuego y se retiraron á las grandes guardias.

Sin embargo, el enemigo avanzaba rápida-

mente, y el ruido de sus pasos indicaba que iba en gran número. Las grandes guardias se aterraron; rompieron un fuego nutrido y se replegaron al campamento, donde introdujeron el desórden.

El enemigo marchaba en silencio, pero marchaba siempre.

Los sitiados al oir los disparos, creyendo tambien que iban á recibir un socorro, hicieron una salida, cargaron valientemente á los franceses, ya desmoralizados, y los derrotaron completamente, apoderándose de todo su material de sitio.

En vano despues de la victoria corrieron los sitiados por todo el campo de batalla en busca del ejército que atacó á los franceses.

No encontraron más que un ejército de cangrejos.

—¿Y los franceses huyeron ante algunos miles de cangrejos?—preguntó Vicente con aire desdeñoso.

—Me parece que tú—le contestó César—aunque has dado muerte en combate singular á todo un general, no estabas muy tranquilo hace un momento.

Como ya era dia claro, dió César la órden de montar á caballo, y la partida se puso en marcha por las campiñas de Bayamo sin que ocurriera nada notable.

A la tarde les cerró el camino una espesa valla hecha de un matorral espinoso.

—¿Conoces este arbusto?—dijo César acercando su caballo al de Eugenio.

—No, pero la forma de sus hojas indica que debe pertenecer á la familia de los naranjos.

—Como que son naranjos.

—¡Una cerca de naranjos!

—Son las mejores. Como ves son impenetrables, altas, y muy bonitas.

—¿Producen fruto?

—Sí, pero pequeño y muy amargo.

Estas naranjas que se llaman cajel, se cogen cuando están maduras y ensartando muchas en una cuerda, á modo de rosario, se depositan en una zanja que se abre en el sitio en que se quiere tener la cerca, y así crecen tan espesas.

—Eso da idea de la feracidad de este terreno.

Al poco rato llegaron los voluntarios á la entrada del recinto, que estaba abierta y penetraron en una extensa propiedad, tambien abandonada y con numerosos vestigios de que la destructora mano de los mambises habia pasado por allí.

Al fin de una calle de plátanos se alzaban las ennegrecidas ruinas de un gran edificio.

—Otra casa quemada,—murmuró Vicente.

—Este es un ingenio,—respondió César;—en él vamos á establecer nuestro cuartel general, porque ya estamos demasiado cerca de Bayamo para avanzar más, y aquí concertaremos nuestro plan de campaña.

—Sea en buen hora,—dijo Eugenio echando pié á tierra á la puerta de la arruinada casa,—pero me parece que nuestro cuartel general no será muy cómodo, porque creo que no hay un solo techo en toda la casa.

—Ya los pondremos.

—Tiene César razon,—dijo Vicente;—árboles caidos no faltan por aquí.

—Esos no sirven.

—¿Por qué?

—Luego lo vereis, ahora voy á dar órden á algunos voluntarios para que techen la casa ántes que anochezca.

—¡Es posible!

—Esta noche duerme á cubierto toda la partida,—replicó César separándose de sus amigos para dar algunas órdenes.

Al cabo de algunos minutos volvió al lado de sus amigos, y les dijo:

—Vamos á aprovechar lo poco que resta del dia en recorrer nuestros nuevos dominios.

—Es verdad; siempre he tenido deseo de ver un ingenio.

—Hoy ya es tarde para satisfacerlo, pero mañana os lo enseñaré. Ahora voy á explicar á Vicente por qué no servian aquellos troncos derribados.

Aquí están, ¿qué notais en ellos?

—¡Que están todos apolillados!

—Yo veo en él hormigas,—añadió Vicente.

—Pues bien,—dijo César sentándose en un tronco y haciendo seña á sus amigos para que le imitaran,—estas se llaman comegenes. Son los *Termes hemerobius* de Linneo.

Estos que veis son propios de las regiones tropicales, y tambien les llaman bibijaguas, carias, hormigas blancas y otros nombres.

—Entónces no anduvo muy fuera de razon aquel que dijo:

> Murióse el cigarron, tendió las zancas,
> vinieron á picarle hormigas blancas.

—Ya sabes, Eugenio, que la poesía es una cosa y otra la ciencia. De todos modos, estos animalitos son en extremo curiosos, y hacen estragos incalculables en el campo y en las ciudades pudiendo decirse que la isla entera está minada por ellos.

Estos insectos que veis aquí, solamente en estado de larvas, forman una sociedad perfectamente organizada en la que nada falta.

Cuando se resignan á vivir en la tierra construyen pueblos pintorescos compuestos de multitud de conos ó torrecillas que por su forma, tamaño y resistencia parecen hechas por la mano del hombre; pero ordinariamente eligen su habitacion en los árboles, vigas y muebles de las casas y en general en todas las sustancias leñosas.

Elegido el sitio donde se ha de establecer una colonia, empiezan á construir galerías, minas, contraminas, calles y plazas con tanta profusion que áun cuando el madero parece intacto, pues nunca atacan las paredes exteriores, cuando sólo queda la corteza, el árbol se cae, las vigas fallan arrastrando el techo, y los muebles se deshacen sin dejar más que polvo.

Vaya un bicho incómodo.

—Si tuviéramos un microscopio veriais que no tienen alas, pero más tarde les crecerán unas nerviosas finas y matizadas con delicados colores.

Cuando están como ahora en el estado de larvas es cuando hacen tantos destrozos; y en su colonia habita otra especie llamada neutral que Fabricius tomó por ninfas, pero que en realidad no son más que la fuerza armada de la colonia.

Estos tienen la cabeza más larga, las pinzas fuertes, y están siempre de guardia á la entrada de la madriguera para defenderla de todos y contra todos, pues estos valientes soldados ni miran el peligro ni cuentan los enemigos.

Grande ó chico, el que se acerca á la madriguera tiene que sostener una terrible lucha contra estos militares fieles á su consigna.

Sucede muchas veces que salen los termes de caza y encuentran á algun animal vivo que no está de humor de dejarse conducir pacíficamente al hormiguero para servir de pasto á las hormigas.

Entónces una se separa del grupo.

Pero no creais por eso que es una perezosa ó tímida que abandona el combate.

Es simplemente un ayudante que el jefe de la expedicion manda en busca de auxilios al cuartel general.

Llega allí el ayudante, se pone en comunicacion con los soldados por medio de sus antenas y al punto salen gran número de estos; corren al lugar del combate, y arrastran al enemigo vencido hasta el fondo del hormiguero.

Sin embargo, en la sociedad de los termes así como en todas las sociedades posibles, hay holgazanes y calaveras, que perturban el órden. Pero si esto sucede, los neutrales acuden inmediatamente, y sus largas pinzas hacen entrar en vereda al descarriado terme. Pero llega un dia en que la larva se transforma en insecto, le crecen alas y abandona la colonia por la noche en compañía de otros que se hallan en su mismo caso; pero al salir el sol se secan sus alas, y los pobres

insectos, despues de haber sido Ícaros durante una noche, caen para ser devorados por los pájaros, lagartos, y otra porcion de enemigos que los esperan entre la yerba.

—¿No te parece, chico, —dijo Eugenio—que esas hormigas que pagan con la vida el placer de elevarse por un solo dia del suelo donde se arrastran sus semejantes, son la imágen de los ambiciosos que quieren ser más que sus hermanos y no logran levantarse del polvo sino para que su caida sea mayor?

—Así es en efecto,—replicó César.—La naturaleza es un gran libro en el cual encuentra el hombre estudioso y reflexivo la imágen de todos nuestros vicios y el ejemplo de todas nuestras virtudes.

CAPÍTULO XX.

Un techo improvisado.—Esperma vegetal.—Los bohíos.—Napoleon el grande y las remolachas.—Cañas de azúcar.—Sal india.—Elaboracion.

Al ponerse el sol volvieron á la casa que se encontraba ya perfectamente techada.

—¿Se puede saber qué materias has empleado para cubrir tan pronto la casa y en qué almacen las has encontrado?

—Fácil es satisfacer tu curiosidad. El almacen de donde he sacado los materiales que componen el techo de nuestro cuartel es toda la isla, y las materias empleadas son vegetales.

Como veis, se han suplido las vigas que faltaban con árboles jóvenes y sobre ellos se han colocado capas superpuestas de guano.

—¡Pero hombre, no vamos á poder resistir el olor!

—¿Por qué!

—Por el guano.

—No temas—respondió César sonriéndose,—la palabra guano no tiene en la isla la significacion que estás acostumbrado á darle.

En los tres departamentos se entiende esta palabra sola, en sentido lato, por cualquiera especie de la familia de las palmas, á excepcion de la real, coco, corojo y dátil. Son sumamente útiles, no sólo porque sirven para cubrir las casas que no pueden usar otros materiales, y tejer cestas y

serones, si no porque gracias á ellas tendremos esta noche excelentes bujías.

—¿Que tendremos bujías dices?

—Luégo iremos al cuarto inmediato donde las están fabricando y las verás hacer; por ahora vamos á concluir con la descripcion de nuestro techo.

Como dije ántes, se cubre con capas superpuestas de guano, ligando con las mismas hojas unas ramas á otras y teniendo cuidado de que la parte más gruesa de las ramas esté hácia arriba y cubierta en casi toda su longitud por otra rama, lo cual hace que al llover escurra el agua por las hojas, sin que pueda penetrar en la vivienda.

Pero como las últimas ramas, esto es, las que están inmediatas al caballete no pueden ser cubiertas con otras, se cobija esta parte del techo con una especie de cuero que produce la palma real y al cual llaman yagua.

Este cuero está pegado á la penca ó rama del árbol. Tiene por lo regular dos varas de largo por una de ancho y su grueso, en el medio longitudinal, es de media pulgada y va adelgazándose por las orillas.

Esta especie de hoja es consistente, elástica, hebrosa á lo largo, blanca, amarillenta y suave por un lado y verde por el otro, pero con el tiempo toma un tinte general bastante tostado.

Todas las lunas brotan del tronco de la palma una penca y una yagua que cae despues por sí sola, y esto os explicará cómo habiendo por aquí tantas palmeras, ha sido tan fácil á los voluntarios cubrir la casa.

Vamos ahora á la pieza inmediata y vereis cómo se hacen las velas.

Cuando entraron nuestros amigos en el improvisado taller, unos voluntarios estaban ocupados en hacer torcidas de algodon, otros sacudian unas pencas de guano que soltaban un polvillo blanco que recogian sus compañeros y derretian en una sarten, para echarlo despues en unos moldes de bambú donde se coagulaba.

Despues se rompia el molde y quedaba hecha una vela bastante perfecta.

Eugenio cogió una, la encendió y no pudo ménos de confesar que podia competir con la más exquisita esperma.

Al dia siguiente César, fiel á la palabra que habia empeñado á sus amigos, los llevó á visitar el ingenio.

—Esta que habitamos—les dijo,—era la casa del amo del ingenio y donde vivian los empleados. Delante de la casa, si el fuego no las hubiera destruido, veriais una porcion de chozas hechas de palos largos y flexibles, entretejidos, tapados con barro los intersticios y cubierto el techo con guano y yaguas.

Estas chozas se llaman bohíos y cada una tenia detrás una especie de cercado que los negros cultivaban en sus horas de descanso, aprovechándose de sus productos, pues cada choza con su cercado era propiedad de una familia negra.

Aquel edificio grande que veis allí es el ingenio propiamente dicho, pero ántes de visitarlo quiero deciros dos palabras sobre el cultivo del azúcar.

El azúcar entra en la composicion de muchas plantas, en mayor ó menor cantidad, siendo las

más abundantes en esta sustancia la chirivía, la acelga, las pasas y la remolacha, que contiene un 10 por 100 de materia sacarina.

—He oido decir que los franceses usan mucho el azúcar de remolacha.

—Así es la verdad, y su introduccion en francia se debe á una guerra.

En 1605, un célebre agrónomo francés, Olivier de Serre, señaló la presencia del azúcar en la remolacha.

Más tarde, en 1747, el sabio químico aleman, Margraff, completó el análisis de la remolacha; pero como en aquella época el Brasil, las colonias holandesas en América, las posesiones francesas y las Antillas surtian con abundancia los mercados de Europa, y los derechos que entónces pagaba el azúcar eran insignificantes, el descubrimiento de Margraff quedó consignado como un hecho curioso, pero sin aplicacion.

Más tarde, un químico de Berlin llamado Achard, apoyado por Federico el Grande, siguió haciendo estudios sobre la remolacha, publicando en 1795 una luminosa memoria en la cual enumeraba todas las ventajas que se podian sacar del cultivo de la remolacha, tanto bajo el punto de vista agrícola como bajo el punto de vista industrial.

En 1799 el incansable sabio presentó al rey de Prusia varias muestras de azúcar indígena, que fueron aprobadas por una comision que se nombró para examinarlas.

Por esta época, en el año VIII de la República francesa llegó á Francia la fama de los resultados obtenidos por Achard, y en seguida se comprendió

toda la importancia del descubrimiento, viendo en él un modo de escapar del monopolio industrial y comercial de Inglaterra.

En 1810 la guerra con la Gran Bretaña y el bloqueo continental, elevaron el precio del azúcar hasta 6 pesetas la libra, y desde entónces ofreció pingües beneficios la nueva industria.

Se hicieron ensayos oficiales y por un decreto de 1812 se establecieron escuelas de química y fábricas imperiales para la extraccion de azúcar de remolacha, llegando esta industria á tomar tales proporciones, que hace pocos años se recogian en Francia 100.000.000 de kilógramos elaborados en 300 fábricas.

Las cañas de azúcar pertenecen á la familia de las *gramineas* siendo su nombre científico el de *arundo saccharifera*. Su altura média varia desde 2 á 6 metros, siendo su diámetro de 41 milímetros.

En la isla, se entiende siempre por caña la de azúcar, y sus varias clases se distinguen por nombres especiales.

Asi, la caña criolla es la más delgada y tierna, que por estas circunstancias se reserva para comer; y la de Otahiti, que es gruesa y jugosa, sirve para beneficiarla en los ingenios.

El tallo de la caña es pesado, quebradizo y verde amarillento, acentuándose más este último color cuando se acerca á la madurez.

Como sucede en todas las especies de cañas está dividida por nudos salientes circulares, cuyo plano es perpendicular al eje del tallo, y de cada uno de estos nudos parten hojas que caen á medida que el tallo madura.

—Aquí teneis cañas—prosiguió cogiendo algunas de un haz que traia un voluntario.

Quitándole la parte superior que es la ménos jugosa, el resto constituye para el hombre un dulce exquisito, y con las hojas y la parte superior que se corta, tendrán nuestros caballos un verdadéro festin.

—¿Cuánta azúcar tienen las cañas?—preguntó Eugenio.

—Segun los análisis hechos por los eminentes químicos señores Péligot y Dupuits, el jugo de la caña contiene de 17 á 21 por 100 de azúcar cristalizable; y además sales, sílices y un poco de aceite que sirve para hacer distinguir el azúcar de caña del de remolacha.

—De suerte—dijo Vicente,—que ántes de descubrir la América no se conocia el azúcar en Europa.

—Al contrario; en América no se ha conocido el azúcar hasta que vinieron los españoles.

—¿Vino acaso de España esa planta que tan pingües productos da á la isla?

—Ciertamente; pero no es español su orígen, que se pierde en la noche de los tiempos.

Hay quien pretende que es originaria de la China, donde se cultivó por más de dos mil años ántes de que fuera introducida en Europa, y que no fué conocida por los antiguos egipcios, griegos ni romanos, pero esto no debe ser cierto, porque los antiguos hablaban de ella bajo el nombre de *sal india*.

Theophraste, en un fragmento conservado por Photius, dice hablando de la miel, que la tercer especie sale de unas cañas.

Archígenes, célebre médico griego que ejerció su profesion en Roma durante el reinado de Domiciano, dice que la *sal india* se parece por el color y la dureza á la sal ordinaria, pero por su sabor dulce se parece á la miel.

Dioscórides, que murió ántes que Plinio naciera, escribió que en la India y la Arabia feliz, se daba el nombre de azúcar á una especie de miel sólida producida por unas cañas.

Al principio fué el azúcar una golosina bastante cara, y sin más aplicacion que para la medicina; pues como dijo Plinio *ad medicinæ tantum usum*.

Los árabes aclimataron la caña en Egipto, y de allí la llevaron á España desde donde vino á la isla.

—Me extraña que, dándose esta preciosa planta en España, todo el azúcar que allí se consume sea de América.

—No es del todo exacto lo que dices. Andalucía produce bastante azúcar; pero aunque seas peninsular, has de convenir conmigo en que tus paisanos son un poco indolentes; pues de otro modo podian sacar pingües productos de la caña de azúcar y de otras plantas, como el algodon, por ejemplo, que pueden aclimatarse en España, y sin embargo, muy pocos se cuidan de cultivarlas.

—No te negaré—replicó Eugenio—que los españoles son bastante indolentes; pero tambien lo han sido los gobiernos que jamás han pensado en aclimatar en nuestro país plantas é industrias que en un momento dado nos hicieran independientes del tributo que hoy pagamos á otras na-

ciones. Yo por mi parte estoy firmemente persuadido de que concediendo primas á los que establecieran en España cañaverales ó plantíos de algodon se lograria estimular á los agricultores.

—Esas son teorías impracticables. Mientras España sea el país de los empleados, no se puede esperar en ella ningun adelanto.

Por lo tanto volvamos á nuestras cañas.

Su plantacion es un trabajo sumamente penoso. Es preciso preparar la tierra convenientemente, hacer despues hoyos cuadrados en filas á distancia de vara y media uno de otro; y en estos cuadros se planta la caña, sirviendo para esta operacion puntas de cañas viejas como de media vara de larga; pero es preciso dejarlas ántes en remojo por veinticuatro horas, pues si nó es más difícil que arraigue la nueva planta.

La lluvia es muy esencial para el crecimiento de la nueva planta, por lo cual es casi inútil hacer el plantío en tiempo seco; pero si es favorable, se llevan los haces al campo y se plantan dos ó tres puntas en cada hoyo, tendidas y de modo que salgan los extremos por cada lado del hoyo y luego se cubren con tierra. Al mismo tiempo se abren zanjitas de hoyo á hoyo como de media tercia de hondo.

—¿Cuánto tiempo tardan las cañas en estar á punto de ser cortadas?

—Eso será segun el clima; lo general es de once á doce meses, y la mejor prueba para conocer si la caña ha llegado á su debida madurez es exprimir el jugo de una planta y exponerlo al sol para que se evaporen las partes acuosas, y si el jugo evaporado se cristaliza presentando resis-

tencia al tacto, es señal de que las cañas están maduras, y entónces empieza la zafra, cuyo nombre comprende no sólo la corta de la caña sino su molienda, elaboracion y envase.

La operacion de cortarlas se practica del siguiente modo:

Primero se cortan las puntas de las cañas que han de servir para plantar, y atadas en hacecillos se reservan aparte, y luego se corta la caña limpiándola al propio tiempo de sus hojas.

—¿Y cómo se dan á los caballos las puntas que sirven para plantar?—preguntó Vicente.

—Las que se reservan para plantar son las escogidas, y las de desecho son las que se dan á los animales.

Ahora vamos al ingenio. Desgraciadamente aquí todo está destruido, pero por lo que veo este ingenio lo movian con bueyes; ya hay muchos en la isla movidos por el vapor, pero el mecanismo, sea cual fuere la fuerza motriz, es el mismo, y se limita á lo que os voy á describir ligeramente.

Las cañas se prensan en tres cilindros de piedra ó hierro colado puestos en movimiento por un motor cualquiera mecánico ó animal.

Este aparato completo del cual veis aquí los restos se llama *trapiche*. Estos cilindros que se llaman mazas, al girar á un tiempo exprimen el jugo de la caña, que se llama *guarapo* y arrojan por el otro lado las partes leñosas de la caña desprovista ya de todo jugo y fina como la hoja de un papel.

Este resíduo se llama *bagazo* y sirve despues como leña.

Debajo de los cilindros hay una canaleta que recoge el *guarapo* y lo conduce á un depósito colocado al lado del ingenio.

Desde el depósito hasta la casa de calderas, que es ésta donde vamos á entrar, hay dos filtradores de madera para limpiar el *guarapo* de las partes leñosas que aún contenga y pueda pasar sin obstáculo á un tubo de metal por donde corre á las calderas donde se ha de hervir.

En las calderas se cuece el *guarapo* hasta que casi hierve y se le mezcla alguna cal, con la que suben á la superficie la mayor parte de las impurezas que contiene.

Por medio de esta llave pasa de esta caldera que se llama clasificadora á esta otra donde se espuma hasta que queda trasparente; despues pasa á las pailas grandes de evaporacion y en ellas se vuelve á repetir la misma operacion, espumando y evaporando constantemente el líquido hasta que se espesa, y hay que pasarlo con un cucharon dol de se evapora de nuevo, y así sucesivamente hasta que pasa por dos pailas más.

Entónces queda hecho el azúcar que se lleva á esas grandes barricas donde están por espacio de cinco semanas escurriendo el melote que contiene todavía, y cuando lo ha escurrido todo se tapan y aseguran las barricas para la exportacion.

Y ahora como ya es tiempo de almorzar, volvámonos á la casa, y en la mesa trazaremos nuestro plan de campaña.

CAPÍTULO XXI.

Plan de campaña.—El general en jefe.—El pescador alado.—Una antigua conocida.—Sorpresa.—El ayudante de Céspedes.—El grito del cernícalo.—Evasion.—La entrada misteriosa.

Despues de pesar detenidamente el pró y el contra de cada uno de los planes que nuestros héroes presentaron para penetrar en Bayamo, quedaron conformes en que lo más prudente era saber primero si las jóvenes prisioneras estaban en aquella ciudad, y despues en qué sitio las tenian encerradas y si seria fácil dar un golpe de mano.

Para este servicio, se prestó voluntariamente uno de la partida, jóven y ardiente criollo en cuyo patriotismo y honradez se podia fiar tanto como en su conocido valor.

Para ir á Bayamo, tomar las noticias que se deseaban y volver, pidió el jóven voluntario tres dias, que nuestros amigos decidieron aprovechar cazando en los bosques y llanuras que rodeaban al ingenio.

Vicente, á quien su aventura con el aura habia valido muchas bromas de sus amigos, no quiso acompañarlos bajo el pretexto de que no era prudente dejar sola á la partida cuando tan cerca se hallaban del enemigo.

—Corriente,—le replicó César;—te nombro general en jefe, y te encargo que nos tengas

preparada una buena comida para cuando volvamos.

—Sobre todo,—añadió Eugenio,—no vayas á darnos un guiso de aura.

Vicente entró en la casa sin contestar, y los dos amigos, echándose las carabinas á la espalda, se alejaron con ese paso rápido y seguro peculiar de los cazadores.

—Propongo,—dijo Eugenio cuando ya se habian alejado un buen trecho de la habitacion,—que no tiremos sino piezas grandes.

—Corriente, no tiraremos sobre ningun bípedo alado menor que una gallina, ni sobre ningun cuadrúpedo menor que la jutia.

—Pues empecemos la caza.

—Buena suerte,—dijo César separándose de su compañero unos treinta pasos. Ambos cazadores siguieron por el campo con la escopeta lista y el ojo avizor.

Al cabo de media hora, Eugenio hizo un disparo y recogió una pieza.

—¿Qué has matado?—preguntó César acercándose.

—Esto,—respondió enseñando á su amigo un ave de regular tamaño, adornada la cabeza con un hermoso plumero verde con reflejos metálicos, cuyo color dominaba en todo el cuerpo vistosamente combinado con blanco y amarillo.

—Bonita pieza, pero de poco provecho para la cena.

—¿Cómo se llama?

—Es una *Ardea virescens*, pero vulgarmente se llama Aguaitacaiman.

Esta especie ha dado mucho que hacer á los

naturalistas, porque cambian de traje segun su sexo ó edad, así es que las han dado mil distintas denominaciones. No es muy viajera y todo lo más que se aleja de la isla, es para veranear en Nueva-Yorck de donde regresa en cuanto se empiezan á sentir los primeros frios.

Se ocupa en pescar en todos los rios de la isla, desplegando en este ejercicio una paciencia notable.

Encaramada en una piedra, con los ojos fijos en el agua, no pasa á su alcance un pececillo, un reptil ó un crustáceo de agua dulce sin que lo coja diestramente con su largo pico y lo sepulte en su estómago.

Cuando ya está cansada de pescar ó su apetito satisfecho, levanta el vuelo y va á buscar su nido en el árbol más elevado que se encuentra en el seno de los bosques.

—Escucha.

—Oigo una voz nasal, récia y penetrante.

—Pues esa es la música más grata que puede oir un cazador.

Avanza con cuidado.

Los dos amigos se encorvaron de suerte que la yerba los cubriera, y avanzaron con precaucion hácia donde habian oido el canto.

Pero cuando á su parecer ya estaban cerca de los cantores, estos alzaron su vuelo.

Los dos amigos dispararon á un tiempo contra la fugitiva banda, y un solo pájaro cayó revoloteando sobre la yerba, mientras que sus compañeros se posaban á alguna distancia en las ramas de un árbol.

—Aquí tienes,—dijo César cogiendo el pája-

ro,—la *Numida Meleagris*, que segun Cuvier era la gallina de Meleagro de los antiguos.

—Y que vosotros llamais gallina de Guinea.

—Exactamente.

—Confieso que desconocí su canto; pero su color ceniciento oscuro sembrado de puntitos blancos, los apéndices carnosos que le cuelgan de una y otra parte del pico, y su cabeza calva adornada de una prominencia ósea que se encorva hácia atrás, me han hecho reconocer en ella las gallinas que hay en el corral de tu casa, pero no sabia que fueran salvajes.

—Es muy propensa á hacerse montaraz, y los campos de Cuba están llenos de ellas; propaga mucho y anda en bandadas por el suelo, pero alza el vuelo, aunque corto, cuando se siente perseguida, y esperan despues como las que tenemos á la vista creyéndose seguras cuando han puesto algunas cuantas varas entre ellas y el cazador.

—Pues vamos á darles un desengaño.

—Andando,—contestó César acercándose con precaucion á los árboles;—pero descubiertos sin duda por la banda, ésta alzó el vuelo, é internándose en el bosque se posaron en las ramas de un mango cuyos frutos empezaron á picotear.

Esta vez los cazadores supieron disimular mejor su marcha, y acercándose á tiro derribaron dos pájaros.

Casi al mismo tiempo salieron de entre los árboles una veintena de mambises, y una bronca voz les gritó:

—Abajo las armas.

La resistencia era inútil; los dos amigos tenian

descargadas las carabinas, y no tenian más armas que sus machetes.

¿Qué podian contra 20 hombres preparados á fusilarlos al primer ademan que hicieran?

Nada.

Así lo comprendieron los jóvenes, y soltando las inútiles carabinas, se cruzaron de brazos esperando con valor y dignidad la suerte que les estuviere reservada.

El jefe de los insurgentes les mandó que lo siguieran, y se internaron en el bosque hasta llegar á un claro donde estaba acampado el resto de la partida que se componia de unos 200 hombres de todos colores y razas.

Al anochecer se pusieron en marcha dirigiéndose al ingenio que pensaban sorprender, pero fueron descubiertos por los centinelas, que rompieron el fuego, empeñándose un vivo tiroteo que los dos prisioneros, detenidos en la linde del bosque y vigilados por algunos hombres, oian con febril impaciencia.

Lo que más temian era que Vicente, cuyo poco valor conocian, se retirara con los voluntarios; pero con gran asombro y alegría vieron que cada vez era más nutrido el fuego; por los heridos que llegaban y por las maldiciones y amenazas que al pasar les dirigian los insurgentes, comprendieron que los sitiados se resistian con vigor.

A media noche llegó un jinete negro y preguntó al jefe de la guardia que custodiaba á los prisioneros la causa del nutrido fuego que se oia.

—¿Quién eres tú?—preguntó el insurgente ántes de responder á la pregunta del negro.

—Vengo mandado por el ciudadano Céspedes á dar órdenes al jefe de esta partida.

—¿Traes salvo conducto?

—Mira.

El jefe de la guardia cogió una antorcha de cuaba y se acercó al negro que le tendia un papel.

—¿Has visto?—preguntó Eugenio en voz baja dirigiéndose á César.

—¡Benjamin emisario de Céspedes!

—¿Podemos tener confianza en ese negro?

—Completa; lo que importa es hacerle saber que estamos aquí.

—¿De qué manera?

—Verás—dijo César adelantándose algunos pasos, y luego alzando la voz añadió:

—Ciudadano enviado, dí á Céspedes, que el jefe de esta partida se permite prender á los cubanos pacíficos que encuentra cazando por el campo.

Al oir la voz tan conocida de su amo, el negro se estremeció.

—¿Quién habla?—preguntó con voz algo conmovida.

—Nadie—replicó el jefe de la guardia,—dos prisioneros pertenecientes á una partida de godos que tenemos acorralados en el ingenio.

—¡Bien!—repuso el negro con ironía,—¿son godos y quieren engañar al ayudante de Céspedes? Alumbra que se les vea la cara.

El insurgente acercó la antorcha á los prisioneros que pudieron cambiar una mirada de inteligencia con el negro.

—Bueno—dijo éste al insurgente,—guárdalos bien que ahorita mismo vengo. Y volviendo gru-

pas se lanzó á escape hácia el sitio donde resonaban los disparos.

Algunos minutos despues éstos cesaron por completo, y varios grupos de insurgentes empezaron á penetrar en el bosque que atravesaron sin detenerse.

Los prisioneros siguieron la marcha de los insurgentes sin que volvieran á ver al negro, por el cual tampoco quisieron preguntar á sus conductores, por miedo de excitar sus sospechas.

A las tres de la mañana hicieron alto y cuando se disponian á imitar el ejemplo de los mambises que se entregaban al sueño, acomodándose como mejor podian, vieron que hácia ellos avanzaba un hombre.

—Benjamin,—dijo César.

—Chist—respondió éste poniéndose un dedo en los labios y alargando un paquete envuelto en hojas de plátano.—Cuando yo cante como el cernícalo tres veces, matar y correr á donde el sol sale. El negro estar allí,—añadió señalando el lado opuesto al camino del ingenio, y desapareció vivamente.

—¿No te decia yo que se podia contar con el negro?

—Es verdad. Pero veamos lo que te ha dado.

—Acostémonos primero y despues lo veremos con más seguridad, no sea que alguien nos observe.

Los dos amigos se echaron sobre la yerba y al poco rato empezaron á deshacer el emboltorio, que encerraba dos rewolvers, con sus correspondientes cajas de cápsulas y dos puñales cortos.

—Vamos á deslizarnos hácia donde nos indicó,

—dijo César en voz baja, arrastrándose con precaucion por la yerba.

Al poco rato llegaron al límite del campamento.

Delante de ellos, un insurgente paseaba al lado de una hoguera que iluminaba un espacio bastante considerable.

César y Eugenio se detuvieron. Este último preguntó.

—¿Tendremos que matar á ese pobre diablo?

—Mucho me repugna, porque lo que vamos á hacer se parece bastante á un asesinato, pero no hay otro remedio. Cuando suene la señal, fuera escrúpulos; va en ello nuestra vida.

El centinela entre tanto seguia paseándose.

De repente una sombra negra se alzó detrás de él, brilló una cosa en la oscuridad y el centinela cayó lanzando un débil gemido.

Al grito de agonía del centinela, respondió muy inmediato el grito del cernícalo.

César y Eugenio, arrastrándose con el puñal en una mano y el rewolver en la otra, se lanzaron hácia el sitio donde habia caido el insurgente.

Al pasar junto al cadáver, se les unió una sombra.

Era Benjamin que les dijo á media voz.

—Nadie oyó nada, todos duermen; corramos.

Cuando salieron del círculo luminoso que proyectaba la hoguera, se incorporaron y pudieron andar más deprisa.

—¿Dónde vamos?—preguntó Eugenio.—Cada vez nos alejamos más de nuestros amigos.

—Los amigos—respondió el negro,—tienen fusiles y están en el ingenio. Los mambises ven-

drán á buscarnos, y es preciso que no vean donde vamos.

—Pero...

—Nada, chico, déjate conducir por Benjamin; que él nos llevará por buen camino.

Al amanecer llegaron los fugitivos á un arroyo en el cual entró Benjamin sin titubear empezando á remontarlo.

—Vaya un gusto,—dijo Eugenio de mal humor.

—No es por gusto por lo que Benjamin toma este camino; es por hacer perder nuestra pista á los que nos persigan. El agua no conserva ni huellas ni olor, y aunque vengan á buscarnos con perros, de seguro que no dan con nosotros.

El arroyo caia de peña en peña desde la falda de unas montañas, de suerte que la ascension además de ser incómoda no dejaba de ofrecer sus peligros, pues para subir por las pequeñas cataratas habia que agarrarse á piedras resbaladizas y sueltas, que á lo mejor rodaban arrastrando á los expedicionarios en su caida.

A la hora de marchar por el arroyo vieron que éste salia por una estrecha abertura practicada bajo unas enormes rocas.

Benjamin, se zambulló en el agua y penetró por la estrecha abertura.

Eugenio y César le imitaron, siguiendo despues, siempre con los piés en el agua y el cuerpo inclinado, un largo y estrecho pasadizo.

Al cabo de un buen rato las paredes laterales se separaron, y Benjamin salió del arroyo seguido siempre por sus compañeros.

La completa oscuridad que reinaba no permitia darse cuenta del sitio donde se hallaban; sin

embargo, la caverna parecia bastante extensa y el suelo cortado á modo de escalera, los condujo á una plataforma donde Benjamin hizo alto.

—Esperar, aquí: el negro volver ahorita.

Despues con suma ligereza, y como quien conoce el terreno que pisa, se alejó de su amo.

—¿Dónde estamos?—preguntó Eugenio,

—Sé lo mismo que tú, pero creo que estamos en sitio seguro,

—¡Qué entrada más extraña!

Tres cuartos de hora despues de la salida de Benjamin, oyeron los jóvenes rodar algunas piedras.

Era evidente que alguien se acercaba.

—¿Benjamin?—dijo César.

—Aquí está,—respondió el negro.

—¿Dónde has ido?

—A buscar leña para secar la ropa y ver las caras.

Efectivamente resonó en el suelo un golpe seco; varias chispas brotaron en la oscuridad y una pequeña llama iluminó el recinto.

CAPÍTULO XXII.

El palacio encantado.—Excursion.—La cruz de mármol.—Sensaciones.—Formacion de las grutas.—Noticias.—Aventuras de Benjamin.—El cimarron.—La sepultura.—La salida secreta.

Cuando á la clara luz de la cuaba pudieron ver el sitio donde se hallaban, los dos amigos lanzaron una exclamacion de sorpresa.

Estaban en el centro de un inmenso salon cubierto por un techo adornado con mil caprichosos festones, hojas, flores y figuras de mármoles trasparentes.

De trecho en trecho se alzaban columnas de la misma materia, que no pertenecian á ningun órden arquitectónico conocido.

Unas veces afectaban la forma de grandes llorones, cuyas caidas ramas de cristal reflejando la luz de las antorchas, dejaban ver todos los colores del prisma.

—Hermosa gruta—exclamó Eugenio.

—Coge una antorcha y vamos á visitarla.

—Mientras—añadió Benjamin,—el negro buscará para comer.

La gruta se extendia en un gran salon circular de unos cincuenta piés de diámetro.

Por el centro, el suelo era escabroso y desigual con fragmentos de cristal encarnado, azul, verde y amarillo, proyectados sobre la superficie y parecidos en su forma á trozos de salpetre.

De trecho en trecho se alzaban varias columnas, alguna de las cuales no llegaba á la bóveda.

Hácia el centro se deprimia el suelo notablemente formando una especie de gradería que conducia al arroyo que atravesaba de parte á parte la gruta.

A la izquierda las paredes se acercaban y el techo se bajaba dejando sólo un estrecho pasadizo cuyo suelo invadian completamente las aguas.

Aquella era la entrada de la gruta.

Remontando el arroyo, atravesaron los dos amigos el salon circular, en cuyo extremo vieron que el agua salia por un arco de seis metros de altura por cuatro de ancho.

Pasaron el arco, encontrándose en un salon elíptico mucho más pequeño que el primero, pero nó ménos lindo ni curioso.

En el fondo brotaba el arroyo entre piedras que al reflejo de la luz parecian diamantes y á un lado se alzaba un monton de mármoles coronados por una tosca cruz de la misma materia.

—¿Esta cruz será un capricho de la naturaleza ú obra del hombre?

—¡Quién sabe!—respondió Eugenio.—Acaso todo lo que nos rodea ¿no parece obra de un fantástico arquitecto?

—Sin embargo, esto es real y positivamente obra de la naturaleza.

—¿Podrias decirme cómo se forman estas curiosas grutas?

—Con mucho gusto. Siéntate aquí y escucha.

Cuando penetramos en la cueva por tan extraño camino, estoy seguro de que como yo has sentido una emocion indescriptible.

—Es cierto, á pesar mio el corazon me palpitaba; aquel estrecho callejon me infundia un supersticioso terror. Me parecia que iba á penetrar en los abismos del mar, sirviéndome de conductor el arroyo que mojaba nuestros piés.

—Y despues ¡qué placer inexplicable, qué sensacion tan grande cuando al brotar la luz se encuentra esta maravillosa gruta!

—Es cierto, pero para que comprenda mejor lo que veo, dime algo respecto á la formacion de estas escavaciones singulares.

—Pues oye; siempre que se encuentra un terreno compuesto de piedra calcárea, es casi seguro hallar en él escavaciones naturales semejantes á esta.

El agua filtrándose gota á gota por los intersticios de alguna piedra calcárea disuelve las partes más sutiles del mineral, y llegando á una abertura en el hueco de la roca, forma una gota, cuya parte acuosa se evapora muy pronto por el aire y queda la cal disuelta que arrastraba, limpia y cristalina como una cuenta de vidrio.

A esta gota suceden otras muchas, que congeladas por las mismas causas y agrupadas unas sobre las otras forman las caprichosas figuras que estamos admirando.

Si la gota cae resbalando por las paredes de la gruta, se proyecta en conos más ó menos regulares, formando los lindos arabescos que ves. Si cae del techo desciende perpendicularmente, agrupándose unas gotas sobre otras, del mismo modo que se congelan las gotas de cera que caen de un hachon inclinado.

Estas piedras, trasparentes y duras, cuando

bajan del techo se llaman *estalactitas*, que en griego significa destilacion de gota en gota.

Sucede muchas veces que la cantidad de agua filtrada es mucha, y por consiguiente la disolucion calcárea que arrastran las gotas es demasiado débil para poderse congelar, y entónces caen al suelo de la caverna, donde se endurecen y forman otras *estalactitas* que crecen hácia arriba, pero no tan trasparentes ni regulares como las que cuelgan del techo.

—¿Son de las que hablas esas concreciones que tan desigual hacen el piso de la gruta?

—Exactamente. A esas las llaman los naturalistas *estalacmitas;* de suerte que bajando unas y subiendo otras resulta que llegan á encontrarse y forman estas columnas, sin las cuales cualquiera creeria que no podria sostenerse el techo.

El color y apariencia de las incrustaciones que cubren el techo y paredes de esta clase de grutas varían segun la naturaleza de la roca en que están situadas. Por ejemplo, esta en que nos hallamos, está formada en una piedra *gipososa*.

—¿Qué significa eso?

—Piedra espejuelo, y por esta causa las *estalactitas* ostentan colores tan brillantes y variados.

Como en la isla domina la formacion calcárea, se encuentran numerosas cavernas llenas de *estalactitas* calizas, de petrificaciones de moluscos y de gran número de simples incrustaciones de conchas, cuyas especies aún se encuentran vivas en la costa.

—Esta será una de las grutas más célebres.

—No he oido hablar nunca de ella, y creo que la conozcan pocos.

Las más célebres son las de Yumuri, cerca de Matanzas, y las de Jaruco; pero se encuentran muchas especialmente en los partidos de Madruga, Alquizar, San Márcos y Guanimar, donde se sumergen y desaparecen varios rios que luego se derraman cerca del mar del Sur, formando extensas ciénegas y lagunas.

Estando en esta conversacion llegó Benjamin cargado con varias legumbres, frutas y una hermosa jicotea.

—Vamos,—dijo César interrumpiéndose—veo que no lo pasaremos del todo mal en nuestro palacio.

—Ahora á comer,—observó el negro,—luego á dormir y mañana á caminar.

—¿A dónde nos dirigiremos?

—Al ingenio,—contestó César.

—El ingenio está solo, señor; Vicente ha marchado con los voluntarios y mucha tropa á Bayamo.

—¿Cómo sabes eso?

—He visto muy lejos cómo salian.

—¿Y los mambises?

—Tambien en Bayamo.

—¿Estuviste allí?

El negro movió afirmativamente la cabeza mientras se ocupaba en preparar la comida.

—¿Has visto á mi hermana y á miss Werry?

—Si deja hablar á Benjamin, negro contará todo lo que sabe.

—Habla pues.

Autorizado por su amo, Benjamin dió la última mano á sus aprestos culinarios, y limpiándose los dedos en sus calzones, tomó una postura que

por sí sola revelaba toda la importancia de las comunicaciones que se disponia á hacer, y habló de esta suerte :

—Cuando dejé á mi amo caminé bastante de prisa hasta llegar á Bayamo.

Iba ya cerca cuando encontré un señor blanco que seguia á caballo el mismo camino, y me preguntó :

—¿Quién eres?

—Benjamin,—le dije yo.

—¿Qué haces?

—Caminar.

—No te pregunto eso, animal, sino en qué te ocupas.

—En nada;—le contesté muy sério, y el señor que debia tener mal genio, paró su caballo y me dijo poniéndose muy feo :

—¿Quieres una paliza?

Yo le miré tambien sério y dije cogiendo el machete.

—Negro no teme á blanco; soy negro libre que va á Bayamo á matar españoles.

El señor se rió y me dijo que fuera con él. Con efecto, anduve á su lado hasta que al atravesar una ceja de monte salió un toro cimarron y mató al caballo del señor y si no llego pronto al señor tambien.

—¿Cómo lo defendiste?

—Matando al toro con mi machete.

Llegué con él á Bayamo, y era el señor Céspedes.

—¿Libraste la vida á Céspedes?

—Sí señor, y me hizo su ayudante, y por eso pude saber que las niñas están buenas y encer-

radas con muchas blancas, pero no pude verlas.

Ayer mandó Céspedes que dijera á los mambises que andaban por el monte que fueran de prisa á Bayamo, porque iban muchos españoles en contra.

—De suerte que tú llevaste esa órden á los que nos tenian presos.

—Sí, mi amo; ya deben estar en Bayamo.

—Entónces, —dijo Eugenio, —salgamos de aquí y vamos á unirnos con las primeras tropas que encontremos.

—Poco á poco; los mambises no obedecen mucho á quien manda y pueden andar por aquí. Ahora á dormir, mañana á caminar.

—Tiene razon Benjamin.

—Bien, —dijo éste retirando del fuego un trozo de bambú donde estaban ensartados varios pedazos de jicotea. —Aquí está la comida.

—Puesto que hemos de estar aquí hasta mañana, cuéntanos cómo conoces esta cueva.

—Es verdad, —añadió César —asi nos entretendrás mientras comemos.

—Ya sabe su merced que ántes de ir á su casa era esclavo en un potrero que está cerca de aquí. Conmigo estaba un negro viejo que habia venido de Guinea con mi padre, y por eso me queria mucho.

Un dia el mayoral (1), que era muy malo, dió al pobre viejo tanto azote, que salió mucha sangre, y el negro, para no llevar otra, se hizo ci-

(1) Es el hombre blanco, asalariado, que tiene el gobierno y cuidado de las haciendas del campo.

marron y vivió en esta cueva que él solo conocia.

De tiempo en tiempo venia yo á verlo y él me enseñó la cueva.

Un dia vine como otros y encontré muerto al cimarron; volví al potrero, cogí un pico y cavé un hoyo y encima puse una cruz.

—¿Eres tú el que ha hecho esa cruz?

—Sí, mi amo.

—De suerte que esta es la sepultura del pobre esclavo.

Benjamin hizo un signo afirmativo y se arrodilló dejando escapar dos lágrimas que resbalaron por sus negras mejillas.

César y Eugenio imitaron al negro y los tres oraron sobre la sepultura de aquel hijo de los bosques á quien la ambicion de un malvado arrancó la libertad, separándole al mismo tiempo de su patria y familia.

Al siguiente dia, mucho ántes de amanecer, despertaron, y como no tenian que ocuparse de ningun preparativo, siguieron al negro, que los condujo hácia un pasadizo estrecho que habia en el fondo de la gruta.

—¿Tiene acaso otra salida?—preguntó César viendo la direccion que tomaba el negro.

—El viejo cimarron no se hubiera metido en un agujero sin salida,—observó Benjamin empezando á trepar por una especie de tubo perpendicular que estaba al fin del pasadizo.

Nuestros amigos le siguieron sin titubear y al cabo de algunos minutos descubrieron un rayo de luz que llegaba hasta ellos como filtrado.

Por fin el negro salió á la superficie de la tierra

y detrás de él los dos amigos que se encontraron en una plat forma situada encima de los escarpados peñascos que cubrian la gruta, y desde los cuales se descubria mucho terreno.

—¿Es por aquí por donde salia el cimarron?

—Si señor; por el agua entraba y por aquí salia.

—¿Tendria una escalera?

—Saltaba asi,—dijo Benjamin lanzándose desde lo alto de la peña.

Los dos blancos, tan ágiles como él, saltaron tambien y los tres se alejaron de la cueva del cimarron, dirigiéndose hácia unas colinas que se alzaban á corta distancia.

CAPÍTULO XXIII.

El alto.—Un arbusto peligroso.—El árbol calumniado.—El verdadero upas.—El guao.—La vereda obstruida.—Doce avalanchas.—La casa rústica.—Desconfianzas.—El catalan.—Festin.

Durante las primeras horas de la mañana, marcharon sin descanso en direccion á Bayamo esperando á cada momento encontrar á las tropas españolas que, segun las noticias de Céspedes, marchaban hácia Bayamo.

A medio dia hicieron alto en un bosque, y miéntras Benjamin lo recorria para encontrar algo que pudiera satisfacer el hambre de los viajeros, estos se acostaron á la sombra de unos árboles.

—¿Ves aquello?—dijo César haciendo notar á su amigo un arbusto de hojas lustrosas, oblongas y casi ovaladas.

—Sí.

—Pues ese es el guao del que habrás oido hablar.

—Es posible, pero no me acuerdo.

—Ese arbusto es silvestre, y tan comun como inútil y perjudicial.

El contacto de cualquiera de sus partes, principalmente su leche, es venenoso, forma llagas y á veces irrita todo el cuerpo.

—¡Cáspita! voy á tomar bien la filiacion del tal arbusto para no acercarme jamás á él.

—No debes hacerlo de ningun modo, pues áun cuando en algunas personas no causa tanto efecto, otras se hinchan y enferman con sólo detenerse en la atmósfera que le rodea.

—Será este arbusto uno que describió Foersch, cirujano auxiliar de las tropas holandesas estacionadas en Samarango (costa de Java). Segun recuerdo, dicho cirujano describe un árbol terrible que encontró á 27 leguas de Batavia y á 14 de Soura-Charta, residencia del emperador. Crecia en un profundo valle rodeado de montañas áridas y desnudas. Era de tamaño mediano con cinco ó seis retoños creciendo á su rededor. Una exhalacion contínua manaba del árbol, y se veia subir y extenderse en la atmósfera como una niebla.

Todo el que se veia envuelto en dicha niebla moria irremisiblemente, y como los hombres, sufrian la misma suerte los animales y las plantas, de modo que en un radio de muchas leguas, ni cruzaba el aire un pájaro, ni crecia un arbusto ni una yerba. En fin no habia nada que estuviera dotado de vida.

Añade Foersch que el veneno usado por los naturales de Java es la goma del upas, que así se llama el árbol, mezclada con agua ó infusion de limon, cuyo veneno es tan activo que él vió morir trece mujeres del harem del emperador, en ménos de quince minutos y sufriendo los más crueles dolores, con sólo recibir una pequeña herida con una daga cuya punta habia tocado el veneno.

—Una objecion se me ocurre.

—¿Cuál?

—¿De qué medios se valió para reconocer un árbol tan terrible?

—Tambien lo explica satisfactoriamente. Dice que á 5 leguas del árbol, hay un sacerdote que tiene la mision de recoger el veneno del árbol, y para esto se vale de los criminales condenados á muerte que la justicia del país le remite con este objeto.

Cuando llega un delincuente, el sacerdote le da un par de guantes de piel y un gorro de lo mismo que cubre enteramente la cabeza hasta los hombros, teniendo frente á los ojos dos aberturas herméticamente cerradas con dos cristales; y áun así mueren el noventa por ciento de los que van.

—¡Canario!

—El veneno lo recogen en una cajita de plata ó concha, haciendo una incision en el árbol; por uno de estos criminales es por quien supo Foersch lo que refiriéndome á él te he contado.

—Pues chico, ó Foersch se divirtió con sus lectores, ó los javaneses se divirtieron con él, pues felizmente no existe semejante árbol.

—¿Con que no hay upas?

—No digo eso: el upas existe verdaderamente, pero no es tan terrible como lo pinta.

El naturalista sueco Aejmelaus, en un discurso leido en la universidad de Upsal, hizo una descripcion del *Bohum upas* ó árbol venenoso de Macasar, y áun cuando se conoce que el buen sueco no dejaba de tener miedo al tal árbol, hizo, no obstante, una descripcion bastante exacta de él, la cual se confirmó y corrigió por el doctor Horsfiel, cuando los ingleses ocuparon á Batavia.

El upas ó anchar, pertenece á la clase vigésima prima de Linneo ó Monœcia.

Las flores macho y hembra crecen en la misma rama á corta distancia una de otra, hallándose generalmente las segundas más elevadas que las primeras. El receptáculo es oblongo y cubierto con el cáliz; la simiente es parecida en su forma á una avellana.

La parte superior del tronco se divide en un corto número de ramas gruesas que avanzan horizontalmente formando una copa esférica, bastante irregular.

El tronco alcanza á veces 80 piés de altura, y haciendo en él una incision, destila con abundancia un jugo lechoso, con el cual se prepara el veneno.

—Luego hay veneno.

—Cuando se hace la incision sí; pero el árbol no es tan malo como lo pinta Foersch, pues de su corteza, que es fibrosa, parecida á la de la morera, se hacen fuertes maromas y ponchos que usan los campesinos, sin sentir más molestia que una desagradable picazon en todo el cuerpo, cuando el poncho se moja. Por lo demás, vive siempre en los bosques más espesos y está tan rodeado de otros árboles, que el doctor Horsfied, apénas pudo acercarse á uno que observó, y para ver su corteza, tuvo que destrozar gran número de parras silvestres, yedras y otras enredaderas que vivian en completa lozanía, abrazadas á su tronco.

Respecto á los efectos del veneno son realmente terribles, segun el célebre naturalista Rónfio, que los estudió detenidamente, y descubrió su antídoto en una raíz que, tomada á tiempo, neutra-

liza por sus violentos efectos eméticos la fuerza del veneno.

Esta raíz tomó el nombre de *radix toxicaria de Bumphius*.

—Parece mentira la desfachatez con que nos cuentan algunos viajeros lo que sólo vieron en su imaginacion, con objeto sin duda de hacer más gráficas é interesantes sus descripciones.

—Milagro que al guao no le han dado tan terrible renombre.

—No lo creas, tambien ha tenido sus detractores. El *Diccionario de ciencias médicas*, dice fiándose de M. Tusac, que el olor del guao quita la vida, lo cual es completamente falso.

Me acuerdo que en el colegio soliamos procurarnos ramitas de guao y con su jugo lechoso nos haciamos dibujos en los brazos; al poco rato sentíamos un picor y luego se formaban unas llagas cuya costra al secarse tenia la misma figura que ántes habiamos dibujado.

El guao pertenece á la familia de los *comonocladia dentata ilicifolia* y es muy comun en la isla, donde conozco yo tres variedades: estos que son amarillos, los negros y los de costa, cuya hoja es más pequeña y gruesa y sus dientes mayores.

Despues de haber tomado un ligero refrigerio compuesto sólo de frutas, pues otra cosa no pudo proporcionarles Benjamin, siguieron su camino por las colinas sin acercarse demasiado á Bayamo, por miedo de caer en poder de los insurgentes.

Siguiendo su marcha por una vereda que costeaba la colina, encontraron cerrado el paso por

un enorme tronco que parecia haber rodado hasta allí desde la cima de la colina, cuya falda por aquel lado era muy pendiente.

Mientras examinaban el tronco, que alcanzaba grandes dimensiones y estaba detenido en la mitad de la pendiente por algunas raíces con las cuales habia tropezado, César reconocio que era un caobo, midió su ancho que tenia cinco cuartas, y se disponia á seguir sus medidas cuando encima de ellos se oyó un estrépito atronador. Alzaron admirados la cabeza, y vieron que por la falda de la colina bajaba con una rapidez espantosa una masa negruzca é informe envuelta en una nube de polvo, de la cual salian despedidas con prodigiosa fuerza multitud de ramas y piedras de gran tamaño.

Tal era la rapidez con que la avalancha bajaba, que no tuvieron ni áun el tiempo de darse cuenta de lo que pasaba, y apenas tuvieron el suficiente para guarecerse tras unos árboles.

Apenas lo habian hecho cruzó ante ellos un objeto largo y oscuro, que chocando con el caobo lo dividió en dos pedazos con fragor terrible, precipitándose ambos entre la maleza que cubria la falda de la colina, donde hicieron una gran brecha.

A esta avalancha siguió otra y despues otra hasta doce, despues de lo cual todo quedó en silencio, y los tres viajeros pálidos y asustados pudieron salir de sus escondites y preguntarse en vano lo que habia sucedido.

El mayor silencio reinaba en el campo, y si no fuera porque el caobo que medían algunos minutos ántes no estaba ya en su sitio, hubieran

podido creer que habian sido juguete de una alucinacion.

No pudiendo explicarse lo que habia sucedido, decidieron subir por el sendero que al caer habian trazado aquellas peñas que habian visto pasar. La ascension fué penosa, pero al anochecer llegaron á una meseta que coronaba la colina, en cuyo centro se alzaba una casita de madera cubierta de guano.

Bien hubieran querido retirarse al ver la casa, pues no sabian quiénes serian sus habitantes; pero la puerta se abrió violentamente y salieron por ella seis hombres armados de carabinas y precedidos por dos enormes alanos, que al ver á nuestros amigos se lanzaron sobre ellos ladrando con furor, mientras que los recien llegados se echaban las carabinas á la cara, y uno de ellos que parecia jefe gritaba con pronunciado acento catalan.

—Rendíos, ú os mato.

Los dos amigos y el negro sacaron sus rewolvers dispuestos á vender caras sus vidas, y César gritó:

—Detenga usted sus perros ó hago fuego contra ellos.

El catalan silbó y los perros se mantuvieron á respetuosa distancia pero sin dejar de enseñar los dientes, mientras que los cinco hombres restantes se corrian por los dos lados, encerrando á los viajeros en una especie de círculo.

—¿Qué es esto?—preguntó Eugenio.—¿Quién son ustedes para detenernos así?

—Eso es lo que yo quiero saber—dijo el catalan que parecia el más viejo de todos.—¿Quién

son ustedes, de dónde vienen y á dónde van?

—Por el acento—dijo César—me parece que es usted español.

—Catalan y á mucha honra. ¿Qué tenemos con eso?

—Mucho—replicó César guardando su rewolver,—que somos amigos.

—Hum... no lo sé á punto fijo.

—Pues yo sí. Este—dijo señalando á Eugenio—es español, yo soy cubano, pero jefe de una partida leal que se ocupa en perseguir á los filibusteros.

—¿Y ese negro?

—Este es mi esclavo, ó por mejor decir, mi fiel amigo.

—¿Dónde está la partida?—preguntó el catalan con desconfianza.

—No sé.

—¿Es usted capitan, y no sabe por donde anda la partida?

—Asi es la verdad.

—¡Pues no lo entiendo!

—Yo se lo explicaré á usted, pero mande retirar los perros, no nos ataquen y tengamos que defendernos á tiros.

—Si ustedes disparan sobre uno de mis perros los hago pedazos.

—Estamos convenidos de eso, pero si nos atacan nos defenderemos. Ustedes son seis y tienen carabinas; nosotros somos tres solamente y guardaremos nuestras armas, de suerte que sin ayuda de los perros pueden ustedes matarnos cuando gusten.

El catalan pareció convencido, y llamó á sus perros.

Entónces Eugenio y el negro metieron sus rewolvers en las fundas, y César tomando de nuevo la palabra contó sucintamente al catalan cómo habian sido hechos prisioneros, y cómo gracias á Benjamin habian podido fugarse del poder de los rebeldes.

—De modo—dijo el catalan cuando César hubo terminado su relato—que á ustedes les importará poco encontrar á las tropas españolas.

—Al contrario—repuso César—nos importa tanto que no deseamos otra cosa.

—Pues se les va á cumplir á ustedes el deseo.

—¿Cuándo?

—Mañana—respondió el catalan cuya desconfianza habia desaparecido por completo.

Esta noche dormirán ustedes en mi choza y mañana yo y mis hijos les acompañaremos á orillas del Cauto donde está acampado el ejército español.

Los dos amigos dieron gracias al catalan por ambos ofrecimientos y le siguieron á la choza, cuya puerta se cerró cuando todos hubieron entrado.

Siéntense—dijo el amo de la casa señalando unas pieles de toro que habia extendidas en el suelo,—y compartirán con nosotros nuestra pobre cena.

—Vosotros,—añadió,—dirigiéndose á sus hijos, servid la mesa.

Dos robustos muchachos, desaparecieron por una puerta del fondo, volviendo á poco rato con dos lechoncillos asados y rodeados de limones, puesto todo sobre una hoja de plátano que servia de fuente.

Un cántaro de vino, otro de agua, casabe y algunas frutas completaban la comida, que para nuestros hambrientos viajeros era un verdadero festin.

Servidos los manjares, el catalan se descubrió, rezó una corta oracion y se sentó, atacando con furia á los lechones, en cuyo ataque fué imitado por sus hijos y convidados.

Terminada la comida, el catalan se levantó y sacando de un gran arcon una botella y cigarros repartió estos entre los circunstantes, y echó á cada uno una copita del excelente rom que contenia la botella, mientras que uno de sus hijos traia una más que mediana cafetera de lata llena de aromático café y doce medias calabazas que habian de hacer el servicio de tazas.

CAPÍTULO XXIV.

Historia del catalan.—Los trece caobos.—El corte.—La caoba y la arquitectura naval.—Imitaciones. — Paisaje. — El centinela invisible. — El campamento.—El regreso de los jefes.—Aventuras de Vicente.

Cuando empezó á circular el café, el catalan habló á sus huéspedes del siguiente modo:

—Ya que ustedes me han dicho sus nombres y sus proyectos, yo á mi vez voy á decirles quién soy y cómo estoy aquí.

Me llamo Sebastian Coll y mis padres fueron pobres jornaleros de Campins, pequeño pueblo de la provincia de Barcelona.

El buen cura del pueblo, que era amigo de mi padre, me dió alguna educacion é influyó para que me mandaran á Arenys de Mar, cabeza del partido de mi pueblo, donde entré en casa de un carpintero, en cuyo oficio estaba bastante adelantado cuando sobrevino la muerte de mi padre.

Habiendo muerto mi madre algunos años ántes y no teniendo ningun pariente, decidí seguir mi vocacion, y dejando el formon y los cepillos, marché á Barcelona donde senté plaza de soldado.

Tenia diez y ocho años, alguna instruccion, valor y robustez, así fué que no me costó trabajo captarme el aprecio de mis jefes, y cuando se celebró el convenio de Vergara, era ya sargento.

Algun tiempo despues vine á esta isla con el empleo de alférez, y conocí una jóven pobre, pero virtuosa, con la cual hace ya treinta años que estoy casado, y si bien la fortuna no nos ha sonreido, Dios nos ha dado ocho hijos que hacen nuestra felicidad.

Aquí teneis los cinco varones y las hembras acompañan á su madre en Puerto Príncipe, donde tengo provisionalmente mi casa.

Poco despues de casarme, me retiré del servicio para cuidar de una pequeña propiedad que tenia mi mujer, á cuyos productos reunia yo los que sacaba en las cortas de maderas que hacia en los bosques; pero la insurreccion nos obligó á buscar refugio en la ciudad.

Los insurgentes quemaron mi pobre hacienda y desde entónces no vivimos más que de lo que nos produce la corta de árboles, que muchas veces tenemos que disputar á balazos á los insurgentes.

Por eso al verlos venir á ustedes los recibimos de tan mala manera.

—¿Qué clase de árboles cortan ustedes?—preguntó César.

—Estos dias hemos hecho una corta de caobos.

—Entónces séria de usted uno que hemos visto en la falda de la colina.

—Y por cierto,—observó Eugenio,—que ha sido roto y arrastrado por la caida de una porcion de enormes peñascos, que si tan á tiempo no los vemos bajar nos hubieran destrozado.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Una hora ántes de llegar nosotros á la puerta de esta casa.

—¿Contaron ustedes las peñas que cayeron?— preguntó sonriendo Coll.

—Me parece que eran doce.

—Pues eran mis doce últimos caobos, y siento lo que ustedes me dicen, porque el que se ha partido, que debió ser el primero, era una hermosa pieza.

—¿Fueron ustedes los que los arrojaron por la colina?

—Hemos adoptado ese medio para hacer más barato su trasporte, porque si nó cuesta más el sacarlos del bosque que lo que el caobo vale. Por lo general los busco en colinas pendientes cercanas á algun rio, y cuando los encuentro, abro un camino desde la pendiente más rápida al sitio del corte.

—¿Tardarán ustedes mucho tiempo en hacer ese camino?

—Somos robustos y manejamos bien el machete, así es que la tarea diaria de cada uno de nosòtros, es de 100 varas y como somos seis, adelantamos 600 varas al dia, lo cual nos acerca mucho al árbol.

Primero cortamos la maleza y ramas gruesas y aclarada la senda se cortan con hachas á raíz del suelo los árboles que hay en el camino, los cuales nos sirven para hacer puentes en los sitios en que es necesario, y construir una casa como esta y un tinglado como el que tenemos detrás para guardar los animales que han de arrastrar los caobos.

Llegados al sitio donde hay uno de estos árboles, hacemos un tablado para trabajar sobre él, pues el caobo se corta siempre á cuatro varas más arriba del suelo.

El mérito del tronco consiste en las dimensiones de las tablas que pueda dar, y de las ramas cuya madera es muy estimada por los ebanistas á causa de su grano fino y la delicadeza de sus vetas.

Cortados todos los árboles que hemos podido descubrir en una colina, los juntamos cerca de la pendiente, para lo cual es preciso abrir caminos, y esto es lo más penoso; pues una vez reunidos al lado de la pendiente, ellos bajan solos hasta el rio por donde los conducimos con facilidad.

—De suerte que ya no queda un solo caobo en esta colina.

—Capaz de ser cortado no queda uno solo.

—Pues lo siento—observó Eugenio,—quisiera haber visto uno en pié.

—Son muy hermosos—contestó Coll,—tienen un tronco corpulento y sano, del que á cierta elevacion nacen todo alrededor gran cantidad de macizas ramas; sus hojas son compuestas de cuatro hojitas ovales, sus flores pequeñas, blancas y coloradas como racimos de perlas, y da un fruto leñoso, grande como un huevo de pava.

—La descripcion de nuestro huésped—añadió César,—es exactamente la del caobo, que los naturalistas llama *Ana cardium cassivum*. Su madera forma un producto natural muy abundante y de fácil explotacion, renovándose sin cesar en poco tiempo, lo cual, junto á las preciosas cualidades de esta madera, han hecho de ella una de las primeras materias que más aplicacion tienen en las artes, industria y comercio de todos los países civilizados.

Además de los preciosos muebles que nos pro-

porciona la caoba, tan universalmente empleada en la ebanistería, está desempeñando desde hace algun tiempo un gran papel en la arquitectura naval de Inglaterra y los Estados-Unidos.

Los navíos *Erebus* y *Terror* que hicieron el viaje al polo antártico, y de los cuales uno se perdió en el polo Norte bajo el mando de Sir John Franklin, eran de caoba.

Además de ser esta madera sumamente sólida y tan incorruptible como el cedro y el roble, tiene la ventaja de que es sumamente pequeño su peso específico, lo cual es muy ventajoso para los buques, porque les permite más latitud en el cargamento.

En el comercio se clasifican las caobas segun la disposicion de las venas y de los nudos que forman en la superficie de la madera los diferentes dibujos á los que debe una buena parte de su valor.

Hoy se imita bastante bien el color y aspecto de la caoba por medio de ciertos procedimientos aplicados á otras maderas más comunes y baratas.

—¿Podria usted indicarme algunos de esos medios?—preguntó Coll con curiosidad.

—Con mucho gusto diré á usted los procedimientos que obtienen mejor resultado.

Para imitar la caoba roja con reflejos dorados se emplea la madera de arce ó sicomoro teñida en una decoccion de madera del Brasil, obteniéndose el mismo resultado con el tilo acuático y una infusion mixta de Brasil y roya.

La caoba roja clara, se obtiene con madera de sicomoro, infusion de tierra orellana en agua de

potasa y con nogal blanco en infusion de madera del Brasil.

Con decoccion de campeche aplicada al arce y al sicomoro sale una caoba con lindos reflejos dorados.

Por último, el castaño ordinario en infusion de azafran, produce una imitacion exacta de la caoba oscura.

Cuando acabó de hablar César y hubo tomado algunas notas Coll, se retiraron todos á descansar, acomodándose como mejor pudo cada cual, en pieles esparcidas por el suelo.

Al dia siguiente, mucho ántes de despuntar la aurora se levantaron todos y Coll mandó á sus hijos que con los bueyes fuesen á arrojar los maderos al rio, mientras él acompañaba á sus huéspedes al campamento español.

El catalan, los dos amigos y el negro, se internaron en el bosque y despues de haber andado un buen rato, llegaron á una colina cuyos piés bañaba el caudaloso Cauto.

Más allá del rio se extendia una fértil campiña, en medio de la cual blanqueaban las casas de Bayamo.

A la derecha de los viajeros se hallaba el campamento español, en el que ya reinaba gran animacion, y á la izquierda bajaba por el rio una gran balsa, sobre la que se distinguian varios bultos.

Este variado paisaje iluminado por los calientes reflejos de un sol esplendente, llamó de tal suerte la atencion de nuestros amigos, que no pudieron ménos de detenerse admirados.

El catalan, por su parte, contemplaba el rio y señalando la balsa á sus huéspedes les dijo :

—Allí vienen mis hijos con el mueblaje de la casa y los animales encima de los caobos que vieron ustedes bajar ayer la colina. De esta suerte, en vez de trabajar para conducirlos hasta el litoral, ellos me conducen á mí.

—Pero calla—añadió reparando la agitacion que se notaba en el campamento.—Allá bajo sucede algo.

—En efecto, hay bastante movimiento,—dijo César.

—Mucho me equivocaré, si no se disponen para atacar á los mambises.

—Pues vamos deprisa, no sea que lleguemos tarde,—dijo Eugenio lanzándose por una vereda que conducia al llano.

El catalan, César y Benjamin le siguieron.

—¿Quién vive?—gritó una voz que parecia salir del bosque acompañada de un ruido metálico parecido al que produce al montarse la llave de un fusil.

—España—respondió Eugenio deteniéndose y mirando á todas partes para ver si descubria al invisible centinela.

—¿Qué gente?—volvieron á preguntar.

—Prisioneros españoles fugados.

Hubo un momento de silencio. Despues se oyeron crugir las ramas en varias partes, los bejucos se abrieron dando paso á cuatro soldados mandados por un cabo.

Este cambió algunas palabras con los recien llegados y los escoltó hasta una de las grandes guardias; allí tomaron otra nueva escolta, y los condujeron al campamento donde se hallaba el general conde de Balmaseda.

Este, que conocia á Coll, los recibió con mucha cortesía, y les anunció que la partida de César habia llegado el dia ántes y que estaba en el campamento. Luego poniendo con amistosa familiaridad su mano sobre el hombro de Coll le dijo:

—Donde están los muchachos, viejo veterano.

—Pronto llegarán aquí con una balsa de caoba.

—Pues disponga usted que la amarren á la orilla, pues no creo que quieran perder la fiesta que preparo.

—De ningun modo, mi general; por todos los caobos del mundo, ni yo ni mis hijos nos separamos hoy del campamento.

Despues de esto, se despidieron del general marchando César y Eugenio en busca de los voluntarios.

Al pasar por el lado de un bohío, resonó un grito; los amigos volvieron la cabeza encontrándose en brazos de Vicente que los estrechaba con afan.

La noticia de la llegada de los dos jóvenes corrió por el campamento como corre el fuego por un reguero de pólvora, y todos los voluntarios corrieron á felicitar á sus jefes por su feliz regreso.

Eugenio y César querian saber lo que habia hecho Vicente desde que le dejaron en el ingenio; pero él no quiso hablar hasta no saber las aventuras que habian corrido sus amigos, los cuales tuvieron que ceder y contárselas tal como las saben nuestros lectores.

Acabada la relacion, Vicente tomó la palabra y dijo:

—Una hora despues de vuestra marcha para la maldita partida de caza, tuve noticia por uno de los centinelas avanzados de que habia insurgentes en el bosque; temiendo por vosotros dejé el mando del ingenio al alférez, monté á caballo seguido de doce hombres y empecé á seguir vuestra pista; pero al llegar á la espesura, me recibieron á tiros, por lo cual y por haberme herido dos hombres, me retiré convencido de que estabais prisioneros ó muertos.

Apenas entré en el ingenio, aparecieron mambises por todas partes y me atacaron con furor.

Varias veces intentaron poner fuego al ingenio pero pudimos frustrar todas sus tentativas, y les causamos tantas bajas que cuando vimos que se habian retirado, creimos que era á causa de las pérdidas que habian sufrido.

Toda la noche la pasamos en vela y poco ántes de amanecer, llegaron dos compañías de nuestro ejército y algunos caballos que habian oido el fuego y venian en nuestra ayuda.

Inmediatamente salimos con ellos convenciéndonos de que los rebeldes se habian retirado.

Entónces me decidí á venir al campamento para hacer lo que vosotros hubierais hecho por las que están prisioneras en Bayamo.

—¿Tienes algunas noticias de ellas?

—El voluntario que mandaste, volvió ayer y me dijo que estaban detenidas en una casa con otras muchas españolas; lo mismo que os ha dicho Benjamin.

—Ea, pues, vente con nosotros al rio, y verás á nuestros amigos, los catalanes de anoche,

á quienes vamos á convidar á almorzar correspondiendo á su hospitalidad.

—Id vosotros que yo tengo malo este pié y no puedo acompañaros.

—¿Qué tienes en él?

—No sé; una picazon que me incomoda.

—A ver,—dijo Benjamin cogiendo el pié de Vicente y quitándole la bota.—Esto no es nada.

—¿Qué es?

—Una nigua.

—Demonio—exclamó Vicente,—dice que no es nada y es una nigua.

¿Te parece poco? maldito negro. Ahora ese animal pondrá huevos en mis uñas y saldrán una caterva de animalitos que me roerán hasta que muera.

—No seas aprensivo—contestó César á su amigo,—verás cómo Benjamin te la saca y quedas tan bueno y sano como ántes.

CAPÍTULO XXV.

La nigua.—La órden.—Segunda campaña de Benjamin.—El combate nocturno.—Un prisionero importante.—La mecha.—Indagaciones.—Lo que vió el herido.—Proyectos.

Benjamin se procuró una aguja, é introduciéndola entre la carne y la uña que habia escogido para su habitacion el animal, sacó sin romperla una bolsita, y despues puso en la uña algun aceite caliente y ceniza de tabaco.

Mientras hacia estas operaciones y vendaba cuidadosamente el pié, los tres amigos examinaban la bolsita sacada, y Césàr les decia:

—El *Penetrans pulex* es un insecto muy parecido á una pulga pequeña y muy comun en la isla, abundando especialmente en los lugares donde se cria el ganado de cerda.

Como ha experimentado Vicente, se introduce entre la uña y la carne, fijando allí su residencia, y causando al paciente un picor tan desagradable é incómodo, que á veces no se puede aguantar.

Despues de estar algun tiempo en su nueva casa, produce una bolsita como esta, en la cual está encerrada su cresa, y entónces es cuando empieza la verdadera incomodidad y áun el peligro; pues si revienta la bolsita espontáneamente dentro de la uña ó bien al sacarla, se multiplican las niguas de tal suerte, que es casi imposible su

curacion, si bien el accidente no es mortal como temia Vicente, á ménos que venga el pasmo al extraerla y áun esto sucede raramente.

Lo mejor es cuando se empieza á sentir picazon en los piés, acudir á un negro para que saque la nigua, pues ellos, como andan siempre sin zapatos, las están cogiendo contínuamente, y por lo tanto son muy duchos en esta operacion.

—De suerte, que segun tu parecer ya está fuera de cuidado Vicente.

—Nunca estuvo en peligro; lo que debes hacer —añadió dirigiéndose á Vicente,—es cuidar que nos preparen un buen almuerzo, mientras Eugenio y yo vamos á convidar á Coll y á sus hijos.

El catalan aceptó el convite, y una hora despues estaban todos á la mesa, incluso Vicente, que se sentia ya completamente curado.

A los postres se presentó un ayudante, el cual rogó á Coll y á sus hijos que fueran á ver al general, y entregó á César un pliego cerrado.

Se echó un último brindis y salieron el ayudante y los Coll.

Cuando los tres amigos estuvieron solos, abrió César el pliego y vió que contenia una órden del general para que con sus voluntarios marchara á cubrir un desfiladero, dándole algunas instrucciones.

No entraba en los cálculos de nuestros jóvenes separarse de Bayamo, cuando sabian que iba á ser atacado, pero áun cuando no eran militares, en aquel momento formaban parte del ejército, y estaban obligados á prestar obediencia al general.

Así pues, mandaron montar á la gente, decididos á llevarla hasta el sitio que se les habia man-

dado ocupar, y allí dejar la partida al mando de Vicente, marchando César y Eugenio á Bayamo, para penetrar en la ciudad al mismo tiempo que las tropas y libertar á las prisioneras.

Benjamin tenia el encargo de volver á Bayamo y seguir representando su papel cerca de Céspedes para aprovechar todas las ocasiones que se presentaran de ser útil á las jóvenes.

Puestos de acuerdo, la partida se puso en camino acompañada por Benjamin hasta que salieron fueran de las líneas españolas.

Entonces el negro se despidió de su amo tomando el camino de Bayamo, mientras los voluntarios se dirigian hácia la costa.

Poco ántes de anochecer, obedeciendo las instrucciones del general, ocuparon un paso bastante difícil en el camino de Manzanillo.

César eligió una posicion ventajosa, dió sus últimas instrucciones á Vicente y se disponia á partir hácia Bayamo, en cuya direccion se oian disparos de cañon, cuando uno de los centinelas vino á anunciar que se divisaba mucha gente que venia por el camino en direccion á Manzanillo.

Poco despues los otros centinelas rompieron el fuego, replegándose sobre el grueso de los voluntarios, viéndose estos atacados por un considerable número de rebeldes que querian forzar el paso.

El combate duro tres cuartos de hora mantenido con energía por una y otra parte, pero al fin los mambises cedieron dispersándose por todos lados, dejando en poder de los voluntarios muchos prisioneros y gran número de armas y efectos de guerra.

Mientras César y Eugenio perseguian al enemigo para no dejar que se rehiciera, Vicente contaba los prisioneros que iban trayendo los voluntarios.

Cuando estaba entretenido en esta operacion oyó la conocida voz de Benjamin que gritaba.

—Mi amo, niño Cesar, yo tener gran prisionero.

—¿Qué es eso?—dijo volviéndose bruscamente Vicente. ¿Cómo estás aquí?..

—¿Dónde está niño César?

—Está siguiendo el alcance.

—Es lástima; le hubiera gustado mucho ver este preso.

—¡Calla!—exclamó Vicente limpiándose los ojos para ver mejor, y acercando una antorcha al rostro del prisionero que presentaba el negro.

—¿Será posible? Es el tunante de Torres.

El prisionero, que en efecto era Torres, no contestó.

—Me alegro,—añadió Vicente,—ahora mismo te mando fusilar.

—Poco á poco,—observó el negro;—primero tiene que decir donde está niña Elvira y la otra niña; despues le fusilaremos.

—Podeis fusilarme,—dijo con desprecio Torres,—pero jamás sabreis lo que ha sido de esas jóvenes

—Ya lo ves, lo mejor es fusilarlo ahora.

—No tenga miedo; hablará ahorita mismo—replicó el negro haciendo una mecha de algodon que preparó con pólvora.

—¿Qué vas á hacer?

Poner esto entre los dedos y él hablará ó se quemará.

El prisionero se puso extremadamente pálido, pero no contestó.

Benjamin siguió haciendo sus preparativos con sangre fria imperturbable, y cuando los hubo terminado se dirigió hácia Torres.

Este, al ver al negro que se acercaba con la mecha en la mano, se estremeció, y dirigiéndose á Vicente dijo:

—¿Cuál será mi suerte si hablo?

—Por lo pronto no sufrirá usted el tormento que le tiene preparado Benjamin, y despues en vez de ser fusilado inmediatamente lo mandaré á usted con los otros prisioneros al cuartel general.

—Pregunte usted; estoy dispuesto á hablar.

—Yo seré el que interrogue—gritó César, que seguido de Eugenio acababa de llegar.

—Me alegro que llegueis tan á tiempo—dijo Vicente,—porque no sabia lo que debia preguntar.

—Pues entónces ¿qué era lo que tenias tanto empeño en saber?—preguntó Eugenio.

—Yo nada; quien se empeñó fué Benjamin que cayó aquí como llovido de las nubes trayendo á este pájaro por el cuello.

—Yo iba á Bayamo como el niño César mandó, y encontré en el camino mucha gente. Uno me dijo que Gervasio y Torres se habian escapado de Bayamo despues de prender fuego. El negro pensó que estos tunantes no escaparian sin la niña Elvira y la otra niña; volví con ellos, y he traido aquí á este que pude coger.

—¿Es cierto que venian ustedes de Bayamo?—preguntó César.

—Sí, señor—contestó Torres.

—¿Han abandonado ustedes la ciudad despues de incendiarla? Así es como quieren ustedes hacer la felicidad de un país, cuya sola desgracia es haber tenido semejantes hijos. Pero—continuó—¿qué han hecho ustedes de mi hermana y de la hija del cónsul inglés?

—Al abandonar á Bayamo salimos con ellas y no sé cuál habrá sido su paradero durante el combate.

—Tal vez se hayan escapado—dijo Eugenio.

—Es de todo punto imposible, porque iban las dos montadas en una mula, á cuya silla las sujetaban fuertes ligaduras. En todo caso, si Gervasio no ha muerto habrá escapado con ellas.

—¿Qué direccion llevaban ustedes?

—Pensábamos ganar la sierra, pero ustedes nos han cerrado el paso y no puedo saber hácia dónde se habrá retirado el grueso de nuestras fuerzas, y por lo tanto es difícil saber qué camino habrá tomado Gervasio con las prisioneras... Sin embargo...

—¿Qué?—preguntó Eugenio con afan.

—Gervasio tiene una guarida en uno de los cayos de las doce leguas.

—¿Son unos cayos que están frente la barra del Cauto?—interrogó César.

Torres movió afirmativamente la cabeza.

Eugenio se acercó á su amigo diciéndole en voz baja:

—No te fies mucho de éste; lo mejor es que tú por un lado y yo por otro interroguemos á los prisioneros, y alguno nos dirá lo que ha sido de Gervasio y las cautivas.

—Tienes razon.

—Mira, Benjamin—añadió Eugenio.—Coge una carabina y ponte al lado de éste hombre: si se mueve ó quiere hablar con alguien, mátalo como á un perro.

—Está bien.

Benjamin cogió una carabina, y con el dedo en el gatillo se puso á cuatro pasos de Torres mirándolo de hito en hito.

Eugenio y César se alejaron para examinar á los prisioneros, mientras que Vicente se sentó bajo un cobertizo que habian levantado los voluntarios para guarecerse del rocío, y empezó á poner en limpio, con su más hermoso carácter de letra, el parte que César mandaba al cuartel general sobre el resultado del combate.

El exámen de los prisioneros duró toda la noche.

Al amanecer César y Eugenio volvieron al cobertizo y encontraron durmiendo á Vicente.

—Ahora que me acuerdo—dijo Eugenio,—voy á hacer relevar á Benjamin y mandarlo acostar.

—Tienes razon; ya debiamos haberlo hecho ántes, pues se me figura que tendremos necesidad de él.

Eugenio salió, y al poco tiempo volvió acompañado del negro.

—Acuéstate—le mandó su amo;—y Benjamin fué tan obediente, que á los cinco minutos de recibir la órden hacia temblar el techo del colgadizo con sus sonoros ronquidos.

—Hablemos ahora—dijo Eugenio.—¿Qué has sabido?

—Poca cosa. Torres no mentia.

Cuando los insurgentes se convencieron de que no podrian resistir en Bay mo á nuestras tropas, pusieron fuego á la ciudad abandonándola con todo su botin, pero dividiéndose en varios grupos que han tomado caminos diferentes para burlar nuestra vigilancia.

Mi hermana y miss Clara estaban presas en una casa, y allí fueron á buscarlas esta tarde Gervasio y Torres. Las ataron á las dos sobre una mula, pero los que he interrogado no las han vuelto á ver á ellas ni á Gervasio desde que se disparó el primer tiro.

—Sin embargo, ni ellas ni Gervasio han perecido.

—No, pues he recorrido detenidamente el campo de batalla y visto los muertos uno por uno.

—Pues yo como tú interrogué á los prisioneros, que poco más ó ménos me dijeron lo que acabas de contarme; y aburrido de ver la poca luz que sus respuestas daban, me dirigí al tinglado que nos sirve de hospital de sangre, y allí uno de los rebeldes heridos me dijo que al principio del combate recibió un balazo en el muslo, y que con objeto de no ser atropellado por los combatientes se salió del camino arrastrándose como pudo, hasta que encontró un árbol donde se reclinó.

Al poco rato de estar allí vió pasar una mula con dos mujeres pidiendo socorro, y detrás un hombre que blasfemaba y arreaba la mula.

El hombre iba á pié, y por la voz le pareció Gervasio.

—¿Te dijo la direccion que tomaron?

—Sí.

—Pues no hay duda, ellas son; vamos corriendo en su busca.

—Ten calma; despues de las fatigas de la noche, bueno será un rato de descanso; Gervasio va á pié y tambien tendrá que descansar; de consiguiente pronto los encontraremos.

Lo que hay que pensar es cómo vamos á dejar el puesto.

—Nada más fácil. El alférez toma el mando de la partida, y yo aviso al general que para asuntos particulares me ausento.

—Corriente, aquí tienes recado de escribir; yo voy á acostarme un poco, y dentro de tres horas nos pondremos en marcha.

CAPÍTULO XXVI.

La pista.—El valle pedregoso.—El historiador Oviedo.—Las obras de la naturaleza.—Cenizas calientes.—Dudas.—Carbones.—Fuentes de betun.—El primer nombre de la Habana.—Los bohíos.

Dos horas despues de haberse acostado, Eugenio, que no podia conciliar el sueño se puso de pié y empezó á despertar á Vicente y al negro que roncaban como bienaventurados, mientras que César daba al alférez sus últimas instrucciones.

Montaron á caballo inmediatamente y al trote largo se alejaron hácia el sitio donde el insurgente herido dijo haber visto retirarse á Gervasio y sus cautivas.

Cuando calcularon que estarian cerca, Benjamin echó pié á tierra y dando las bridas de su caballo á Eugenio, empezó á andar describiendo círculos cada vez más anchos, observando el suelo con la mayor atencion.

Los tres amigos que tenian suma confianza en la sagacidad del negro, le dejaron hacer lo que quiso, pero observando atentamente sus movimientos.

Al cabo de un rato el negro se detuvo diciendo:

—Aquí está.

—¿Qué has visto?—preguntó Eugenio acercándose seguido de sus amigos.

—Esta es la huella de un hombre cojo,—observó Benjamin señalando una faja de yerba ajada que se extendia desde el campo de batalla hasta los primeros árboles de la vecina selva.

—Es cierto, aquí hay algunas hojas manchadas de sangre,—añadió Vicente.

—Pues sigamos el rastro—dijo Eugenio,—que él nos llevará al árbol donde se apoyó el herido.

Cuando llegaron al bosque, vieron que se detenia el rastro al pié de un cocotero.

Allí las manchas de sangre eran más extensas y la yerba estaba arrancada á puñados, como si el herido hubiera intentado restañar con ella la sangre que brotaba de la herida.

Benjamin volvió á trazar de nuevo los círculos ensanchándolos cada vez más, y á los pocos pasos se detuvo llamando á sus amos.

Habia encontrado en un terreno desnudo de yerba y húmedo aún con el rocío, marcadas las herraduras de una mula, y detrás de ella la marca de unos zapatos claveteados.

Por la separacion de las huellas y por su profundidad, conoció Benjamin que la mula corria, llevando una carga bastante pesada.

Las huellas del hombre indicaban tambien que corria y que llevaba espuelas, porque la estrella de éstas estaba marcada de vez en cuando en la tierra.

Siguieron aquella pista que parecia cada vez más reciente, hasta llegar á un valle cubierto de piedras.

Allí desaparecian por completo las huellas.

El negro parecia desorientado.

—Malditas piedras,—exclamó Eugenio.

—Estas no son piedras,—dijo Vicente.

—¿Pues qué son?

—Balas.

—No digas disparates.

—Bájate, y verás como son todas redondas.

—Es verdad,—repuso Eugenio bajándose del caballo,—pero aunque son redondas, no por eso dejan de ser piedras.

—¡Eh, César!—gritó á su amigo que distante algunos pasos deliberaba con el negro.

—¿Qué ocurre?

—¿Puedes decirnos—preguntó Vicente,—si éstas son piedras como pretende Eugenio, ó balas como creo yo?

—Yo os diré lo que sepa, pero andando, no conviene perder tiempo.

—¿Se sabe ya qué camino hemos de seguir?

—Lo más probable es que el mulato haya atravesado el valle en línea recta.

Benjamin cree con razon, que despues de la larga jornada que ha hecho la mula, tendrán que descansar á la salida de este pedregal.

—Pues vamos andando,—replicó Eugenio volviendo á montar.

—Es sumamente notable la extraordinaria abundancia de piedras redondas, ya calizas ya calcáreas, que se encuentran en la isla.

—¿Cómo explicas este fenómeno?

—No lo explico, me limito á consignarlo.

Los cantos que hasta hoy se han encontrado en distintos parajes del globo, en terrenos de aluvion afectan una forma más ó ménos redondeada, algunas veces oval y otras casi esférica,

pero no tan perfecta como la que tienen los que cubren este valle.

Estas piedras llamaron la atencion de los primeros conquistadores, tanto que Oviedo consagra todo un capítulo de su historia natural y general de las Indias á estas mismas piedras.

—¿Explica su existencia de alguna manera?

—Solamente da cuenta del hecho.

He leido mucho su historia y entre otros trozos, conservo en la memoria el siguiente que se refiere al punto que tratamos:

«Hai un valle en la isla de Cuba, que tendrá »casi tres leguas entre dos piezas ó montes, el cual »está lleno de piedras redondas como de bombar»das, guigeñas y de género de piedra muy fuerte »y redondísimas en tanta manera que con ningun »artificio se podian hacer más iguales y redondas. »E hai de ellas desde tamañas ó menores que »pelotas de escopeta, y ahí adelante de más en »más gruesas creciendo; las hai tan gruesas como »las quisieren para cualquier artillería aunque »sean para tiros que las pidan de un quintal y »mayores y de la gruezesa que las quisieren.»

—No sé qué admirar más, si tu memoria ó estas piedras.

—Dime—preguntó Vicente, —¿será este el valle de que hablaba Oviedo?

—No, porque este parece ser mucho más pequeño, pero eso no importa, pues hay varios en la isla.

Estas bolas se encuentran con especialidad en las sierra de *Cajalvana* y en el *Pan de Guajaibon* siendo diversas las materias de que están formadas.

Unas son de cuarzo comun, otras de cuarzo de Calcedonia ó de cuarzo ágata rojo, pero las más abundantes son de calcárea espática extratiforme ó de calcárea comun compacta y blancuzca.

—No puedo creer que la naturaleza produzca en tanta abundancia y en sitios determinados tantas bolas tan perfectas, y tanto más cuanto que dice César que no se encuentran en otra parte,—dijo Vicente.

—Es cierto,—contestó Eugenio,—pero no tienes más que verlas y tocarlas para comprender que son piedras.

—¿Qué cosa puede ser imposible á la naturaleza cuando tan lleno de maravillas está el mundo? —añadió César.

—Ya sé que la tierra está llena de portentos, pero estos portentos tienen su explicacion, al paso que este carece de ella.

—Así es,—repuso César.

—¿Pues entónces, por qué no he de creer yo que estas bolas son obra del arte.

—Puedes creer lo que quieras, porque en las cosas que no tienen explicacion cada uno las comprende á su manera, pero para admitir tu opinion es preciso olvidar que los primitivos habitantes de la isla, estaban sumamente atrasados y ni tenian ni conocian los utensilios necesarios que debieron ser muy perfectos para construir estas bolas.

—Además—añadió Eugenio—¿Qué aplicacion querias que tuviesen estas bolas?

Y áun suponiendo que ántes de la primitiva raza hubiese habitado la isla otra más civilizada, ¿o habian de haberse conservado de ellas

más restos que estos millones de bolas esparcidos por la isla?

No pudiendo Vicente contestar á las objeciones que le hacian sus amigos, picó al caballo y se puso al lado de Benjamin que se acercaba ya al límite del valle.

Allí el negro volvió á recorrer el terreno hasta que á los pocos pasos dieron de nuevo con las huellas.

Las siguieron algun rato, hasta llegar á un terreno sombreado por copudos árboles y sembrado de enormes masas de piedra.

Las huellas en este sitio eran más numerosas indicando que allí habian hecho alto Gervasio y sus prisioneras.

Los piés de estas, se veian marcados en algunos sitios y por último, lo que completó la evidencia fué un lugar cubierto de cenizas.

Era evidente que habian descansado allí largo rato y que hacia poco tiempo que habian abandonado aquel sitio, pues entre las cenizas se encontraban aún algunas brasas.

Los perseguidos no podian estar muy lejos; asi fué que sin detenerse siguieron la marcha los tres amigos, precedidos del negro que no apartaba los ojos del suelo, donde de trecho en trecho se veian algunas huellas.

Durante la marcha dijo Vicente.

—Una cosa me preocupa.

—¿Qué?—preguntó Eugenio.

—¿Has visto la clase de combustible que han usado?

—No reparé en ello.

—Pues era carbon de piedra y tú comprendes

que no vendria cargado el mulato con el combustible que habia de consumir.

—¿Y bien?

—¿Habremos equivocado la pista, siguiendo á algun honrado arriero en vez del mulato?—añadió Eugenio.

—Seria chasco pesado.

—Vamos á ver lo que dice César.

Los dos amigos alcanzaron á éste y le manifestaron sus dudas, pero él contestó.

—Ya reparé en eso, pero la inspeccion del terreno me tranquilizó.

Descansaron sobre una mina de carbon de piedra.

—De suerte que el suelo les dió combustible—observó Vicente.

—No creia.—dijo Eugenio—que se conocieran minas de carbon en la isla.

—Hasta ahora no las han explotado pero existen en varias partes.

Humbold al reconocer unas montañas de formacion primitiva en Guanabó, inmediatas á la costa del Norte, observó grandes masas de betun como inyectado por una fuerza interior, y no há muchos años se ha descubierto en el mismo sitio una mina de *lignita* incrustada en una roca blanda de color verde amarillento parecida á la *eufótida* de la cual creo sea una variedad,

El filon comienza inmediatamente debajo de una ligera capa de aluvion y sigue una direccion casi perpendicular, encontrándose el mineral en lechos paralelos horizontales.

Estos criaderos se diferencian de los ordinarios de carbon, en que no presentan capas regular-

mente estratificadas ni vestigio de fósiles vegetales ó animales, pareciendo ser una grieta natural de la roca llena de una materia carbonosa depositada allí, por una causa desconocida.

Tal vez por algun gran cataclismo.

Los señores Taylor y Clemson, apoyándose en las particularidades que acabo de haceros notar, creen que la formacion de las *serpentinas* y de las *eufótidas* se deben á los fuegos subterráneos del globo, que las han lanzado lo mismo que las rocas graníticas.

Sea lo que quiera, en la isla se encuentran con abundancia los betunes y el carbon mineral, encontrándose los filones á la superficie, y como he observado en el sitio donde acampó Gervasio, estaba depositado en la hendidura natural de una roca arcillosa y frágil de color gris sucio.

—¿Se han analizado estos carbones?—preguntó Eugenio.

—Ya lo creo. El carbon vetuminoso pesa 1,142 y tiene un color negro azabache brillante.

La fractura horizontal ofrece un gran número de anillos lisos, brillantes y de distintas dimensiones. Arde con mucha llama y humo, se funde y deja un coke ligero y voluminoso que encendido da poca ceniza.

El análisis de este combustible ha dado:

Materia volátil.....	63,00
Carbon.....	34,97
Cenizas y residuo.....	2,03
TOTAL.....	100,00

Otros ensayos hechos en 1828 con carbon de la veta de Guanabo, cuya gravedad específica es de 1,18, dió el siguiente resultado:

Materia volátil	28,00
Carbon	60,00
Cenizas y residuo	12,00
TOTAL	100,00

Como veis, este carbon es mucho más rico que el anterior.

Tambien se encuentran en la isla, especialmente en las costas del Norte, numerosas fuentes de betun líquido que admiraron mucho á los primeros navegantes, los cuales lo aprovechaban para carenar sus naves, y por eso llamaron al puerto de la Habana *Puerto de Carenas,* nombre que despues ha perdido.

A la caida de la tarde avistaron el mar, entrando en una vasta playa, en cuyo límite se alzaban algunos miserables bohíos.

La arena seca y movediza no conservaba huella alguna, lo cual dejó algo perplejos á los jóvenes.

Sin embargo; como al atravesar Gervasio y las prisioneras la playa, cualquiera que fuera la direccion que hubieran tomado, debian haber sido vistos por los habitantes de los bohíos, marcharon hácia ellos.

A su llegada salieron de las cabañas multitud de chiquillos que los rodearon mirándolos con admiracion.

CAPÍTULO XXVII.

Un auxiliar.—En el mar.—Los colorados de afuera.—Itinerario.—¡Ah de la embarcacion!—El náufrago.—La caza.—El consejo.—El plan de Benjamin.—Combate.—Victoria costosa.

—¿Tendria usted la bondad de decirme si ha visto pasar por esta playa un mulato acompañando á dos señoras montadas en una mula?—dijo César, dirigiéndose á un anciano de cabeza y barba blanca, cubierto con un mal sombrero de palma y un traje de lona, que estaba apoyado en el dintel de una puerta.

—No los he visto—respondió el viejo acercándose al grupo que formaban los jinetes,—pero he oido decir que han estado aquí las personas por quien pregunta.

—¿Acaso ya no están?

—No señor. Hace una hora, cuando volvia del mar, los ví salir en la lancha de Andrés, con direccion á los cayos.

La mula ha quedado en casa de Andrés.

—¿Hay alguna lancha disponible?—preguntó Eugenio terciando en la conversacion.

—Sí señor; dentro de tres ó cuatro horas estará lista la mia.

—¿No se podria encontrar otra ahora mismo?

—No señor.

—Se dará lo que pidan,—añadió Eugenio.

—Es absolutamente imposible; todos los ma-

rineros que habitan estos bohíos, han ido al monte á hacer leña; estoy yo solo y tendria necesidad de ayuda para bótar mi lancha que está varada y ayudarme despues en la maniobra.

—Si no es más que eso, nosotros ayudaremos á usted,—dijo César saltando del caballo.

—¿Tanto interés tienen ustedes en alcanzar á esos viajeros?—preguntó el viejo con extrañeza.

—Como que una de esas jóvenes es mi hermana que me roban,—exclamó con voz conmovida César.

—¿Acaso es usted hijo de don Pedro Urrucheaga?

—¿Conoce usted á mi padre?—preguntó César admirado.

—Como que no hace un mes le dí en Cuba noticias de su hija y de la del cónsul inglés, á las que encontré camino de Bayamo.

—Pues entónces, usted me ayudará á salvarlas.

—Aunque me cueste la vida,—dijo el viejo marinero profundamente conmovido.—Tú, moreno—dijo á Benjamin,—entra los caballos en el cercado que está detrás del bohío. Panchito,—continuó dirigiéndose á un chico como de diez años,—acompaña á éste al bohío y encárgate de los caballos. Cuando venga tu padre, díle que he ido á un viaje.

—Es mi nieto—añadió dirigiéndose á los tres amigos,—y se puede decir que todos los que viven en estos bohíos son mis hijos, porque á casi todos los he visto nacer.

¿Con que todavía no han podido libertar á las

dos jóvenes? Pues no tardará mucho en suceder.

La lancha de Andrés es fina, velera, pero no se puede comparar con la mia. Ya verán ustedes cuando largue el trapo.

Todo esto lo decia el viejo sin perder el tiempo. Mientras hablaba, preparaba la vela, metia en la lancha los remos, el timon y una vieja escopeta de dos cañones.

Cuando lo hubo preparado todo, llegó Benjamin y los cinco, empujando la lancha con los hombros, la botaron al agua, saltando en ella con ligereza.

—Es inútil largar la vela,—observó el viejo;—el viento es flojo, y dentro de poco soplará la brisa del mar; agárrense ustedes á los remos y yo me pondré al timon. Vamos—añadió viendo que los tres amigos y el negro estaban dispuestos á remar.—Bogad firme.

—¿A dónde vamos?

—Es probable que el mulato las haya llevado á uno de los cayos *de las doce leguas*.

—No creo que Andrés haya querido ir tan léjos. En fin, vamos á ver.

Los amigos remaban con vigor y la lancha corria con rapidez.

La noche avanzaba y pronto envolvió á la tierra con su oscuro manto no viéndose más que la luminosa estela que formaba la quilla de la lancha.

La benéfica brisa que todas las noches refrescaba las costas de Cuba empezó á rizar el mar.

El viejo marinero abandonó el timon, y ayudado de Benjamin, armó el mastelero é izó una gran vela cuadrada.

En seguida aseguró la escota y torciendo la caña á babor puso la proa al NO.

La barca se inclinó graciosamente sobre las olas cortándolas con rapidez y los tres amigos pudieron dejar los remos.

—¿Qué bultos negros son esos que se ven por la proa?—preguntó Eugenio.

—Son unas peñas llamadas los *Colorados de afuera:* cuando lleguemos á ellos entraremos en el pequeño canal de *Balandras* formado por la punta de *Niguera* y el veril más meridional del gran banco de *Buena Esperanza.*

Miren ustedes, ahora vamos á pasar rascando con el cayo Rabihorcado; despues pasaremos por otros muchos cayos que están encima de un gran banco de arena frente á la costa.

—¿No habrá peligro de varar?—preguntó Eugenio.

—Con los ojos vendados me paseo yo por todos los canales que surcan el banco.

Luego tomaremos el canal de Pitajaya, seguiremos hácia el NO. é iremos á un canal que lo forman los cayos de los Muertos, Ana María y Arena.

Cuando salgamos mar afuera, que ya será de dia verán ustedes los cayos *de las doce leguas* que corren de SE. á NO...

—¡Ah de la embarcacion!—gritó una voz que parecia salir del centro del mar.

Vicente y Benjamin se pusieron en pié con los cabellos erizados.

El marinero orzó rápidamente y la dócil lancha, poniendo la proa al viento, quedó inmóvil sobre las olas.

Todos escuchaban deteniendo la respiracion para no perder el menor ruido.

—¡Ah de la embarcacion!—gritó de nuevo la voz.

—¿Quién va?—preguntó el pescador ahuecando las manos y colocándolas junto á la boca.

—Un pobre pescador que se encuentra aquí sin auxilio.

—¿Dónde?

—En la Peña chica.

—¿Eres Andrés?—preguntó el viejo.

—Sí. ¿Es usted acaso el padre?

—Sí hombre, espera que allá vamos.

El viejo cargó la vela: los jóvenes y el negro tomaron de nuevo los remos dirigiéndose con precaucion hácia tierra.

—Diga usted,—preguntó Eugenio—¿no se llamaba Andrés el que iba con el mulato?

—El es quien nos llama.

—¿Habrán naufragado?

—No lo creo, porque Andrés es un muchacho listo y conoce estos andurriales. De todos modos pronto sabremos lo que ha sucedido.

Al mismo tiempo la barca tocó en una peña y un hombre con los vestidos chorreando agua saltó en ella.

—¿Qué te sucede, hombre?—preguntó el viejo al recien llegado.

—Nada, padre, que un mulato que traia dos señoras me fletó esta tarde para que lo llevara á Cayo Grande.

Hará media hora, en cuanto anocheció, el mulato se acercó á mí pidiéndome fuego para encender un cigarro; me levanté para dárselo

y me dió un empujon que me lanzó al agua.

Mi bote llevaba mucha salida y me fué imposible alcanzarlo, luego... La verdad, como hay aquí tanto tiburon y estaba cerca de la Peña chica me subí á ella.

—Hiciste bien.

—Nó, pero lo que es el mulato se ha de acordar de mí á fe de Andrés.

—Pues mira, nosotros vamos en busca de él, y estos caballeros le van á ajustar una cuenta.

—Mejor.

—¿Viste hácia dónde puso la proa?

—Espere usted. Cuando caí al agua demorábamos frente al estero de Vertientes, él siguió al O., de suerte que, como no sea muy práctico, ha de haber varado á la entrada del Negrillo.

—Pues ya estamos cerca.

—Sí, pero no está varado, mírelo por donde va en demanda de Cayo Mordazo.

—Lo que es ahora no se escapa. A los remos, y ántes de salir el sol es nuestro.

Los tripulantes empezaron á bogar con ardor y la lancha redobló su velocidad.

Poco ántes de amanecer, el bote perseguido atracó á una gran peña circular que se alzaba verticalmente sobre el mar.

La distancia que separaba á las dos embarcaciones era muy corta, asi es que vieron perfectamente al mulato coger una por una á las dos jóvenes y llevarlas al centro del cayo.

Luego volvió, ató la barca á tierra y parapetándose detrás de ella hizo fuego.

La bala silbó por cima de la barca agujereando la vela.

El viejo viró en redondo, y ántes que el mulato pudiera cargar, estaba ya fuera de tiro.

Una ligera nube blanca se alzó del cayo y una bala rebotó en el agua á una braza del bote.

—Aquí ya no nos alcanza y podemos celebrar consejo.

—No hay más consejo,—dijo impetuosamente Eugenio—que marchar sobre él y acribillarlo á balazos.

—¿Es esa la opinion de los dos?—preguntó el viejo.

—Creo que no hay otro camino,—contestó Andrés.

—¿No podemos atracar al cayo por otro lado? —preguntó César.

—Imposible,—respondió el viejo—sólo un nadador audaz podia intentar escalar el cayo; pero áun asi, como el mulato ve todos nuestros movimientos, ántes de que llegara á tierra ya habria muerto.

Por otra parte, atacándole de frente exponemos nuestras vidas.

—Si no hay otro remedio es preciso atacarle frente á frente.

—¿Están ustedes dispuestos?

—Sí,—contestaron todos.

—Negro quiere hablar, si niño César manda.

—Habla.

—Andar y tirar contra Gervasio por un lado; el negro nadando subirá por otro y le matará con el machete.

Apenas habia acabado de hablar Benjamin, y ántes de que su amo hubiera podido darle el permiso que pedia, se deslizó al agua con el ma-

chete entre los dientes, por el costado opuesto á la tierra, de modo que el mulato no pudo ver su desaparicion.

—Es buena idea la del negro—dijo el viejo marino haciendo rumbo hácia el cayo.

Vamos á dar bordadas cortas delante del mulato y á disparar sin cesar sobre él; puede que alguna de nuestras balas lo mate.

De todas maneras lo distraerán lo bastante para que el negro pueda despacharlo.

Los tres jóvenes tomaron puesto en la proa con sus carabinas preparadas.

Andrés, que tambien era valiente, se les unió con la escopeta del patron.

Cuando llegaron á tiro, el mulato rompió el fuego, que fué contestado por los de á bordo.

La rapidez de la barca siempre en movimiento y agitada por fuertes balances, pues el viento habia refrescado mucho, hacia ineficaces los disparos del mulato.

Por la misma causa no obtenian mejor resultado nuestros tiradores. Pero esto no les importaba; su principal objeto era ganar tiempo.

La barca habia recibido algunos balazos en su vela, uno agujereó el sombrero de Vicente y otro rozó el hombro del viejo patron.

Media hora hacia que se habia roto el fuego cuando Eugenio, abriendo los brazos, cayó en el fondo de la barca bañado en sangre,

Todos se precipitaron sobre él para socorrerlo.

Al mismo tiempo una forma negra se alzó detrás del mulato; brilló un cuchillo iluminado por el naciente sol y el mulato desapareció detrás de la barca.

—La herida es grave, pero no mortal,—dijo el patron despues de haber reconocido el pecho de Eugenio.—La bala se ha alojado entre dos costillas. Ahora lo que importa es evitar que pierda sangre.

Abrió una especie de armario que habia bajo el asiento de popa, sacó una calabaza que contenia un poco de agua y lavó con ella la herida, vendándola despues con los pañuelos que le dieron Vicente y César.

Despues lo acomodaron en el fondo de la lancha cubriéndole con una vela para que no le molestara el sol, y se dirigieron al cayo resueltos á matar al mulato á toda costa.

Pero cuando se disponian á hacer fuego, descubrieron en lo alto de la pelada roca al negro y á las dos jóvenes que les hacian amistosas señas con los pañuelos.

CAPÍTULO XXVIII.

La marcha.—Expedicion del negro.—Relacion de las prisioneras.—Incendio de Bayamo.—La huida.—Modo de deshacerse de un importuno.—La instalacion.

Inmediatamente que llegaron al cayo tomaron á bordo de la lancha al negro y á las dos jóvenes y se hicieron de nuevo al mar para ganar un cayo donde, segun aseguraba el viejo pescador, encontrarian agua y sombra, y podrian dedicarse con más espacio y comodidad al cuidado del herido.

El cuerpo del infame Gervasio fué dejado sobre la roca para que sirviera de pasto á las aves de rapiña.

Mientras duró el trayecto, despues de pasados los primeros trasportes del dolor que sintieron las jóvenes al ver herido y desmayado á Eugenio, Benjamin contó cómo nadando entre dos aguas para evitar el ser visto por el mulato, ganó el cayo, que por todas partes se alzaba verticalmente sobre las olas.

Habiendo dado ya casi la vuelta sin descubrir sitio para subir, se decidió á abordar el cayo por su única parte accesible y empeñar con el mulato un combate cuerpo á cuerpo.

Apenas habia tomado esta resolucion, notó que habia unas grietas en la peña por las cuales juzgó poder subir.

Emprendió la ascension y á costa de mil peligros y trabajos logró llegar á la cima.

Una vez allí se arrastró por entre las peñas sin ser sentido de nadie, y llegó detrás del mulato al mismo tiempo que disparaba.

Su posicion le impidió ver el efecto del disparo.

Se levantó y cogiendo á Gervasio por la nuca le hundió entre las dos paletillas su acerado puñal.

Entónces corrió donde las dos jóvenes estaban, las libertó de sus ligaduras y, enterándolas de la situacion, corrió con ellas á recibir á los vencedores sin sospechar siquiera el daño que habian sufrido.

Al acabar el negro su relacion, el bote tocó en tierra y los viajeros saltaron en un extenso cayo cuyo piso tapizaba una espesa y fina yerba sombreada por gran número de crecidos arbustos y copudos árboles.

El viejo pescador dejó á Andrés el cuidado de asegurar el bote, mientras él, ayudado por los otros hombres, se ocupaba en construir una camilla.

Para esto cogieron dos remos sobre los que aseguraron varias tablas del piso del bote, y encima colocaron la vela plegada en muchos dobleces.

En el centro del cayo, bajo unos frondosos árboles, brotaba un manantial de agua dulce que corria serpenteando entre la yerba hasta perderse en el mar.

En aquel delicioso sitio se armó una tienda, para lo cual sirvió la vela, y á la media hora de

haber desembarcado descansaba allí Eugenio sobre un lecho de mullida yerba seca.

Despues que las dos jóvenes hubieron cuidado al herido, viendo que éste parecia dormir tranquilamente, se apartaron á un lado, y sentándose al pié de un árbol acompañadas de César, Vicente y los dos marinos, empezaron el relato de sus aventuras.

—Cuando nos separamos del viejo pescador—dijo Elvira, que era la que tenia la palabra,—marchamos sin accidente alguno hasta Bayamo y allí nos encerraron en una gran casa á donde venian con regularidad á traernos de comer uno ú otro de nuestros dos carceleros.

Asi pasamos unos cuantos dias sin saber la suerte que nos estaba reservada, hasta que la casualidad nos la hizo entrever.

Un dia oimos rumor de voces en la inmediata estancia.

Prestamos atencion, y reconocimos en las voces á Gervasio y Torres que disputaban con calor acerca de nosotras.

Torres queria separarnos y llevarse á su casa á miss Clara, de la cual pretendia ser dueño. Gervasio se oponia, diciendo que sin él no hubiera podido apoderarse de nosotras y que hubiera fracasado como fracasó en el ataque del *San Pedro*.

De lo que pudimos deducir de sus palabras, Gervasio, al apoderarse de nosotras, lo habia hecho con una mira interesada, proponiéndose más tarde exigir de nuestros padres un crecido rescate.

La cuestion se fué agriando en términos que

llegaron á las manos, tirando de los machetes, y no sé lo que hubiera sucedido á no llegar otros insurgentes, lo que supimos por el ruido que hicieron al entrar y separar á los combatientes.

Despues cesó el tumulto y pasamos dos horas en la mayor ansiedad sin saber lo que habia sucedido.

Trascurridas estas dos horas, que nos parecieron muy largas, sentimos muchos pasos cerca de nuestra puerta y resonar en el suelo las culatas de algunos fusiles.

Se corrieron los cerrojos, la puerta se abrió y un jóven apareció en ella.

Era un oficial del ejército rebelde que, seguido de una pequeña escolta, venia por nosotras.

En cuanto nos intimó la órden que traia, le seguimos hasta otra casa donde nos encerraron.

Allí habia presas tambien otras muchas españolas, y desde entonces no volvimos á ver ni al mulato ni á Torres; no cesábamos de dar gracias á Dios, que en medio de nuestra desventura nos habia dado el consuelo de estar acompañadas de personas de nuestro sexo y libres de las asechanzas de nuestros raptores.

Asi estuvimos, hasta que anteanoche sentimos en el pueblo un tumulto espantoso que nos hizo acudir á las rejas de nuestra prision.

Un resplandor siniestro iluminaba la calle, en la cual muchos hombres se ocupaban en cargar carros y caballerías con cuantos objetos de algun valor podian sacar de las casas.

Algun tiempo despues ya no nos pudo quedar duda alguna acerca del orígen del resplandor que iluminaba la calle.

Agudas lenguas de fuego se dejaron ver coronando los tejados de las casas vecinas, y densas nubes de humo invadieron la calle y penetraron en nuestra prision llenándonos á todas de espanto.

Nuestra puerta se abrió; todas corrimos hácia ella buscando en la fuga nuestra salvacion; pero mientras las otras, más felices, lograban escaparse, nosotras nos vimos detenidas por Gervasio y Torres que nos cerraban el paso.

No os podremos decir cómo se reconciliaron aquellos hombres ni lo que pensaban hacer de nosotras, porque no cambiamos con ellos una sola palabra.

Nos sacaron á la calle, donde habia una mula, nos montaron en ella sujetándonos fuertemente á la silla por medio de unas cuerdas y, montando ellos en unos caballos que los esperaban, marchamos á paso largo á unirnos con un convoy que salia de la ciudad.

Cuando llegamos al campo oimos un vivo fuego de cañon y fusilería que hasta entonces no habiamos podido distinguir á causa del tumulto, que segun dije, reinaba en Bayamo.

Pero el convoy de que formábamos parte parecia alejarse del combate.

Durante la marcha, que fué muy precipitada, no vimos á Gervasio que marchaba á la cabeza de la columna; pero en cambio Torres no se separaba de nosotras.

Despues el convoy se detuvo y oimos una porcion de disparos.

Torres encargó nuestra custodia á un insurgente que marchaba á su lado, y picando su ca-

ballo se alejó á galope en direccion hácia donde se oian las detonaciones.

El combate duró largo tiempo sin que nosotras supiéramos quién nos atacaba ni cuál seria su resultado.

Por fin llegó Gervasio corriendo á pié y cubierto de sangre, tomó por el freno nuestra mula y quiso alejarse, pero el insurgente á quien Torres habia encargado nuestra guarda se opuso.

Mediaron algunas palabras, pero pocas, porque el mulato saltó la tapa de los sesos á nuestro guardian. Despues le quitó la canana y el fusil con que estaba armado, volvió á coger nuestra mula y se internó en el bosque.

Estuvimos andando toda la noche sin cambiar una palabra.

Al otro dia estábamos tan fatigadas que sin las cuerdas que nos sujetaban á la mula nos hubiéramos caido mil veces.

Por fin á eso de las doce descansamos dos ó tres horas, tomamos algun alimento, y proseguimos la marcha hácia el mar.

Al llegar á los bohíos de los pescadores, Gervasio se detuvo y nos advirtió que si deciamos una sola palabra ó haciamos el menor movimiento que indicara que no lo seguiamos por nuestro gusto, nos mataba en el acto.

En seguida, sin esperar nuestra respuesta nos desató, de lo cual nos alegramos infinito porque las cuerdas nos causaban dolores insufribles, y marchó resueltamente hácia los bohíos.

No creo necesario deciros que teniamos un miedo cerval á Gervasio, que por otra parte era hombre de cumplir lo que nos habia prometido;

asi fué que no desplegamos los labios mientras ajustó con Andrés el flete de la barca.

—Es cierto—dijo el aludido,—y si yo hubiera podido sospechar lo que sucedia le salto al pescuezo, pues tampoco soy de paja, y asi nos hubiéramos evitado el viaje, mi baño y la herida de ese valiente señorito.

—Subimos á la barca,—prosiguió Elvira—y como estábamos tan cansadas, nos tendimos en el fondo y al poco rato dormiamos profundamente.

No sé cuánto duraria nuestro sueño porque cuando abrimos los ojos era de noche; pero nos despertó un grito horrible y una violenta sacudida que sufrió la barca.

—¿Qué es eso?—pregunté incorporándome.

—Nada, señorita,—contestó Gervasio friamente cogiendo la caña del timon.

—¿Y el marinero?—volví á preguntar notando la desaparicion de Andrés.

—Me estorbaba,—contestó.

—¡Y lo has asesinado cobardemente!

—No señora, lo he tirado al agua.

—Pero ese desgraciado se va á ahogar,

—Señorita,—me replicó con grosería—cuídese usted de lo que le importa y déjeme á mí arreglar mis asuntos. Aquí no hay más amo que yo y no estoy de humor para escuchar sermones.

Miss Clara, temblando de miedo, me pidió que callara y yo obedecí.

En toda la noche no pudimos volver á dormir, pues siempre resonaba en nuestros oidos el lastimoso grito que nos despertara.

Estuvimos rezando y llorando hasta que amaneció.

Entónces pudimos ver por la popa la vela de vuestra barca y un rayo de alegría iluminó nuestros semblantes.

Gervasio lo conoció, volvió la cabeza y lanzó una terrible blasfemia.

—Creeis que nos persiguen,—gritó.—Pues veremos quién es el guapo que se atreve á sacaros de mis manos.

Diciendo esto, se dirigió al peñasco donde ahora yace su cuerpo, y nos hizo desembarcar; nos amarró de nuevo, poniéndonos en una hondonada donde no veiamos mas que el cielo.

Al poco rato sentimos muchos disparos y empezamos á rogar á Dios que diese la victoria á los que atacaban, si eran españoles, ó á nosotras la muerte si era Torres, pues temiamos que él fuera quien nos perseguia.

Por fin vino Benjamin, cortó nuestras ligaduras y nos enteró de lo que sucedia.

¡Con cuánto placer corriamos á haceros señas sin sospechar que nuestra libertad habia costado tan cara!

Elvira rompió en llanto al pronunciar estas últimas palabras, y cogiendo la mano de su amiga, marchó con ella á sentarse al lado del herido, dejando á los hombres ocuparse de los trabajos de instalacion.

CAPÍTULO XXIX.

El manantial.—La tortuga.—El carey —Falsificaciones.—Tortuga de cuero.—Sopa de tortuga.—El tiro.—La esfinge.—El manatí.—Orígen de los tritones y sirenas.—Los cocuyos.—Conclusion.

Tres dias despues de la llegada al cayo, el estado del herido era bastante lisongero y en la pequeña colonia reinaba bastante alegría, disponiéndose todo para una pronta partida que Eugenio podia ya soportar sin graves inconvenientes.

César y Vicente habian salido á recorrer el cayo con los marineros en busca de provisiones.

César explicaba á Vicente y á los dos pescadores el orígen del manantial que brotaba en el cayo, cosa que á ellos les parecia sobrenatural.

—La isla puede decirse que está formada de terrenos secundarios y terciarios á través de los cuales se perciben rocas de granito *gneis*, de *syenita* y de *eufótida*, pero en el todo dominan las formaciones calcáreas ya de la segunda época, ya mucho más modernas.

Estos lechos calcáreos presentan grandes cavernas subterráneas donde se acumulan las aguas de las lluvias y se sumergen rios no pequeños. La parte sumergida y la inmediata á la orilla del mar, es tambien de formacion secundaria, de caliza compacta, y abunda del mismo modo en cavernas, de suerte, que por efecto de presion de las aguas depositadas en las cavidades de la isla, de

las cuales, como he dicho, se sumergen algunos rios, brotan en los cayos del Sur muchos manantiales de agua dulce.

—¿Cómo explica usted—preguntó el viejo pescador,—la existencia en el centro de la bahía de Jagua de un manantial de agua dulce que brota en medio de la del mar?

—De la misma manera, por el efecto de la presion hidrostática del líquido depositado en los receptáculos subterráneos de la isla...

—Silencio—dijo en voz baja Andrés deteniéndose,—allí viene una tortuga.

Todos se agazaparon detrás de unas matas y vieron que del mar salia una enorme tortuga que con paso grave y mesurado se dirigia al centro del cayo.

Cuando estubo bastante léjos del mar, César y sus compañeros corrieron á ella cortándole la retirada, y á pesar de los esfuerzos del conchudo reptil, lograron levantarlo dejándolo caer sobre su concha, en cuya posicion estaban seguros de que no escaparia, por más que azotase el aire con sus patas en forma de remos.

—Buena pesca hemos hecho—dijo el viejo,—no es gran cosa para comer, pero en cambio su concha vale bastante dinero.

—¿Son de estas tortugas de las que se saca el carey?—preguntó Vicente.

—Sí,—replicó César —Esta es de la gran familia de los *Chelonianos*, primer órden de los reptiles, género de tortugas.

Esta se llama *Chelonia imbricata* ó carey, como vulgarmente se dice.

La coraza que le sirve de defensa, está dividida

en dos piezas principales; el carapacho, que es la parte que cubre la espalda, está formado por la reunion de las costillas y de las vértebras dorsales y cubierto por trece grandes escamas, puestas á modo de tejadillo y son las que se emplean para peines, cajas de tabaco y otros muchos usos.

El carey se trabaja como las astas ablandándola en agua hirviendo y dándole por este medio la forma que se quiere.

Mientras tanto los dos marinos habian degollado al animal, y quitándole los intestinos con lo cual pudieron cargar con él más fácilmente, y todos juntos tomaron el camino del vivac.

Durante la marcha, siguió César hablando de las tortugas, de esta suerte:

—Hay una especie de tortugas cuyo carapacho en vez de estar formado de conchas como el de la que acabamos de matar, es simplemente de cuero. Estas son las que Linneo llama *testudo coriacea*; pero no creo que se encuentren en ningun paraje de la isla.

—¿Habitan sólo en estos mares?—preguntó Vicente.

—Son muy comunes en todos, pero donde más abundan es en el Océano Atlántico y en los mares del Sur; ordinariamente se encuentran en alta mar, pero hacen largos viajes para depositar sus huevos en los más desiertos arenales.

Para dormir se retiran mar adentro, meten su cabeza y patas dentro de la concha y se dejan mecer por las olas, siendo esta la ocasion más favorable para pescarla, pues tienen el sueño muy pesado.

Además de su rica concha, la carne de este

reptil es muy sabrosa y muy apreciada, especialmente en Inglaterra, donde la hacen en un guiso bastante picante que llaman *turtle soup* y que se vende muy caro en los *eating-houses*.

Solamente para buscar tortugas para el uso de los grastrónomos, salen de los puertos ingleses multitud de barcos que llegan hasta el mar de la India; y los especuladores han establecido en las costas grandes parques donde las conservan vivas y las crian.

—¿No todas alcanzarán este tamaño?

—La mayoría son mucho más pequeñas; pero esta no alcanza todavía los últimos límites.

Antiguamente abundaban mucho las tortugas en estas costas y eran de un tamaño colosal.

Herrera cuenta que de algunas se sacaba un quintal castellano de manteca y carne.

Oviedo dice que para sacar una de ellas del agua se necesitaban quince hombres, y que las menores era carga suficiente para dos hombres.

Cuando ya estaban cerca de la tienda, oyeron un disparo que parecia salir de ella.

Temiendo alguna desgracia, corrieron allá y vieron á las dos jóvenes agrupadas detras de Eugenio, pálidas y temblorosas mientras que éste, apoyado en el codo izquierdo, tenia aún en la mano una carabina.

—¿Qué sucede?—preguntó César tan pronto como llegó al alcance de la voz.

—No sé,—contestó Eugenio,—miss Clara y Elvira estaban hablando conmigo, cuando de repente dieron un grito señalándome aquellas malezas.

Seguí con la vista la direccion que me indi-

caban y ví un terrible mónstruo que nos miraba atentamente.

Entonces cogí esta carabina que se encontraba á mi alcance é hice fuego.

—¿Y el mónstruo?—preguntó Vicente con voz poco segura.

—Desapareció.

—¿Pero no pudiste ver su forma?

—Vagamente, porque todo ha pasado en un instante, pero sin embargo me pareció como una esfinge.

—Vamos á ver si logramos encontrarlo—repuso César.

—Como Eugenio está herido yo me quedaré con él—contestó Vicente intranquilo.

César sin responder tomó su carabina y se alejó seguido del negro y los pescadores igualmente armados.

En el matorral vieron un gran charco de sangre, y despues un rastro de ella que se alejaba hácia el mar.

Mas adelante encontraron un gran pescado de cuerpo oblongo terminado por una nadadera oval larga, otras nadaderas en la parte anterior del cuerpo en las que se descubri n vestigios de uñas, unos pechos bastante parecidos á los de las mujeres y una cabeza redonda adornada con grandes vigotes y ojos de particular dulzura.

A pesar de estar herido, Eugenio habia atravesado la cabeza del pez, el cual pudo sólo en su agonía arrastrarse algunas varas.

César y sus compañeros lo llevaron al campamento, y el primero dijo así que llegó:

—Aquí tienen ustedes la esfinge.

—Pues no se diferencia mucho de las que he visto pintadas—replicó Eugenio.—De todas suertes es un animal extraño.

—Si,—contestó Elvira—pero yo debí reconocer en él al manatí.

—¿Es feroz ese animal?—preguntó miss Clara.

—Es el animal más dulce que habita los mares,—respondió César.

Es un cetáceo hervívoro que lo confundian ántes con las morsas, pero Cuvier lo coloca en la primera familia de los cetáceos.

Sus dientes son chatos y esto le obliga á salir frecuentemente á tierra para pastar.

Los manatíes alcanzan á veces hasta 15 piés de largo y habitan en los rios y parajes más cálidos del Atlántico, si bien los africanos difieren bastante de estos.

De la forma de los manatíes sacaron los antiguos los tritones y sirenas, y su nombre de manatíes, procede de que cuando están en tierra andan con sus nadaderas y se sirven de ellas como si fueran manos para coger á sus pequeñuelos.

Tambien á causa de sus costumbres les llaman vacas marinas.

Su carne es bastante agradable, y de sus espinas hacen en Cuba unos látigos sumamente fuertes y unos bastones muy lindos y trasparentes.

Aquella noche cruzaron por el cayo algunas bandas de cocuyos y los jóvenes pudieron coger algunos, lo cual dió márgen á que César diera á sus amigos algunas explicaciones acerca de tan curioso animal.

—Este insecto,—dijo,—pertenece á la tríbu de los *notopedalater* cuyo nombre se les ha dado, porque puesto el insecto boca arriba salta como un resorte, que es el único medio que tiene para recobrar su posicion natural.

Esta variedad la conocen los naturalistas por el nombre de *Elater noctilus* y es peculiar de la América Meridional.

Como veis tiene una pulgada de largo, su color es castaño oscuro y por su forma se parece bastante á la corredera, con la cual puede confundirse de dia; pero de noche esta mancha convexa y fosfórica lo distingue bastante, haciéndolo sumamente curioso.

Poniéndolo boca arriba vereis que con los esfuerzos que hace para saltar, se entreabre su corselete y deja ver en el interior de su abdomen una masa luminosa cuyo brillo fosfórico disminuye á su antojo el animal.

Este insecto llamó desde luego la atencion de los primeros españoles que pisaron la isla, y acerca de ellos se han contado muchas historias que parecen fábulas, pero que no obstante han sido acogidas de buena fe por los sabios europeos.

Cuvier dice, y esto es cierto, como podeis ver, que á la luz de muchos cocuyos encerrados en un vaso se puede leer; pero lo que no es cierto, es lo que asegura el mismo autor, que las mujeres se alumbran con ellos para trabajar, y que los indios se los atan á los piés para alumbrar el camino.

Esto á lo menos no lo he visto hacer en Cuba y me parece que Cuvier ha prestado mucha fe á

Laet y Bomaré, los cuales á su vez se han fiado demasiado de Herrera, Gomara y Oviedo.

Por la mañana se levantaron bien temprano y trasladando á Eugenio al bote, hicieron rumbo á Manzanillo en cuyo puerto entraron sin novedad al anochecer del siguiente dia.

EPÍLOGO.

En Cuba se restableció completamente Eugenio, y el mismo dia se casaron él y Elvira, César y miss Clara. Segun las noticias que tenemos, gozan aún de la luna de miel.

Como ya está casi vencida la insurreccion, no hacen más expediciones, áun cuando siguen manteniendo á su costa la partida de voluntarios.

El brillante valor de Vicente le ha valido un buen destino en Hacienda, y su rojo pelo parece que ha cautivado el corazon de una cubana bastante rica.

Pero como estos no pasan de ser rumores, de cuyo fundamento no podemos responder, no queremos decir á nuestros lectores que piensan casarse tan pronto como la insurreccion termine por completo.

Benjamin, en pago de sus buenos servicios, ha recibido de manos de su linda ama la libertad y una tierrecita que cultiva con bastante provecho.

Mr. Werry no ha querido ser ménos, y le ha dado 4.000 duros para que dote á la mujer que elija.

Excusado es decir que todas las negras, muchas mulatas y algunas blancas, encuentran á

Benjamin muy de su gusto, por lo cual creemos que pronto hará su eleccion.

Mr. Werry y D. Pedro se pusieron de acuerdo para regalar al viejo pescador un lindo pailebot, con el cual hace frecuentes viajes á la Habana, sirviéndole de segundo Andrés.

En uno de los últimos viajes que han hecho, trajeron la noticia de que Torres habia sido fusilado.

FIN.

INDICE.

CAPÍTULOS.		PÁGINAS.
I.	Un naturalista.—Un cesante y un propietario.—La carta.—La insurreccion de Cuba.—Dos reclutas.—La partida.	5
II.	Cádiz.—La ciudad sumergida.—La playa artificial.—Movimientos del mar.—El puente de Zuazo.—Un cubano.—Tierra en las nubes.—Las Canarias.—Visita al Pico.—El volcan apagado.....	15
III.	El temporal.—El vapor incendiado.—Horror y confusion.—La Santa Bárbara.—La balsa improvisada.—El inglés salvado.—Regreso al *Isla de Cuba*.—Las presentaciones.—Un corazon perdido.....	27
IV.	Relacion del naufragio.—Un aficionado al café.—El incendio.—Envidia y odio.—Amor violento.—Un fiel observador de la etiqueta.—Dos rivales.	36
V.	Sobre la toldilla.—Un recuerdo á Colon.—Las corrientes y los vientos.—Errores geográficos.—El huevo de Colon.—Americo Vespucio.—El Adan americano.—Las trombas marinas.—Tierra.....	44
VI.	Puerto-Príncipe.—El lugar del Paraíso.—Un cachalote apurado.—Lucha en el mar.—El choque.—El pez espada.—Discusiones á bordo.—Las mariposas marinas.....	57

CAPÍTULOS. PÁGINAS.

VII. Los pterópodos.—La estela fosfórica.—Animales microscópicos. —Entrada en la Habana.—Las fortificaciones.—Un poco de historia.—Capital agrícola de la isla..... 66

VIII. Un paseo por la Habana.—Continúa el viaje.—Noticias alarmantes.—Precauciones.—Los filibusteros.—El abordaje.—Socorro á tiempo.—Torres y miss Clara.—La caza..... 74

IX. Llegada.—La familia de César.—El encanto de Eugenio.—Elvira.—Reflexiones.—El vómito.—El Caney.—Primera expedicion.—Higiene.—Los meses fatales..... 80

X. Sorpresa del Caney.—Los jefes rebeldes.—Rapto.—Regreso de la partida.—El emisario.—Nueva expedicion.—Quién era Gervasio.—Incertidumbre.—Perros negreros..... 88

XI. El rastro.—La estancia desierta.—El primer indicio.—El paso de *Peso fuerte*.—El más sábio de los ingenieros.—Otro indicio.—Un blanco al suelo.—El guia.—El Nimanima.—Sospechas.—La fuga.—Posicion difícil..... 96

XII. Campamento.—El Goliat vegetal.—Los bejucos.—El nogal cubano.—El mango. —Los mambises. —El destacamento aéreo.—El combate.—La cárcel de caña.—La jutia.—Primer acto de un drama..... 106

XIII. La jutia y el majá.—Pesca al vuelo.—

CAPITULOS. PÁGINAS.

La tenaza.—Fin del drama.—El cazador pescado.—El caiman.—Proyectos.—La vuelta á Cuba..... 116

XIV. Las cautivas.—Estratagemas.—Un puñado de arena.—Confidencias.—Los mangles.—¿Serán ellos?—Las salvaderas..... 125

XV. El paraíso y la manzana.—El viejo pescador.—El héroe cubano.—El insurgente castigado.—Los defensores de Cuba libre..... 133

XVI. Expedicion guerrera.—¡Que se escapa el prisionero!—El muerto cedido.—Noticias positivas.—Geología y mineralogía.—Regreso á Cuba.—Nuevas noticias..... 140

XVII. A Bayamo.—La estancia abandonada.—El Cristo negro.—Jicoteas.—El plato nacional.—El plátano y la yuca.—Casabe y pan vegetal.—El hombre á la yerba.—¡Era un aura!..... 149

XVIII. Las auras.—Vicente maldito.—El agente sanitario.—El arriero.—Música volátil.—Los hijos del celeste imperio.—Esclavitud..... 159

XIX. Alarma.—Ruido misterioso.—Un ejército de crustáceos.—Los caballeros.—El cangrejo de oro.—En marcha.—Más ruinas.—Los termes.—Ejército neutral.—Los nuevos Ícaros..... 168

XX. Un techo improvisado.—Esperma vegetal.—Los bohíos.—Napoleon el grande y las remolachas.—Cañas de azú-

CAPÍTULOS. PÁGINAS.

car.—Sal india.—Elaboracion..... 178

XXI. Plan de campaña.—El general en jefe.—El pescador alado.—Una antigua conocida.—Sorpresa.—El ayudante de Céspedes.—El grito del cernícalo.—Evasion.—La entrada misteriosa.. 188

XXII. El palacio encantado.—Excursion.—La cruz de mármol.—Sensaciones.—Formacion de las grutas.—Noticias.—Aventuras de Benjamin.—El cimarron.—La sepultura.—La salida secreta 198

XXIII. El alto.—Un arbusto peligroso.—El árbol calumniado.—El verdadero upas.—El guao.—La vereda obstruida.—Doce avalanchas.—La casa rústica.—Desconfianzas.—El catalan.—Festin..... 207

XXIV. Historia del catalan.—Los trece caobos.—El corte.—La caoba y la arquitectura naval.—Imitaciones.—Paisaje.—El centinela invisible.—El campamento.—El regreso de los jefes.—Aventuras de Vicente..... 217

XXV. La nigua.—La órden.—Segunda campaña de Benjamin.—El combate nocturno.—Un prisionero importante.—La mecha.—Indagaciones.—Lo que vió el herido.—Proyectos..... 227

XXVI. La pista.—El valle pedregoso.—El historiador Oviedo.—Las obras de la naturaleza.—Cenizas calientes.—Dudas.—Carbones.—Fuentes de betun.

CAPÍTULOS. PÁGINAS.

—El primer nombre de la Habana.—Los bohíos..... 236

XXVII. Un auxiliar.—En el mar.—Los Colorados de afuera.—Itinerario.—¡Ah de la embarcacion!—El náufrago.—La caza.—El consejo.—El plan de Benjamin.—Combate.—Victoria costosa..... 245

XXVIII. La marcha.—Expedicion del negro.—Relacion de las prisioneras.—Incendio de Bayamo.—La huida.—Modo de deshacerse de un importuno.—La instalacion..... 254

XXIX. El manantial.—La tortuga.—El carey.—Falsificaciones.—Tortuga de cuero.—Sopa de tortuga.—El tiro.—La esfinge.—El manatí.—Origen de los tritones y sirenas.—Los cocuyos.—Conclusion..... 262